

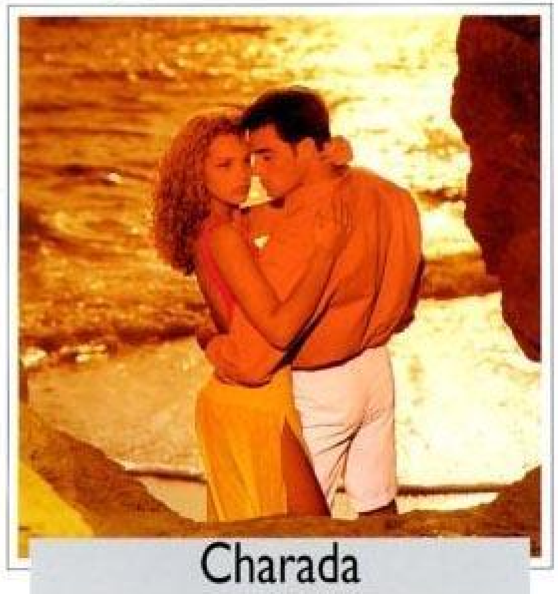
BIANCA®

Charada

Julianna Morris

$3.50 U.S.





Charada

Julianna Morris

$3.50 U.S.

Charada

Julianna Morris

Charada (1999)

Título Original: The marriage stampede (1999) **Editorial:** Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Bianca 1085

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Bianca 1085

Argumento:

Parecía como si todas las mujeres del mundo desearan casarse con el guapo y adinerado Logan Kincaid. Todas, excepto Merrie Foster, su novia fingida. Se trataba de un juego por parte de Logan, y de una vía de escape a tanta presión amorosa, teniendo en cuenta que el matrimonio era lo último que le preocupaba.

O, al menos, eso era lo que él decía.

Sin embargo, el hecho de compartir con Merrie y los suyos unas agradables vacaciones en el rancho familiar de Montana le había colmado de satisfacción.

En un descuido, olvidando su condición de soltero empedernido, la deliciosa ranchera pelirroja le arrebató el corazón... hasta llevarlo al altar.

Capítulo 1

—¿Y ahora qué pasará? —murmuró Logan Kincaid, aparcando el coche en la entrada de su casa.

Un grupo de niños estaba amontonado alrededor de uno de los arces del jardín, mirando insistentemente hacia arriba.

—¿Ocurre algo? —preguntó el propietario de la casa.

—La cometa se nos ha quedado enganchada en el árbol —dijo uno de los chiquillos—, Merrie la ha desenredado, pero ahora no puede bajar.

—¿Quién es Merrie? —interrogó Logan.

—¡Pues, Merrie…! —contestó el niño con impaciencia.

Logan se acercó al grupo y miró hacia arriba, esperando encontrarse con una adolescente marimacho. Lo que vio en lo alto del arce fue algo muy diferente. Se trataba de una mujer en pantalón corto y una sugerente camiseta de algodón, que se había quedado atrapada en la cabaña, construida años atrás, en la copa del árbol. El hombre se fijó en sus largas piernas y en la armoniosa línea de su pecho mientras intentaba bajar del viejo arce. Estaba claro que no se trataba de un marimacho…

Habitualmente, las mujeres que le gustaban eran rubias, con piernas largas y un aspecto impecable. Sin embargo, Merrie era más bien atractiva. De ella emanaba una sexualidad saludable que le hacía recordar las cálidas sensaciones del fuego y el vino.

«Para de pensar en esa mujer», se autocensura Logan, intentando pasar por alto su instinto masculino. «Ni es el momento ni el lugar apropiado para fijarse en ella».

Sobre todo, teniendo en cuenta que, en aquellos días, se había visto obligado a enfrentarse a la mujer que lo había estado acosando sin el mínimo respeto. Se trataba de la hija del jefe, y estaba empeñada en casarse con él. Al recordarlo, Logan notó como un escalofrío le recorrió toda la espalda.

—Chicos, no os preocupéis. Ya me ocupo yo de esto —dijo Kincaid a los niños, mandándolos a casa.

Tenía fama de ogro porque no le gustaban mucho los crios. No debía haberse comprado una casa en esa zona tan familiar. Sin embargo, lo había hecho porque aquel ambiente representaba todo lo que no había disfrutado en su hogar.

Los chicos se alejaron de mala gana, excepto un muchacho rubio que se atrevió a sostenerle la mirada.

—Merrie, gracias por haber recuperado nuestra cometa. ¿Seguro que no quieres que llamemos a los bomberos? Me encanta cuando aparece el camión, lleno de luces intermitentes…

—No gracias, no es necesario. Vete a jugar con los otros niños —dijo la joven, despidiéndose con la mano.

—Bueno, pero volveré más tarde para comprobar que estás bien —quiso asegurarse el niño, desconfiando de la eficacia del ogro para resolver el asunto.

—¿Qué pasa? —le preguntó Logan a la joven—. ¿Por qué no puedes bajar?

—Mmh… —ella miró hacia abajo, dejando ver unos grandes ojos verdes y una melena de color canela—. Usted debe ser el señor Kincaid, si no me equivoco.

Él asintió.

—Hola, yo soy Merrie Foster, la hermana de Lianne.

Logan no pudo evitar esbozar una sonrisa. Lianne era la joven que se ocupaba de la cena cuando tenía invitados en casa, y que hacía la limpieza tres días a la semana. No tenía nada que ver con aquella joven desaliñada, que estaba colgando del arce.

—Encantada de conocerla —dijo Logan—. ¿Por qué está usted allí arriba, en vez de Lianne?

Merrie, se irguió unos centímetros más, mientras el tejado de la pequeña casa crujía ligeramente.

—Lianne iba a casarse el mes siguiente, pero descubrió que su futuro marido tenía relaciones con otra mujer: no es una buena persona. Todos lo sabíamos excepto ella, que es un poco ingenua y siempre piensa bien de la gente.

Logan pestañeó, diciendo:

—Ya entiendo…

—Yo le calé desde el primer momento —dijo Merrie, con cierta complicidad—.

Antes de haberse comprometido con ella, cuando estaban empezando a salir, ya se relacionaba con otras mujeres.

—¿Intentó probar suerte contigo?

—Sí, pero yo le pinché con un tenedor en la mano —Merrie parecía muy satisfecha con su relato—. Creo que le di en una vena.

—¡Ah! —se estremeció Logan, que no sabía si felicitarla o ir a buscar los papeles de su sociedad médica—. ¿Cómo se lo tomó Lianne?

—El muy canalla le dijo a mi hermana que todo había sido un malentendido, y que lo sentía mucho —contestó Merrie, recogiéndose el pelo hacia atrás con la mano y arrugando la nariz—. Fingía tan bien, que resultaba repugnante.

—¿Y ella le creyó?

—Sí. Además, se lo llevó al hospital para que le pusieran la vacuna

contra el Tétanos.

—Sabia decisión —comentó Kincaid, lacónicamente.

—El tenedor estaba limpio —protestó Merrie—. Todavía no habíamos empezado a comer…

Logan se frotó la frente porque le dolía la cabeza: había tenido una semana muy ajetreada y estaba deseando relajarse en casa. Pero, aquello, de momento, parecía tan inalcanzable como un sueño.

—¿Siempre le cuentas a los desconocidos tus asuntos personales? —preguntó Kincaid, asombrado.

—No somos desconocidos. Lo seríamos más si continuases siendo tan reservado.

—No soy tan solitario —protestó Logan.

—Lo sé todo de ti. Lianne te invitó el día de Nochebuena a cenar a casa, pero tú rechazaste la propuesta, aun no teniendo planes familiares. Estaba preocupada pensando que estarías completamente solo, en una casa tan grande como la tuya. No tenía la intención de seducirte, sino de ser amable contigo.

—Yo nunca… Es absurdo —balbuceó Logan, sin saber qué decir—. Jamás he pensado de ese modo.

—Es mejor así —le advirtió Merrie—. Lianne no es tu tipo. Ella piensa tener un montón de hijos y un marido que se ocupe de la familia. No tiene ningún interés en un hombre que esté todo el día fuera de casa, ejerciendo de gurú financiero en Washington.

La conversación, cada vez era más ridícula. Logan replicó: —Hay mucha gente que no quiere tener hijos. Eso no quiere decir que sea la escoria de la sociedad, sino simplemente honesto. ¿Tú querrías estar rodeada constantemente de un puñado de mocosos, que te interrumpieran cada cinco segundos?

—Me encantan los niños —dijo Merrie, arrugando la nariz—. Bueno, excepto a final de curso, soy profesora de instituto.

La joven le explicó que, la parte más importante de su actividad como educadora estaba centrada en evitar los embarazos no deseados de las madres adolescentes.

—Oh, entiendo —farfulló Logan.

Merrie se peinaba el pelo distraídamente, con la ayuda de sus dedos.

—Doy clase a chicos y chicas jóvenes, que todavía son bastante ingenuos, pero los dos cursos superiores son terribles. Creo que los adolescentes son una especie aparte. ¿Tú qué opinas?

—Yo creo que deberías bajar de ese árbol, cuanto antes.

—¡Pero si llevo intentándolo desde hace una hora!

—Si tuvieras dos dedos de frente, les habrías dado un poco de

dinero a los chicos, para que se compraran una cometa nueva. O simplemente, les habrías echado por las buenas.

—El dinero no lo es todo en la vida… Ellos mismos habían fabricado la cometa y estaban muy orgullosos de ella.

—En cualquier caso, ¿por qué no bajas del árbol?

—Estoy atrapada.

—¿Atrapada?

—Sí, no puedo salir de aquí. Me resbalé y mi camiseta se rasgó de arriba a abajo. Casi me caigo y me mato.

—Pues quítatela.

—Ni hablar.

A medida que los jirones de algodón se iban cayendo al suelo, Logan pudo comprobar que Merrie no llevaba sujetador.

—Más vale que no te muevas… Al fin y al cabo, hay muchos niños por aquí.

La joven hacía lo imposible para no caer desde esa altura al suelo. Se encontraba ridícula: ninguna mujer moderna e independiente se habría visto atrapada en esa situación.

—Márchate, por favor —le pidió Merrie a Logan.

—Estoy en mi casa y tú estás en mi árbol. Creo que necesitas ayuda.

—Estoy bien, no necesito tu ayuda —mintió la joven, luchando por mantener el tipo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte allí hasta que anochezca, deseando que a los niños no se les ocurra volver con linternas? De todas maneras, podrían aprovechar la ocasión para disfrutar de una buena lección de anatomía…

En esos momentos, Merrie detestaba a Logan Kincaid. Odiaba tener que limpiar su casa impoluta, para hacerle un favor a su hermana. No le gustaba nada la forma que tenía de convertir una bella casa familiar, en un baldío símbolo de status. Y sobre todo, le odiaba a él.

«Ah, ¿sí?», le dijo la voz de la conciencia… Merrie intentaba no hacer caso a su instinto femenino.

De acuerdo, tenía que admitir que Lianne no le había hecho ningún comentario acerca de lo altivo que era su jefe. Tampoco le había hablado de sus anchas espaldas ni de su voz prodigiosa. Para colmo, se parecía a una mezcla entre Clark Gable y Cary Grant…

Había muchos hombres que tenían cuerpos atractivos y voces interesantes. Eran hombres agradables, que no tenían nada que ver con Logan. Para él, pasarlo bien significaba, exclusivamente, hacer dinero. Por lo que le había contado su hermana, Merrie se había imaginado que se trataba de un aburrido y ambicioso fabricante de

ganancias, con una expresión perpetua de hastío.

Había sido un error, puesto que para la joven pelirroja, Logan era encantador…

tan atractivo y divertido. En vez de tener un coche serio y formal, Kincaid conducía un pequeño Mercedes descapotable.

La gente de su ambiente, es decir los profesores y los vaqueros, no solían tener coches caros… Poseían automóviles económicos y prácticos, cuando no llevaban viejas camionetas destartaladas.

Lianne había querido convencerla de que se comprara un coche más elegante, pero ella no le daba valor a esas cosas.

—Merrie, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien?

«No, acabo de tener un ataque de furor uterino», pensó la joven, disgustada consigo misma. «Esto es vergonzosamente ridículo».

Logan podía tener un aspecto en cierto modo neutro, pero, para una persona como ella, era puro veneno. Sin embargo, a Merrie le gustaría tener a su lado, en un futuro, a un marido que disfrutara de la vida en el campo, con los animales y con los niños. Y no le interesaba tener como pareja a un hombre, cuya única aspiración en la vida fuese ganar mucho dinero, para retirarse a los cuarenta años, habiendo amasado una gran fortuna. Además, su hombre ideal no sería tan guapo. Sin duda, estaba siendo víctima de un espejismo.

—Ya bajo —dijo la joven—. Ten cuidado, Logan… Allá voy.

Del árbol se desprendieron trozos de corteza. Segundos después, Kincaid subió a la vieja casa instalada en el árbol, con una agilidad inesperada. Como Merrie no se movía, él le preguntó:

—¿Qué pasa?

«¿Que qué me pasa? Pues de todo», respondió pensando la joven pelirroja.

La respiración de Merrie se alteró al notar la presencia del hombre, cara a cara.

No sólo era más guapo de cerca, sino mucho más simpático… Tenía cierto aire de cansancio y aburrimiento por la vida que llevaba, pero también grandes dosis de encanto, que le proporcionaban su sonrisa y su mirada.

Su hermana tenía razón, tenía que preocuparse por mejorar un poco su propio status…

—Eh… estoy bien, gracias —farfulló Merrie.

—Súbete un poco más, para que te pueda sujetar mejor.

Obedeciendo abstraídamente, la joven giró para que Logan la tomara por la espalda con sus fuertes y cálidas manos. El contacto con el cuerpo masculino, le produjo un gran impacto. Tuvo que cerrar los ojos, pero aun así, no pudo evitar notar su agradable aroma varonil.

Merrie agitó la cabeza, pensando que sin duda debía de estar loca. Lianne había conocido a dos de sus antiguas novias: las dos eran sofisticadas, elegantes y con tanta personalidad como las mariposas evanescentes. Además, tenía una lista con las cualidades que tenían que reunir las mujeres de su gusto. La tenía pegada en el espejo del cuarto de baño.

Merrie Foster… Profesora de instituto en un pueblo grande… Estaba claro que no correspondía a su tipo ideal.

—Sí que estás atrapada… —comentó Logan, sujetándola por la camiseta rota, para tirar más fácilmente de su cuerpo hacia abajo.

Merrie trató de hacer como si no hubiese notado nada especial.

Sus pechos estaban rozando la ropa de algodón. Estaban relativamente cubiertos, excepto por los hemisferios inferiores. Los pequeños pezones estaban tan juntos que apenas podían separarse convenientemente. Además Kincaid parecía no ser consciente de lo próxima que estaba su desnudez. Eso le molestó tremendamente a la profesora. Puede ser que no fuera su tipo, pero tampoco estaba nada mal…

—Esta rama parece que no va a soportar más peso —murmuró Logan—. Y si tiro de ti, acabaremos los dos en el suelo.

Merrie miró disimuladamente la expresión tan concentrada de Kincaid, que sin darse cuenta le dio un pequeño golpe en una de sus caderas. Merrie tuvo que morderse el labio inferior para acallar sus sensaciones.

—¿Tienes una navaja? —preguntó la joven, sintiéndose un poco agobiada.

Era la primera vez en su vida que sentía una atracción tan clara y tan cálida por un hombre. Merrie se encontraba desorientada y torpe. ¡Por el amor de Dios, si era una mujer adulta que cumpliría pronto treinta años, aunque no le gustase recordarlo!

—No, no tengo ninguna navaja —contestó Logan, frunciendo el ceño de pura concentración—. Quizá sería mejor que subieras un poco más, antes de que tire de ti.

A continuación, Kincaid le dio otro golpe y Merrie estuvo a punto de gritar.

Tenía que haber dejado que los niños llamaran a los bomberos. Habría sido mucho más práctico.

No entendía como su hermana se había pasado cuatro años de su vida limpiando la casa y cocinando para semejante pardillo.

—Así no puedo bajar… —dijo Merrie.

—Ya lo veo. Voy a darte un buen tirón, pero quiero que te agarres a esa rama fuertemente, por si te caes.

Merrie se sujetó bien, intentando no pensar demasiado en la situación y, una vez más, Logan le ayudó a conservar lo que le quedaba de camiseta.

El joven estaba preocupado por su póliza de seguro: no quería tener que dar parte a la compañía, en el caso de que hubiese un accidente grave. Eso encarecería mucho más las cuotas de pago…

Kincaid dio un tirón y, de pronto, se oyó un estruendo: la casa colgada del árbol se estaba desplomando. Logan logró caer lejos de Merrie, pero ella no pudo evitar aterrizar sobre su cuerpo, en ignominiosa postura.

—¡Aaah! —exclamó la chica, tratando de que penetrara de nuevo el aire en sus pulmones.

No estaba segura de que el suelo fuese más duro que el cuerpo de Kincaid. El joven estaba realmente en forma y no tenía ni un átomo de grasa.

—¿Estás bien? —le preguntó el joven a Merrie, mientras ella tomaba con las manos los hombros masculinos.

—Más o menos…

—¿Te duele algo? —la interrogó Logan.

—Mmh… Mi orgullo —dijo ella, intentando seguir respirando con regularidad.

—Me refiero a algún hueso roto o a alguna herida importante.

—¡Oh! No. Nada grave. En verano cuando voy al rancho de mi abuelo, trabajo de vaquera y las caídas son frecuentes. Hasta el jinete más experto suele caerse de vez en cuando.

—¿En esta misma posición? —preguntó Logan, irónicamente.

Merrie no sólo estaba herida en su amor propio… Lo peor de todo era que su camiseta había desaparecido por completo. Tuvo la tentación de aprovechar, la ocasión y acercarse para averiguar qué tal besaba. Probablemente no le importaría demasiado hacerlo, aun no siendo su tipo de mujer. ¡Los hombres tenían comportamientos tan predecibles!

Merrie se golpeó suavemente la cabeza: el percance le había afectado seriamente al sentido común.

—¿Dónde está? —gritó Merrie, por encima de uno de los hombros musculosos.

—La camiseta se ha quedado enganchada arriba, en lo que quedaba de tejado.

—¡Maldita sea! —exclamó Merrie, estornudando en medio de la nube de polvo que se había organizado, tras el accidente.

—No te preocupes —replicó Logan sonriendo y mostrando los blancos dientes—. Toma, ponte mi camisa.

Mientras se desnudaba y le ponía la prenda a Merrie, ella comprendió que el tacto de sus dedos unos centímetros más arriba, habrían sido tremendamente significativos.

—¡Para, por favor! —exclamó la joven, dándole la espalda.

—¿Eso es gratitud?

—¡Desde luego, todos los hombres sois iguales! En cuanto podéis, os pierde el sexo…

—Ah… Está hablando la voz de la experiencia…

—¡No tiene gracia!

—No es muy corriente que una profesora trabaje de vaquera en un rancho.

Sobre todo, con tan poca estatura como tú.

Evidentemente, Logan estaba descalificándola, preguntándose, qué pintaba una mujer entre tantos vaqueros.

Merrie lo miró con desprecio.

—Te pareces a mi abuelo. Cuando era pequeña, pasaba los veranos en su rancho. Un año, vio que ya me había hecho mayor y, rápidamente, me envió a trabajar en la cocina, en vez de dejarme seguir montando a caballo. Tuve que hacer verdaderos desastres culinarios para que me echaran de allí.

La camisa todavía conservaba el calor de su dueño. Merrie se la ató con un nudo en la cintura.

Trato de alejar de su pensamiento el torso masculino desnudo. El vello que cubría su pecho le bajaba hasta la cintura… ¿Cómo estaría sin los téjanos?

De nuevo, la mente se le disparó.

Kincaid, dijo sonriendo:

—¿Odias a todos los hombres a los que les gustan las mujeres y que no tienen miedo de expresarlo?

Merrie pestañeó y respiró, antes de contestar.

—No odio a los hombres. He conocido a unos cuantos canallas, pero aun así, todavía practico el sexo.

—¡Como yo!

La profesora lo fulminó con la mirada, tal y como solía hacerlo con los estudiantes desobedientes.

Logan disfrutó viendo los verdes ojos de Merrie echar chispas.

Cualquier mujer, a punto de romperse el cuello, se habría puesto histérica perdida. Sin embargo, ella se había mostrado serena, hasta que él mencionó el sexo, animándola a gozarlo con más intensidad.

—En fin, mi vida sexual sólo me concierne a mí —dijo Merrie, mientras le propinaba una patada e intentaba ponerse en pie.

De pronto, la luz que salía de la casa iluminó su rostro. Logan pudo

ver que tenía una herida en la cara, sangrando.

—Necesitas curarte esa herida inmediatamente.

—Oh, no. Estoy bien. Deberías saber que acosar sexualmente a una empleada está penado por la ley.

—Lianne es mi empleada, tú no.

—Eso son sólo excusas.

Kincaid puso su mano en la herida y le enseñó la sangre a Merrie.

De pronto, se oyó un ruido ensordecedor. Se trataba de la alarma antifuego que se había disparado porque algo se estaba quemando en la casa.

—¡Cielos! El bizcocho que estaba preparando se ha debido de calcinar. Pronto llegarán los bomberos… —dijo Merrie.

Logan se introdujo en la casa y sacó con la ayuda de unos paños los restos carbonizados y los tiró en el patio, lo más lejos posible. Abrieron las ventanas para que saliera todo el humo y penetrara el aire fresco.

Merrie miraba con buen humor el resultado de sus habilidades culinarias.

Había intentado seguir los pasos de Lianne, que todos los miércoles hacía un bizcocho, porque le daba a la casa un toque muy hogareño. Su hermana pensaba, sin

duda, que Logan necesitaba una madre en determinadas ocasiones. Sin embargo, ella detestaba la cocina.

—Aunque Lianne lo haga todas las semanas, no tendrías que haberte sentido obligada a hacerlo.

—Pero, se lo prometí.

—¿Tú también crees que necesito una madre?

—Creo que eres un adicto al trabajo. «Y que eres tremendamente sexy. Es una pena que seas tan anticuado, porque si no, ya me habría lanzado para atacarte», pensó Merrie para sí.

—No eres muy amable, teniendo en cuenta que has estado a punto de quemarme la casa. Lianne y tú no sois nada parecidas en cuestiones domésticas.

—No. Durante el curso escolar, yo doy clases de Ciencias, y en verano, me voy a Montana a montar a caballo y a cuidar el ganado. Hago las mejores galletas y el mejor estofado que hayas probado nunca… siempre que sea sobre una hoguera al raso.

—Ya se nota, porque el fuego ya lo tenías montado —comentó irónicamente Logan. Merrie se encogió de hombros.

—Si te hubieras marchado de vacaciones como estaba previsto, yo no habría preparado ese estúpido bizcocho. Estaría en Montana,

divirtiéndome.

—¿Quieres decir que yo tengo la culpa de todo?

—En cierto modo, sí… Lianne necesitaba irse lejos, a reflexionar sobre la anulación de su compromiso y a pensar en su futuro. Si ese canalla hubiera sido mi novio, me habría deshecho de él mucho antes. Es más, nunca me habría comprometido con él.

—Ya me lo imagino…

—Bueno, el caso es que mi hermana tenía resuelta la sustitución para todos sus clientes. Excepto para ti, teniendo en cuenta que ibas a marcharte. Cuando cambiaste tus planes, no pudo contar con nadie y por eso vine yo, en vez de irme a Montana.

¿Cómo se te ocurrió cambiar de planes?

—Eso digo yo… —dijo una voz ajena—. Estuve esperándote en Cancún tres días, pero no apareciste.

Logan miró aterrorizado, hacia la pradera de delante de la casa.

Gloria Scott, la cazamaridos más profesional al noroeste del Pacífico, lo había localizado. ¡Era lo último que deseaba!

Capítulo 2

Lianne tenía razón. Así eran las mujeres que le gustaban a Logan Kincaid… Por lo menos, así era la joven que acababa de llegar. Merrie observó con curiosidad la cara de Kincaid. Parecía un animal cuya mirada hubiera sido deslumbrada por los potentes faros de un coche.

—Gloria —dijo por fin—. ¡Qué sorpresa! ¿Te fuiste a Cancún?

—Es obvio. ¿Por qué no viniste, como habíamos quedado?

—Ocurrió un imprevisto y tuve que cancelar el viaje.

—Sí, eso parece —masculló la joven despechada—. Por cierto, ¿quién es ella?

Gloria apuntó hacia Merrie, sin dignarse a mirarla.

—Te presento a Merrie Foster. Es la hermana de mi ama de llaves que me está echando una mano estos días.

—Ya lo veo.

Esta vez, Gloria inspeccionó a la profesora desde los pies a la cabeza, intentando averiguar por qué sus pantalones cortos estaban tan sucios y por qué llevaba la camisa de Logan, atada a la cintura.

—¿Por qué lleva tu ropa? —preguntó Gloria, sin rodeos—. ¿Es parte de la remuneración, o del trabajo?

Tal insinuación le sentó a Merrie como una patada en el estómago. Puede que no fuese una experta en alta costura, pero sabía cuando la estaban insultando.

—Gloria, por favor —suplicó Logan—. Eso no es de tu incumbencia.

—Se lo podemos explicar —sugirió Merrie—. Perdí mi camiseta en lo alto del árbol, y Logan me prestó su camisa para que el vecindario, no me viese desnuda.

¿Está claro?

Logan se había quedado sin palabras. La hermana de Lianne le dio una patada en el tobillo, para que la apoyara.

—Sí, eso… —balbuceó Kincaid. Gloria no parecía muy convencida con la explicación, y le hizo preguntas impertinentes a Logan.

—No soy de piedra, puedes hablar directamente conmigo porque estoy delante de ti —le espetó Merrie—. Deberían haberte enseñado buenos modales…

—Logan, ¿vas a dejar a tu criada que me hable en ese tono?

—No veo por qué tendría que hacerla callar. Y no se trata de mi criada, trabaja por libre.

—Eso es —exclamó la profesora.

—¡Menudo aspecto tienes, Logan! Ya que pretendes vestir de modo informal, por lo menos, hazlo con estilo. Ante tales palabras, Merrie estuvo a punto de atragantarse. Kincaid, por su parte, estaba mudo de

vergüenza ajena.

—¡Visto como me parece! —exclamó el joven indignado.

—Con el sueldo de la empresa, podrías permitirte el lujo de adquirir ropa distinguida… Papá iba a correr con tus gastos del viaje. ¡Eres muy valioso para la compañía, y queremos tratarte como te mereces!

Logan tenía ganas de estrangularla. Cuando Gloria no conseguía lo que pretendía de él, entonces empuñaba las armas del soborno. Había sido su acompañante en tres fiestas, relacionadas con la correduría de agentes de bolsa de su padre. Ahora, el siguiente paso consistía en casarse con ella.

Pero Kincaid prefería casarse con un puerco espín, antes que hacerlo con ella.

Era una mujer fría como el hielo. ¡Si no entraba en sus planes la idea de casarse, menos aun con un iceberg!

—No puedo hablar contigo en estos momentos. Ya te llamaré para charlar cuando vuelva a la oficina —se excusó Logan.

—¿Charlar? —preguntó Gloria sin poder creer lo que le estaba pasando.

—La señorita Foster necesita ser atendida por un médico —dijo Logan, solicitando el apoyo de Merrie.

—Espero que no tengamos que ir al hospital —sostuvo la joven profesora.

—Estoy convencida de que no es nada grave —comentó Gloria despectivamente.

—Nunca se sabe —replicó Logan, negando con la cabeza—. ¡Qué pena que no nos encontráramos en Cancún! Pues, da la casualidad de que Merrie y yo vamos a coincidir en el mismo lugar, estas vacaciones, ¿no es cierto?

La joven vaquera continuó con el papel que le había adjudicado Kincaid, quejándose al ponerse en pie. El joven se despidió y la tomó en brazos para depositarla en el interior de la casa.

Cuando desapareció el ruido del coche de Gloria, ambos suspiraron con alivio.

—Ya puedes dejarme en el suelo —le indicó Merrie al joven, que le dedicó una amplia sonrisa.

Estaba horrorosa, tenía todo el pelo revuelto, la cara manchada y las piernas llenas de rasguños. Para colmo, la camisa que le había prestado Kincaid, no conseguía tapar lo más sugerente de su cuerpo. El joven lo había notado hacía un buen rato…

—Te quejabas tanto que pensé que no ibas a poder andar por tus propios medios.

—Pues puedo andar, y además dar patadas.

—Me parece estupendo —dijo Logan, dejándola por fin en el suelo.

Merrie Foster no era guapa. Sin embargo, era resultona. Tenía unos ojos verdes que llamaban la atención. La barbilla, que realzaba el temperamento testarudo de la joven, era en cierto modo irregular. Y su cutis lechoso estaba rodeado de densos mechones color canela…

—Por cierto —dijo Kincaid—, gracias por haberme echado una mano con Gloria.

—Te lo debía, por haberme bajado del árbol.

—Lo tuyo ha sido mucho más fácil que deshacerme de esa mujer. Está empeñada en casarse conmigo, a pesar de que he sido educado disuadiéndola. He sido claro, incluso un poco rudo, pero parece que no quiere aceptar una negativa.

Como verás, aunque preparé mis vacaciones en secreto, consiguió averiguarlo todo.

Por eso, a última hora cancelé el viaje.

Merrie arrugó la nariz y le sugirió:

—¿Por qué no la ignoras simplemente?

—Eso es imposible. Es tan perseverante como un mosquito revoloteando en la misma oreja, toda la noche. Normalmente, no me afecta tanto. Pero la verdad es que necesito unas vacaciones, una playa y todas las siestas del mundo.

—Pues dile que estás casado —le sugirió Merrie—. O que tienes una enfermedad incurable.

—¿Como cuál? —preguntó Logan, enarcando una ceja.

—Soltería en fase terminal.

—No creo que funcione —contestó desanimado el joven, mientras su acompañante se reía.

Logan no podía entender por qué Merrie Foster, le llamaba tanto la atención.

Pertenecía al tipo de mujer que trataba de evitar, era explosiva, habladora, en fin, excesiva para él.

Cuando Logan iba a buscar yodo para curarla, ella intentó disuadirlo.

—No es necesario, gracias.

—En serio, necesitas atención médica —dijo Kincaid, preocupado.

—Aunque no vaya a limpiar el baño de nuevo, todavía tengo que pasar el aspirador. Me ha causado algún que otro quebradero de cabeza —comentó Merrie, por el hueco de la escalera.

Cuando Logan reparó en el estado de la casa, se quedó horrorizado. La bolsa de la aspiradora se había roto y el polvo se había esparcido por todas partes.

—Veo que no entiendes mucho de electrodomésticos —suspiró el joven.

—La aspiradora es puro vicio… No hay nada mejor que un escobón de toda la vida y ahorrarse la millonada que te ha debido de costar esa pieza de diseño.

—Sí, claro. Veo que no es culpa tuya. Sin embargo, si yo no me hubiese quedado en mi casa, tú no habrías venido. El bizcocho no se habría quemado, la aspiradora no se habría estropeado, ni te habrías quedado atrapada en el árbol. Estoy empezando a sentirme plenamente culpable…

—Tanto como eso no. Pero no puedo negar que eres un poco estirado y un triunfador compulsivo —dijo Merrie, críticamente.

A continuación, se levantó la blusa para que Logan le pusiera yodo en la espalda. Al ver su cuerpo sin ocultar, el joven se quedó impresionado como no lo había estado desde hacía un montón de tiempo.

«Atención, Kincaid… Recuerda que los opuestos se atraen», dijo para sí el joven, alterado.

Su propia advertencia le resonaba en la cabeza, mientras rebuscaba en el cajón de las medicinas. Era posible que los opuestos se atrajeran, pero tampoco eran compatibles.

Sus padres habían tenido disputas a menudo. Eso les había convertido en seres amargados que habían transmitido su hastío a todos los que habían estado a su alrededor.

Con una mueca de amargura, Logan recordó su infancia desgraciada. No podía olvidar que había sido el niño más pobre del colegio, y que en su hogar había carecido de cariño y apoyo. Además, las peleas entre sus padres habían terminado frecuentemente con la llegada de la policía, advertida por los vecinos.

—Esto te va a doler —le avisó a Merrie, mientras le ponía el desinfectante en la espalda.

—¡Ay! —gritó la joven.

—Lo siento. Si quieres, te llevo al hospital.

—No. Puedo aguantarlo perfectamente.

—Sí… ¿Y por qué has gritado?

—Porque gritar es bueno para aguantar el dolor. ¿Te molesta que me queje? — le preguntó la joven, volviendo la cabeza.

De pronto, como Merrie estaba encorvada mirando hacia abajo, fue consciente de que tenía delante de su vista el torso desnudo de Logan y, más concretamente, la zona inferior de la cintura.

¡El panorama era realmente impresionante!

—Puedo aguantar quejas, pero no las tuyas… —comentó Kincaid.

—Eso está muy bien… sobre todo porque empiezo a pensar que no eres tan espantoso como parecías.

—¿Realmente crees que estoy bien? —la interrogó el joven, con curiosidad.

—Todavía no lo tengo muy claro.

Lo que estaba intentando por todos los medios era conservar la razón, ante el efecto imparable que ejercían sus hormonas.

Se trataba de un hombre atractivo y sexy. Pero, el hecho de haber realizado esa lista de mujeres compatibles para un posible matrimonio, le ponía enferma. Todavía podía comprobar como el atractivo físico no constituía una base lo suficientemente sólida, para mantener una relación sentimental.

—No lo entiendo —dijo Merrie, poniéndose recta de nuevo—. Gloria parece reunir los requisitos de la lista de futuras esposas que tienes pegada en el espejo.

¿Qué es lo que falla?

—¿De qué estás hablando? —preguntó el joven, frunciendo el ceño.

—Esa lista —mostró Merrie, con el dedo índice—. Me parece espantoso analizar así a una mujer. No se trata de una hamburguesa, sino de un ser humano.

—Yo no estoy buscando a ninguna mujer —dijo Logan molesto—. Esa lista la confeccionó mi hermano. Acababa de divorciarse y no quería que yo cayese en su mismo error. Pero, da la casualidad de que no tengo la mínima intención de contraer matrimonio —concluyó Kincaid, tirando una bola de algodón a la papelera.

—¿Nunca? Parece algo realmente definitivo.

—Ésa es la realidad —dijo secamente, por lo cual Merrie fue consciente del estado en que se encontraban los sentimientos de Logan —. El matrimonio, en mi familia, no funciona. Por eso es mejor evitarlo, y si no lo hacemos, lo pagamos caro.

—Sin embargo… me parece que Gloria es tu tipo, además de tener mucho dinero. Podría ser una gran baza para tu carrera profesional.

Una expresión muy peculiar se plasmó en el rostro del joven.

—Agradezco tu interés, pero pienso labrarme mi propio porvenir sin recurrir a eso…

—Está bien, no te lo tomes a mal. Lo que pasa es que, sigo pensando que tú y ella tenéis muchas cosas en común, de acuerdo con la lista.

—No lo creo —contestó Kincaid—. Por otra parte, la lista no es ninguna tontería, en el caso de que quisiera casarme. El hecho de ser compatibles es esencial en una pareja. ¿Tú que le pedirías a tu futuro

marido?

—Un montón de cosas…

—¿Cómo por ejemplo?

Merrie hacía lo posible para regular el ritmo de su corazón, pero era difícil, teniendo a Logan medio desnudo a su lado.

Había visto a varios hombres en tal estado, pero Kincaid le había alterado singularmente la respiración.

Si tuviese una lista como la de Logan, uno de los requisitos sería: no demasiado sexy. No estaba interesada en un hombre que reuniese las características de las fantasías sexuales de cientos de mujeres. No quería estar excesivamente pendiente de la vida social de su pareja…

Aclarándose la voz, Merrie contestó a Logan: —No quiero casarme con alguien que muera de hipertensión antes de cumplir los cincuenta, por haber intentado aumentar su patrimonio a toda costa.

—¿Qué tiene de malo querer ganar dinero? —quiso saber Kincaid.

—Nada. De hecho, estoy muy involucrada en cierto proyecto y me interesa mucho esa cuestión. Pero lo que no quiero es mantener relaciones sexuales por las noches con un talonario de cheques.

—¿Qué más requisitos aparecerían en tu lista?

—Algún día le compraré el rancho a mi abuelo. A mi marido le tendría que gustar la idea tanto como a mí.

—¿Ves cómo tú también tienes una lista, aunque no esté escrita? —dijo el joven triunfante, mirándola irónicamente.

—Te equivocas. Entre tus requisitos figuran aptitudes estúpidas como: buena anfitriona. Tu mujer ideal sería alta, delgada, rubia, reservada, elegante, sofisticada…

es decir Gloria .

—No me gusta Gloria —dijo el joven con énfasis.

—Entonces, ¿por qué fuiste su acompañante en varias ocasiones?

—La acompañé, simplemente, en algunas recepciones de trabajo.

—¡Ah…!

—Créeme, nunca me casaría con alguien cuyo único objetivo en la vida fuese cazar a un marido. Si tengo una pareja, me gustaría que fuera divertida y agradable.

Estaba tan serio, que Merrie tuvo que contar hasta diez para no dejarse atrapar por su encanto. Ella se dio cuenta una vez más, de que el joven no tenía la más mínima intención de casarse. Además, su propia falta de experiencia en la vida social, la hacía ser vulnerable. Si hubiese tenido más relaciones sentimentales. Logan no le habría impresionado tanto. Por otra parte, ella sería muy exigente con un futuro marido: le tendría que gustar compartir su vida con ella, en su rancho.

Su rancho de Montana… ¡Como si fuese tan fácil comprarle el rancho a su abuelo, siendo una mujer! Todo el mundo la presionaba para que encontrase pareja.

Incluso ella misma veía difícil casarse algún día, cuando estuviera al mando del Bar Nothing Ranch.

—¿Por qué estás tan seria? —preguntó Logan con curiosidad.

—Mmm, por nada.

—Venga, cuéntame cosas del rancho de tu familia —dijo Kincaid, mientras ella comprobaba como el joven podía leerle el pensamiento.

—Es precioso. Mi madre es hija única, por lo tanto mi abuelo no tiene un heredero directo. Mis hermanos Cody y Daniel no tienen mucho interés por la vida en el rancho. Lianne tampoco. Luego, quedo yo. Pero mi abuelo, que está chapado a la antigua, es muy reacio a dejarme la propiedad. Dice que el nuevo milenio le pilla muy viejo, para modernizar sus ideas.

—O sea, que sois Lianne, Cody, Daniel y tú.

—Sí. Aunque mi madre quería un quinto hijo, después de que naciera Lianne, mi padre pensó que eran suficientes cuatro vástagos.

Logan hizo una mueca de rechazo: para él un bebé ya era una molestia, o sea que cuatro hijos le parecían un exceso completo.

—¿Tu abuelo ha pensado en retirarse?

—Sí, de vez en cuando. Dice que le gustaría vender el rancho y marcharse con mi abuela a un lugar cálido, donde el invierno sea menos duro que en Montana.

—Claro… —dijo Kincaid mientras seguía curándole las heridas a Merrie.

La joven no podía evitar sentir el agradable olor que emanaba de su atlético cuerpo. Tras unos instantes que a Merrie le parecieron una eternidad, Logan terminó con los primeros auxilios.

—¡Ya estás lista!

—Supongo que querrás que te devuelva la camisa —dijo la joven, aún dolorida por el batacazo.

—Si te digo que sí, ¿me vas a pegar?

—Evidentemente.

—Pues, entonces quédatela por el momento… —dijo Kincaid cubriendo cuidadosamente las curas de la espalda, con la prenda masculina.

De nuevo, la joven tuvo que hacer un esfuerzo, al sentir el suave encanto de Logan.

Quizá fuese su propia naturaleza la que le advertía, que si quería tener hijos tendría que darse prisa en crear una familia. En efecto, los hombres podían ser padres a cualquier edad, pero eso no servía para

las mujeres.

—No te preocupes por el aspirador. Contrataré a alguien que venga a ocuparse de la casa.

—No —dijo Merrie, tercamente—. No voy a dejar que otra persona ocupe el lugar de mi hermana.

—¿Quién ha dicho que voy a prescindir de Lianne?

Merrie se quedó pensando un rato y exclamó: —Ya lo tengo. Si nos vamos a Montana los dos mataríamos dos pájaros de un tiro. Tú tendrías un lugar donde pasar las vacaciones, y no habría que preocuparse por tu casa. No descansarías en una exótica playa del Caribe, pero el rancho puede ser la mejor solución para eliminar el estrés. Además, está de moda pasar el tiempo libre ensuciándose con los caballos.

—No me importa mancharme, pero…

—Es la mejor solución. El abuelo estará encantado con un invitado más.

La joven estaba encantada porque a Logan le iba a venir muy bien una temporada en Montana, para bajarle un poco los humos. La verdad es que los vaqueros de la propiedad cuidaban muy bien a los turistas; sin embargo, Merrie no pensaba ocuparse de él. Sería exponerse demasiado a sus encantos: de hecho muchas mujeres harían cualquier tontería por estar a su lado. Por lo tanto, la vaquera se

mantendría lo suficientemente alejada de él como para que las vacaciones transcurriesen placenteramente.

Kincaid todavía no había dicho una palabra a favor o en contra. Sin embargo Merrie no paraba de hacer planes.

—La estancia es cara, pero me imagino que está dentro de tus posibilidades — comentó alegremente Merrie—. Normalmente, viajo hasta Montana en coche, pero para no perder tiempo, podemos ir en avión. Tengo una amiga que trabaja en una agencia de viajes, le puedo pedir que nos prepare dos billetes para Rapid City. Está en Dakota del Sur, pero es el aeropuerto más cercano al rancho.

—Sí, ya se donde está Rapid City…

—Podríamos salir mañana mismo… ¡Sería estupendo! Estoy segura de que te va a encantar el sitio. Además, el abuelo te hará un descuento especial si te quedas el mes entero.

Pero, Logan Kincaid negó con la cabeza. Se había criado en el este de Washington, en una zona ganadera y había trabajado allí durante dos veranos, para costearse los estudios universitarios. Ni las manadas de vacas, ni el Lejano Oeste le tentaban lo más mínimo.

Sin embargo, se acercó a la vaquera, y la miró a los ojos. Era una

persona impulsiva y totalmente inapropiada para el medio en el que él se desenvolvía normalmente. Cualquier hombre cabal huiría de ella, si tuviese dos dedos de frente.

No como él, que no sólo no era prudente, sino que además tenía ganas de acariciar su abundante melena y besar su impetuosa boca.

—No tengo ningún interés en pasar las vacaciones en el rancho, y mucho menos un mes —dijo Logan lentamente.

—¿No?

—No —repitió el joven, intentando encubrir lo que parecía una sonrisa.

Se estaba fijando en lo tentadora que estaba Merrie, sentada en el cuarto de baño con su minúsculo pantalón corto y la melena cayéndole sobre sus hombros. Esa melena… Estaría preciosa esparcida por su almohada, después de hacer el amor.

Pero eso no era posible.

Los Fosters eran una familia anticuada, con fuertes vínculos y estrechas relaciones que él no podía comprender. Lianne era una mujer que no podía pensar en otra cosa que no fuese su familia y sus hijos. Merrie podía soñar con poseer el rancho, pero en lo que respectaba a sus relaciones, tenía la marca del «para siempre» como si de un tatuaje se tratase… sobre todo en lo que se refería al matrimonio.

Si había algo que Logan tenía claro era que a él no le iban las relaciones estables.

Sólo le interesaban las aventuras ocasionales.

Al fin y al cabo no era un bicho raro. Las mujeres con las que salía eran como él: detestaban el matrimonio. Gloria era únicamente una excepción y no le interesaba en absoluto.

—¿Estás catatónico o qué te pasa? —le interrogó Merrie, enarcando una ceja.

—Estaba pensando…

—En Gloria, ¿no? —sonrió Merrie, con picardía.

—Más o menos. Las próximas semanas van a ser duras: esa mujer no conoce la palabra no. Soy una especie de trofeo que se ha propuesto cazar…

Mientras Merrie lo escuchaba, sus pechos se dejaban adivinar bajo la tela de la camisa. Kincaid notó como sus téjanos se abultaron un poco más de lo corriente, en la zona de la cremallera.

—¿Realmente es tan perseverante?

—No puedes hacerte una idea. Estoy considerando la idea de irme a Nueva York antes de lo previsto si las cosas se ponen muy tensas. El acoso comenzó cuando el padre de Gloria consiguió ser el propietario

de toda la empresa.

—¿Te vas a vivir a Nueva York? —preguntó Merrie, jugando con el nudo de la camisa.

—Sí. Tarde o temprano acabaré allí. Me crié en un pueblo pequeño, y llegué a odiarlo. Prefiero vivir en las grandes ciudades.

—¿Seattle no te parece lo suficientemente grande? Es estupendo. Venden café a la italiana en cada esquina y tiene un equipo de béisbol profesional… ¿Qué más puede desear un verdadero amante de la ciudad?

—Mi intención es trabajar en Wall Street, lo que supondría llegar a la cumbre de mi carrera profesional.

—¡Qué interesante! Se ve que te gusta vivir bien, con atascos, ruido y una contaminación espantosa… —Merrie no estaba nada impresionada por los planes del corredor de bolsa. ¿Te vas a dedicar a ganar un billón de dólares antes de cumplir cuarenta años?

—No tan drásticamente, pero lo voy a intentar. De hecho, soy un buen agente de bolsa.

—…Que necesita unas buenas vacaciones —añadió Merrie, estirándose sensualmente frente al espejo.

Logan estaba intrigado por los gestos que hacía la profesora.

—Ya te he dicho que no voy a ir a Montana.

—Sí, te he oído muy bien. Pero, ¿qué vas a hacer, quedarte en Washington y dejar que Gloria te atrape?

Kincaid estuvo mirando a Merrie un buen rato, dándose cuenta de que su mente estaba confusa. Ella le inspiraba consternación, diversión y deseo… Y esos sentimientos podían tener un efecto tan devastador como la anarquía, en su propia persona. Gloria Scott era un engorro, pero Merrie Foster podía ser tremendamente dañina para su equilibrio personal.

Ella tenía razón: Gloria era pura tenacidad. Nadie le iba a obligar a casarse con ella, pero las cosas podían ir mal en la empresa por su culpa. Además, realmente necesitaba unas buenas vacaciones.

Había estado últimamente distraído, aburrido e incluso harto de sus clientes que, ávidos de ganancias, no seguían sus indicaciones. Marcharse lejos era una buena idea y ya era muy tarde para hacer cualquier reserva en una agencia de viajes.

—Entonces, ¿qué es lo que más te convence: el ramo de boda o los caballos…?

Logan miró a Merrie alegremente y finalmente, tomó la decisión.

—¡Me quedo con los caballos! Voy volando a hacer el equipaje.

Capítulo 3

—¿Pilotas avionetas con mucha frecuencia? Merrie dirigió una mirada hacia Logan Kincaid, que estaba sentado a su lado, en la pequeña Cessna. Se había pasado todo el vuelo mirando hacia adelante, con la mandíbula rígida y las manos sudorosas. ¡Habría sido imposible no tener miedo, sobre todo con aquella mujer al mando del pequeño avión!

De camino a Rapid City, Logan le había dado todo tipo de razones para no seguir volando hasta el rancho.

—¿A qué te refieres? —preguntó Merrie, ajustando un dial y ocupándose de las luces de la avioneta.

El aparato pertenecía al abuelo, pero ella era la única de la familia que tenía licencia para pilotarla. Por lo tanto, la nave estaba totalmente a su disposición.

—A volar… —murmuró Kincaid, mientras observaba la vista por la ventanilla.

Merrie agitó los alerones de las alas, y Logan la asesinó con la mirada. Pero no tuvo otro remedio que tratar de relajarse.

—De vez en cuando —dijo Merrie, resultando poco convincente a propósito—.

Se trata de un hobby caro y como estoy ahorrando…

—Sí, claro… para comprar el rancho. Una profesora no debe ganar mucho dinero y si además quieres ahorrar, tiene que ser difícil.

El comentario sorprendió a Merrie. Logan estaba interesándose por las circunstancias de su vida privada.

—Trabajo en el colegio en el turno de noche. No pago alquiler, porque vivo en un apartamento situado en la parte de arriba del garaje de mis padres. Y en verano, me voy al rancho con el resto de los vaqueros. Espero que mi abuelo acepte mi dinero y me venda la propiedad.

Kincaid volvió a sentirse inquieto.

—¿Por qué aprendiste a volar?

Merrie frunció el ceño.

—Fue idea del abuelo. Pensó que si me dedicaba a pilotar la avioneta, olvidaría mi interés por el rancho. No tiene ni idea de como son las mujeres, pero sí entiende de negocios. Muchos turistas que pasan sus vacaciones en la propiedad no quieren ir a Montana en coche. Ir volando es una propuesta tentadora para muchos de ellos. Y

no hay que olvidar que el pequeño aparato es muy útil cuando hay alguna emergencia.

De nuevo, Kincaid se agitó incómodamente. Merrie sonrió, el Cessna no había sido concebido para un copiloto tan alto.

—¿Lo que me cuentas ocurrió antes o después de tu paso por la cocina?

—Después. El fin que perseguía el abuelo falló. Sin embargo, aprendí a volar porque estaba claro que podía serme muy útil en mi vida de ranchera.

La radio sonó como con un crujido y Merrie intercambió varias palabras con el operador. A continuación, comprobó que se encontraban en las inmediaciones del rancho y se preparó para aterrizar.

—No tengas miedo. Incluso el abuelo se siente seguro cuando vuela conmigo.

—No lo dudo…

—¿Quieres que sobrevolemos la propiedad para que tengas una vista de conjunto, o prefieres aterrizar?

—No, gracias. Me gustaría bajar… digo tomar tierra.

—Muy bien —dijo Merrie, concentrándose en la maniobra.

Cuando las ruedas tocaron el suelo, Logan pudo ver cómo era el aeropuerto privado. A primera vista, todo estaba cuidado y en orden y abundaban los carteles con el nombre del rancho. Un vaquero con el sombrero calado hasta las cejas fue a recibirlos.

Ante la vista del paisaje con los últimos rayos del atardecer, Logan pudo observar que además de ser un chovinista, el abuelo poseía un buen olfato para vender su producto.

—Apenas has hablado —dijo Merrie, desabrochándose el cinturón de seguridad.

Logan se volvió para mirarla y le dijo:

—He estado conteniendo la respiración porque eres como un torbellino. En las últimas veinticuatro horas, no he podido disfrutar de un momento de calma.

—No estabas obligado a venir —comentó Merrie, irritadamente.

Logan intentó disimular que estaba encantado, habiéndose dejado llevar por el impulso del torbellino. Parecía como si nadie pudiese librarse de tanto entusiasmo, por una parte estaban sus alumnos, los clientes del rancho y el mundo en general.

¡Merrie era verdaderamente irresistible!

Kincaid cayó en la cuenta de lo que estaba pasando. Irresistible no era un buen calificativo para una mujer. Aun menos para Merrie. Ese concepto implicaba aprobación y compromiso. En el caso remoto de querer contraer matrimonio, nunca se casaría con una persona tan intensa. Por el momento, se limitaría a conocerla un poco más.

—Bueno, pues ya hemos llegado. Espero disfrutar de la estancia. Por cierto, ¿cómo se abre la puerta?

—Apretando esta palanca —dijo Merrie, acercándose hacia la pieza en cuestión.

En ese momento, Logan la tomó por las caderas, pillándola por sorpresa.

—¡Bonita vista! —la elogió Kincaid, fijándose en el generoso escote de la blusa que llevaba.

Merrie se había desabrochado varios botones justo antes de llegar a Montana, para aclimatarse mejor a las altas temperaturas del rancho. El descarado agente de bolsa habría estado mucho más satisfecho, si se hubiera quitado la prenda por completo…

—¡Las manos quietas! —exclamó la vaquera, incorporándose de nuevo en su asiento.

—Deberías ser más amable con los turistas de pago…

—Escúchame bien, Logan. ¡Puedo ser una anfitriona para ti… pero eso no quiere decir que esté disponible, para tus fantasías eróticas!

—Por supuesto que no. Eres muy suspicaz con el sexo. ¿Acaso eres virgen? — preguntó Kincaid, de modo impertinente.

Merrie se puso colorada.

—¡Esto es realmente ridículo!

Logan había querido tomarla el pelo, sin embargo, el tono de voz femenino le sugirió la siguiente pregunta.

—Por cierto, ¿cuántos años tienes?

—No creo que eso sea de tu incumbencia.

Merrie parecía más una estudiante sexy y dinámica, que una consolidada profesional de la enseñanza. En realidad, debía ser mayor, y si además era virgen…

Logan se encontró de repente intranquilo, pero sobre todo hambriento.

—Está bien. Tengo veintinueve años y voy a cumplir los treinta la semana que viene —dijo Merrie, con cierta tristeza.

—Yo tengo treinta y seis. Lo bueno de la treintena es que la gente ya no te trata como a un crío.

—Eso puedes decirlo tú, porque eres un hombre —le contestó Merrie.

Logan recordó lo que habían estado comentando en Washington…

—¿No crees que te estás agobiando, planteándote cuestiones propias de los cuarenta años?

—Quizá tengas razón, pero para ti el éxito no pasa por tener un montón de niños y lograr así el reconocimiento social.

Kincaid se quedó pensativo. Si él no podía comprender como los hombres se casaban y tenían descendencia, ¿cómo iba a hacerlo en el caso de una mujer?

—Realmente, no tengo ningún interés en tener hijos, o sea que no me planteo ese tipo de problemas.

Kincaid miró con simpatía a Merrie, acariciándole un mechón de pelo color canela: ambos tenían grandes proyectos para el futuro.

—Tengo un plan… —comenzó a decir la joven vaquera.

—A ver si lo adivino. Quieres comprar el rancho familiar, rodearte de niños y previamente, encontrar a tu marido ideal. Pero, eres virgen.

—No sé por qué dices eso —dijo la vaquera, enfurruñada.

—Vas a necesitar a alguien que te ayude a dar todos esos pasos hacia el éxito personal —comentó Logan, acariciándole la nuca suavemente.

—Gracias, pero no pienso contar contigo —respondió Merrie, intentando deshacerse de la mano de Kincaid—. Si necesitas practicar el sexo, siempre hay un par de turistas solteras, deseosas de entablar una relación pasajera.

—No estoy desesperado. Y además, ¿cómo sabes que no estoy hablando de algo más profundo?

—Por la simple razón de que los hombres sólo piensan en el sexo.

Mientras Merrie hablaba, estaba pendiente del pequeño remolcador que tenía que llevarlos hasta el hangar, para poder bajar de la avioneta. Pero el conductor se había quedado dormido al sol.

—De momento no podemos salir de aquí —dijo Logan, sonriendo.

—Pues voy a gritar —dijo Merrie indignada—. Chip es muy protector conmigo…

Olvidando su mal humor, la vaquera le comentó que el conductor del camión remolcador siempre llevaba preservativos bajo la cinta del sombrero, y que por esa razón, tenía esas marcas tan curiosas en la banda de piel.

Logan no sabía si Merrie le estaba tomando el pelo, con esa historia tan típica del viejo Oeste americano.

—Sí, realmente se trata de una historia curiosa; espero que los vaqueros se quiten el sombrero para meterse en la cama…

Merrie sonrió enigmáticamente.

—Te puedo asegurar que los vaqueros no se lo quitan, en ningún momento.

A Kincaid no le gustó esa sonrisa.

—Sí, por lo que dices, ese Chip parece ser muy protector, pero no tiene aspecto muy ingenuo que digamos.

—Olvídate de él… Estamos en Montana, aquí puede pasar de todo, porque es la tierra de la individualidad.

—De acuerdo —dijo Logan, abriendo su puerta de par en par—. Cambiemos de tema. ¿Por qué elegiste la docencia como carrera

profesional? Ser profesora y vaquera a la vez no parece algo muy compatible.

—Es perfecto —comentó Merrie, mientras bajaba de la avioneta—. En el rancho estamos completamente aislados de la vida civilizada, o sea que aquí puedo aprender un montón de cosas para cuando tenga que educar a mis propios niños. ¿Ves cómo no es tan incompatible?

En cierto modo, la vaquera tenía razón. Sin embargo, era obvio que ella apenas había tenido tiempo para entablar relaciones de pareja, por mucho que lo negara.

Kincaid suspiró plácidamente. Se le habían estropeado las vacaciones, pero el hecho de estar en el rancho, resultaba prometedor. Incluso, no estaba tan mal como había pensado en un principio.

La propia Merrie colocó los topes en las ruedas de la avioneta, teniendo en cuenta que Chip seguía durmiendo tranquilamente. La joven vaquera le mostró a su acompañante los edificios que formaban parte del aeropuerto privado. Estaba un poco nerviosa, pero Logan lo comprendió.

Había sido un poco agobiante con el tema de la virginidad. La verdad es que para otros hombres habría sido un fastidio. Pero él lo encontraba curioso. Además, Merrie estaba lo suficientemente segura de sí misma como para no tomárselo como un lastre.

De pronto, Chip, que ya se había despertado, saludó a Merrie desde dentro del camión remolcador. Cuando se bajó del vehículo le dio a la vaquera un gran abrazo de oso y un leve beso en los labios. Todo ello sin desplazar ni un milímetro su sombrero. Logan observó la escena con detenimiento.

—¡Encantado de volver a verte! El jefe me dijo que te recogiera. ¿Quién es tu acompañante?

—Te presento a Logan Kincaid —dijo Merrie, mientras los dos hombres se daban la mano.

Ambos tenían la misma altura y aproximadamente la misma edad. Sin embargo, se veía que Chip tenía la piel curtida por el contacto continuo con la naturaleza.

De inmediato, Logan advirtió las marcas de los preservativos bajo la cinta del sombrero. Estaba claro que necesitaba tenerlos siempre a mano…

A Kincaid no le gustó pararse a pensar en el beso que le había dado Chip a Merrie. No es que estuviera celoso, pero no podía dejar de pensar que, probablemente, el vaquero cumpliría los requisitos para ser el marido ideal de Merrie.

Logan intentó recordar lo que ella realmente deseaba encontrar en un futuro cónyuge. No quería que su esposo muriese prematuramente,

víctima de un ataque de hipertensión. Tampoco quería casarse con un hombre que sólo pensase en el dinero, porque compartir cama con una cuenta bancaria no le atraía demasiado. Kincaid se quedó pensando que, tener relaciones sexuales con alguien tan atractivo como Merrie y tener una buena suma de dinero en el banco, podían ser dos cosas perfectamente compatibles. Y luego estaba el rancho…

La vaquera quería tener a su lado a un hombre que amase la naturaleza de Montana, para acompañarla hasta el final de sus días.

Con toda seguridad, Chip era el tipo ideal. Era un vaquero en toda la regla, con el sombrero, las botas, etc…

Logan fue consciente de que Merrie no le había hablado de los rasgos físicos con los que tendría que contar su futuro marido.

Chip tenía tanta fuerza en los brazos, que el apretón de manos que se habían dado, estuvo a punto de poner en peligro la integridad física de Kincaid.

—Chip, ya está bien… —dijo Merrie, molesta por la actitud agresiva del joven vaquero.

—No te preocupes, pelirroja.

—Te recuerdo que no me gusta que te portes como el típico hermano mayor.

Evidentemente, ya no tengo dieciséis años. Venga, ayúdame a llevar el equipaje.

Kincaid se quedó sorprendido de cómo trataba Chip a su hermana: su comportamiento no era muy apropiado, sobre todo ese beso tan cariñoso que le había dado el primogénito de la familia. Además, tampoco era normal llevar preservativos en el sombrero a todas horas.

Los dos hombres se observaron mutuamente y Logan aceleró el paso, para ser el primero en llevar el equipaje al viejo camión. No quería que el vaquero le tratase como a un memo, adelantándose y demostrando lo fuerte que era.

Colocó las maletas en la parte trasera del vehículo y se sentó entre un montón de heno. Por primera vez, pudo respirar relajadamente. Por lo que había visto hasta ese momento, había sitios mucho peores donde pasar las vacaciones.

Chip arrancó y condujo el camión hacia el centro neurálgico del rancho, no muy lejos del aeropuerto privado. Allí, Kincaid pudo ver que el ganado estaba bien guardado entre vallas inmaculadamente blancas, y que los establos y el resto de los edificios se encontraban en óptimas condiciones. Todo aquello le causó muy buena impresión al agente de bolsa.

En la ladera de una colina, se encontraba una casa que dominaba la perspectiva de la finca. Se trataba de una agradable residencia,

propia de un rancho donde prosperaba la abundancia. Lo que parecía empañar esa imagen de armonía era la zona donde estaban plantadas una serie de tiendas de campaña, que no eran especialmente bonitas, sino simplemente prácticas.

De pronto, Merrie se puso a saludar a un hombre alto, que se encontraba en el centro del patio. Merrie saltó del camión cuando todavía estaba en marcha y empezó a correr hacia él.

«Verdaderamente, esta mujer es imposible, no tiene la mínima noción de los que es el dominio de uno mismo», pensó Logan, ligeramente molesto.

—¡Abuelo! —gritó Merrie.

El gigante de pelo blanco dio media vuelta y la estrechó entre sus brazos.

—¿Qué tal estás? —dijo la nieta, tratando de sobrevivir al achuchón del ranchero.

—Muy bien… ¡Oh! Éste debe ser Logan Kincaid, ¿no es cierto? —preguntó el hombre maduro, mirando con interés al acompañante de Merrie.

—Sí. Logan, te presento a Paul Harding, mi abuelo.

—Encantado de conocerlo, señor.

Logan había percibido la autoridad que inspiraba aquel ranchero tan alto y tan atractivo, a pesar de tener el pelo completamente blanco. En su rostro, llamaba la atención la forma de las mandíbulas, que mostraban tenacidad y que le recordaban a la voluntad de hierro que caracterizaba a su nieta.

Los dos varones se miraron unos segundos a la cara, y Paul Harding extendió su brazo con una sonrisa y le dio un buen apretón de manos a Kincaid.

—Bienvenido al rancho —dijo el abuelo de Merrie, sonriendo.

—La verdad es que es magnífico. Sinceramente, no me esperaba una propiedad con tantas prestaciones.

—Bueno, por lo menos llegamos a fin de mes… —comentó Paul, sonriendo modestamente, pero con un brillo en los ojos que transmitía un gran orgullo.

—¡Merrie! —llamó desde el porche de la casa una señora, no mucho más grande que la joven. Se puso a caminar a toda prisa, para reunirse con su nieta en un enorme abrazo—. ¡Qué alegría tenerte entre nosotros de nuevo!

—¡Oh, abuela, cuantas ganas tenía de veros!

—¿A nosotros, o al rancho? —preguntó el abuelo.

—A todos por igual —comentó la dinámica joven, sonriendo abiertamente.

Su abuelo le había puesto las cosas difíciles, sin embargo era su mentor en la vida. En efecto, era demasiado cerrado como para permitir que una mujer llevara las riendas de su propiedad con destreza.

Desde un punto de vista práctico, Merrie conocía mejor que nadie el negocio y las personas que colaboraban en él. Tenía la intención de hacer llegar las nuevas tecnologías a la finca e informatizar la gestión del rancho. De ese modo, los clientes podrían informarse y hacer reservas con más facilidad. Ella quería dar a conocer las prestaciones del negocio. Si no, ¿para qué servía tener un rancho tan floreciente, si no lo hacías llegar al gran público?

—¿Quién es este señor? —preguntó la abuela, apuntando hacia Logan.

—El señor Kincaid… el hombre del que te hablé por teléfono. Logan, te presento a Eva Harding. Es la mejor cocinera de Montana, de hecho, no se le ha quemado un bizcocho en la vida.

—¿Cómo está, señora? —dijo Logan con la mejor de sus sonrisas, lo que hizo que la abuela de Merrie se derritiera en el acto.

—Muy bien, gracias. He oído hablar mucho de usted a mis dos nietas. Es un auténtico placer tenerlo entre nosotros. Subamos al porche y disfrutemos de una limonada, antes de mostrarle su aposento.

—El señor Kincaid viene a pasar las vacaciones —dijo Merrie, apresuradamente, porque no le apetecía alojarlo dentro de la casa—. Tiene la intención de ser tratado como los otros turistas, ¿no es cierto, Logan?

—Claro —respondió el hombre, con un atisbo de duda.

—Había pensado que Spike, Chip o Cari podían ser sus guías. ¿Qué os parece?

—preguntó Merrie.

—Bueno… —balbuceó el abuelo, calando el asunto que se traían entre manos los dos jóvenes.

—Querida, me prometiste que serías mi acompañante —protestó Logan, rodeando con el brazo sus hombros—. Si eres mi monitora personal, me sentiré mucho más seguro.

Merrie iba a contestar, cuando descubrió un guiño de complicidad entre el abuelo y Kincaid.

¡Estos hombres eran todos unos necios! La causa era sin duda, el estúpido cromosoma Y…

—Parece lo más razonable —corroboró Paul—. Enséñale entonces cuál es la tienda que le corresponde, Merrie. Ya hablaremos más tarde.

Cuando el matrimonio se alejó, la joven le reprochó a Logan su

comportamiento.

—Muy gracioso. Con que querida, ¿eh?

—Pensé que lo encontrarías divertido…

—Pues, me parece estúpido por tu parte. ¿Acaso quieres vengarte de mí por haberte traído a Montana?

—No, claro que no.

—Ah…

Kincaid sonrió y la atrajo hacia sí, sujetándola por el cuello de su chaqueta. Se había dado cuenta de que, cuando estaba confusa, Merrie balbuceaba un Ah y se cerraba en banda.

—Pero ahora que lo dices… ¿Todavía quieres pegarme? —dijo Logan, irónicamente.

—Más que nunca —contestó Merrie, intentando zafarse de sus manos—. Has de saber, Logan, que no estoy interesada en tener un romance de verano contigo. No tengo ganas de perder mi valioso tiempo. Y menos con un tipo como tú.

Kincaid suspiró. El problema que existía entre los dos, salía de nuevo a la luz…

Merrie tenía raíces, y muy profundas. Estaba íntimamente ligada a aquella tierra y a su familia, mientras que él era un hombre mucho más independiente y poco amante de vínculos tan fuertes como aquellos. El hogar no le sugería nada que no fueran amargas peleas, falta de dinero y puntos de visa no compartidos.

¡En realidad, Merrie y él eran tan opuestos!

Él quería vivir en Nueva York, y ganar mucho dinero en un breve plazo de tiempo. La futura ranchera prefería las vacas y el compromiso. El problema era que

Logan se sentía increíblemente atraído por ella y a Kincaid le daba la impresión de que aquella atracción era mutua.

—¿Logan? —dijo Merrie.

—Estaba pensando cómo podría yo, comprar el rancho. La verdad es que no sé nada de los precios que tienen las propiedades aquí en Montana. Pero lo que está claro es que con un sueldo de profesora, no podrías pagar la finca.

Merrie elevó los hombros y sus ojos dejaron traslucir cierta inquietud.

—De momento trabajo como profesora para realizar el pago inicial. Y el resto lo pagaré mediante un plan conjunto entre mi abuelo y el banco. El hecho de tener un sueldo en el rancho me hace estar más cerca, en el caso de que el abuelo quiera jubilarse y poner en venta la propiedad.

—¿Y si no te vende el rancho? —preguntó el corredor de bolsa.

Merrie torció la boca con cierto gesto de amargura.

—Aún sigue diciendo que preferiría vendérselo a un extraño. Pero yo confío en que cambie de opinión. No en vano, la tierra ha pertenecido a la familia desde hace cien años. Realmente, no quiero que se la quede un desconocido. Yo quiero vivir aquí con mis hijos y que ellos puedan heredarla algún día.

—Pero Merrie, tienes que ser más sensata. No puedes jugártelo todo a la misma carta, porque si no consiguieses tus objetivos, se te rompería el corazón.

Logan pensó tratarla como si fuese una clienta, aconsejándola y utilizando la más exquisita diplomacia con ella.

En efecto, tenía mucha experiencia asesorando a inversores, para disuadirles cuando pretendían hacer una mala inversión. Sobre todo, en esos momentos, se trataba de apelar al sentido común y a la sangre fría. En aquel momento, Merrie necesitaba su ayuda, de amigo a amigo. Después de todo, su familia le caía muy bien y ella representaba un soplo de aire fresco entre tanta tradición. Era una mujer honesta y atractiva que no merecía recibir un palo de la vida, persiguiendo un sueño imposible.

Kincaid se sorprendió a sí mismo, tomándola por una joven atractiva. Por lo tanto, tampoco estaba claro que fuese simplemente una amiga…

Logan respiró profundamente y con mucha calma le expresó su opinión.

—Lo siento, pero creo que debo decirte que tu sueño de comprar el rancho es una idea muy bonita… pero excesivamente romántica. En la vida hay que ser mucho más práctico.

—¿Crees que soy romántica? —dijo Merrie, con un poco de desprecio—.

Conozco muy bien la realidad y el hecho de llevar un rancho no es un juego: requiere trabajo constante y mucho esfuerzo. No se enriquece uno como en la bolsa, y la responsabilidad es grande puesto que la marcha del negocio es impredecible. La única razón por la cual no nos fuimos a pique es porque los turistas encontraban romántico el hecho de pasar unas vacaciones en nuestro rancho.

—Oh… —murmuró Logan, sin saber qué decir.

Sin embargo, todavía pensaba que Merrie idealizaba demasiado el trabajo en una explotación como aquella. Disfrutar de la naturaleza de Montana era agradable para pasar unas semanas. Pero vivir de un negocio, era algo muy distinto, porque parte de la vida cotidiana implicaba un riesgo y una responsabilidad tremendas.

Merrie guiaba a Kincaid entre las tiendas plantadas en la ladera. El joven no podía evitar sentir un poco de rencor con la vida. En vez de descansar plácidamente en un hotel de lujo, iba a pasar sus vacaciones durmiendo en una tienda de campaña, en el duro suelo. Para colmo, iba a ser difícil tener una aventura, en una tienda de lona…

De repente, le pasó por la mente la imagen de Merrie, cálida y sensual… metida dentro de un saco de dormir.

Kincaid se llamó a sí mismo estúpido y sexista.

La verdad es que no podía dejar de pensar en ella, desde que la había conocido.

Fuese virgen o no, su guía le atraía de la forma más sencilla. Verdaderamente, se sentía fatal por haberse dejado atrapar por una mujer que lo quería todo: un rancho, un marido, una familia y un montón de hijos que criar en Montana.

Logan pensó que en el caso de que su relación prosperara, tendría que velar por ella constantemente, para que no perdiese el imprescindible sentido de la realidad.

Los castillos en el aire eran uno de los problemas que habían afectado a sus padres en sus desavenencias conyugales.

Por su parte, Merrie no confiaba en él, ni siquiera un poco. No valoraba su trabajo, su casa, ni nada de lo que le rodeaba.

Por lo tanto no debería enamorarse de la vaquera, y sin embargo ya lo estaba.

—¿Te parece bien esta zona para instalarte? —le interrogó Merrie.

—Estupendo —dijo Kincaid, irónicamente.

Pero la vaquera no le hizo caso, porque pensaba tratarlo como a cualquier otro turista.

Logan logró no quedar como un pardillo, instalándose en su tienda, recordando los campamentos a los que había asistido de pequeño y las acampadas con los amigos.

A continuación, le llevó a los establos y le enseñó la que iba a ser su montura.

Realmente, el caballo lo intimidó. Pero Kincaid confió en su guía, puesto que se jactaba de ser la monitora más segura del rancho.

—Acaríciale el morro y déjalo que te huela —le ordenó Merrie—. Hazlo con seguridad.

—¿Por qué?

—Para establecer la relación de poder.

Logan acarició el cuello negro del cuadrúpedo y luego se dirigió hacia la guía.

—Poder… ¿no? —dijo Kincaid, con una amplia sonrisa.

—Con el caballo, solamente…

—Yo pensé de que era algo realmente fácil.

—Logan Kincaid, eres imposible.

—¿Sí…?

El turista acarició la mejilla de la monitora y más tarde el cuello.

—Dime, ¿qué insulto estás preparando para soltármelo a la cara? —preguntó Kincaid, burlonamente.

—¿Te acuerdas de tu lista? Pues no cumplo ningún requisito. No soy rubia, ni alta, ni nada de nada.

—En fin, se trataba de las prioridades diseñadas por mi hermano.

Mientras hablaba, Merrie estaba caminando hacia atrás, hasta que se dio en la espalda con un muro del establo.

—¿Tú no piensas casarte nunca, verdad? Por lo tanto, esa lista no debe de tener mucho sentido para ti —dijo Merrie, como para convencerse a sí misma.

—Sin embargo, tú sí quieres un marido con el que casarte.

Logan Kincaid estaba pegado a su cuerpo y tenía una expresión de deseo sexual tan evidente, que la estaba haciendo perder el control.

Ella nunca se había sentido especialmente atractiva. Tenía un físico agradable y contaba más o menos con una figura proporcionada. Pero su estatura era francamente pequeña, tenía los ojos saltones y la barbilla excesivamente pequeña.

Como la había definido un exnovio, era tan mona como un duendecillo.

Ser mona era lo último que querría una mujer para sentirse segura de su atractivo. Los gatos recién nacidos y los bebés foca eran monos. Pero ella quería ser sexy. Y daba la casualidad de que en presencia de Logan, Merrie se encontraba muy sexy.

Sin duda, estaba cayendo en el error de darle demasiada importancia a Kincaid, teniendo en cuenta lo diferentes que eran sus proyectos de vida… Desde luego, ella no tenía la mínima intención de cambiar, para adaptarse al ambiente de Logan.

—Kincaid… —dijo Merrie.

—Llámame Logan —dijo el hombre, uniéndose un poco más al cuerpo de la monitora y dibujándole los labios suavemente, con la punta de los dedos—. Hueles muy bien.

—Tú también —respondió la vaquera—. No soy yo, es el heno el que huele tan bien.

Logan alzó la cabeza de Merrie con el índice y el pulgar, sonriendo abiertamente.

—No se trata del heno, pero voy a comprobarlo —pegándose a ella aún más, juntó su cara con la melena de color canela, e inhaló profundamente—. Eres tú, que hueles muy bien.

La vaquera se quedó un poco decepcionada: o sea que según él, olía solamente muy bien, después de lo excitada que la había puesto…

—¿Vas a besarme, o no? —le preguntó ella a Logan.

—Es justo lo que estaba pensando.

—Olvida tus pensamientos —dijo Merrie, hundiendo sus dedos entre la espesa cabellera masculina.

Ambos eran realmente diferentes: él muy alto y fuerte, y ella bajita y esbelta.

Pero esa diferencia, no fue un obstáculo para que ella le rodeara con sus cálidos brazos. Ambos se besaron tierna y dulcemente, sintiendo la sensualidad de sus cuerpos, apoyados contra la pared del establo.

Le parecía sorprendente que Kincaid estuviese tan fuerte físicamente. Eso era normal entre los vaqueros del rancho, teniendo en cuenta lo duro que era su trabajo.

Después de besarse y abrazarse, Merrie empezó a notar cómo se excitaba aún más el cuerpo de Logan, a la altura del cinturón… La vaquera no pudo reprimir un gemido, mientras instintivamente, echaba la cabeza hacia atrás. Aquello excitó aún más a Logan que volvió a reanimarla sensualmente, dándole eróticos besos en la boca.

Merrie, estaba atrapada en aquella tormenta de sensaciones cálidas, violentas y excitantes.

—Logan…

—Dime, Merrie —respondió el hombre, saboreando los dulces labios de la guía e introduciendo la lengua con auténtica delicia. Con tales exquisiteces, Merrie notaba como la sangre fluía dentro de sus venas y las olas de placer que parecían arrebatarle el sentido.

Un caballo relinchó acercándose a ellos, para jugar con su morro rosa, y les devolvió a la realidad, en cuestión de segundos.

—¿Logan?

—Sí… —dijo Kincaid, paseando la mano izquierda por su pecho.

—¡Logan! —saltó Merrie, exasperada.

—Estoy contigo, mi amor.

—Ya lo sé, pero hay que darse prisa. Pronto llegarán el resto de los caballos con sus jinetes.

—¿Qué?

Merrie volvió a posar sus pies en el suelo, riendo ante la actitud de Logan.

—Que están a punto de llegar los demás —dijo la monitora, lo que hizo apartarse unos centímetros a su acompañante, para volver de nuevo a acariciarla con más énfasis aún.

La excitación había consumido las fuerzas de la vaquera, divertida

ante tantas sensaciones placenteras.

Desde el momento en que se habían conocido, había existido una clara afinidad sexual entre los dos. Parecía inevitable que se hubieran unido con tanta facilidad.

Capítulo 4

—No creo que mi caballo sea el único que esté asustado —dijo irónicamente Logan. Merrie se cruzó de brazos y replicó airadamente: —Está castrado, por lo tanto no creo que pueda tener miedo.

—¿Castrado? —preguntó Kincaid, enarcando una ceja—. Pobre animal.

—Bueno, pues no vuelvas a tenerlo miedo.

—Está bien —contestó Logan—. Pero lo que yo quiero volver a hacer es seguir hablando del beso y el abrazo que nos acabamos de dar.

—Oh, no… —intentó esquivarlo, Merrie.

Según lo que decían los libros, los hombres no eran conversadores. No les interesaba hablar de los sentimientos o de cualquier otro tema propio de las mujeres.

Lo más seguro es que Logan quisiera volver a seducirla…

—Eso no volverá a ocurrir —dijo Merrie—. ¿Lo has comprendido bien?

—Creo que estás hablando en esos términos porque tienes miedo.

Apuntándole con un dedo en el pecho, la vaquera le respondió: —No estoy hablando de miedo, sino de autoprotección, Logan. No puedo permitirme el lujo de tener una relación contigo.

—¿Por qué no? —quiso saber Kincaid.

—Para empezar, eres demasiado esbelto.

El hombre no se esperaba esa respuesta.

—Pero, si soy un hombre… En cualquier caso sería fuerte, en vez de esbelto.

Merrie se mordió la lengua. Se había expresado mal, porque era prácticamente perfecto: su cabello era abundante y tenía un cuerpo de atleta. Incluso su sonrisa que no era uniforme, tenía mucha personalidad.

Sin embargo, ella no era más que una futura ranchera, en busca de un marido que amase la montaña y las vacas tanto como ella.

Por su parte, él era el típico agente de bolsa, inteligente y ambicioso, cuya única aspiración era residir en Nueva York hasta el resto de sus días, para disfrutar de los billones de dólares acumulados año tras año, en el banco.

—De acuerdo, no eres esbelto —replicó Merrie, intentando no fallar de nuevo.

—Muchas gracias —contestó Logan, en cierto modo molesto.

«¡Ay! El ego masculino»… pensó la vaquera, con un ápice de desprecio.

—Digamos que eres un solitario. Lo que te gusta es el champán, los

coches caros y las grandes metrópolis. Por el contrario, a mí lo que me va es todo esto —dijo Merrie, mostrando el rancho—. No quisiera tener una relación con alguien como tú, porque no podríamos llevarnos bien.

—¡Maldita sea! —balbuceó Logan disimuladamente, dándose cuenta de que la monitora le había arrebatado sus propios argumentos.

Ambos eran completamente distintos; aun más, opuestos… Pero él no podía evitar sentirse atraído por Merrie.

Sin embargo, él no pretendía casarse ni con ella, ni con ninguna otra mujer.

Tenía que ser claro con la guía, para no hacerla daño.

—No pareces mala persona, pero…

—Sí, ya sé lo que me vas a decir —le interrumpió Logan—. Quieres que seamos amigos, pero no amantes.

—No pensaba ser tu amante —dijo suavemente la vaquera—. Tampoco puedo asegurarte que vaya a ser tu amiga.

El joven estaba sorprendido de lo tozuda que podía llegar a ser Merrie… Quizá ella tuviera razón: era mejor dejar la relación tal y como estaba. Si seguían atrayéndose mutuamente, como era obvio, podrían llegar a meterse en un laberinto de despropósitos y arruinar sus vidas.

No obstante, una voz interna le decía a Logan que no tuviera miedo, que podría hacer frente a esa situación tan delicada.

En vez de hablarle desde el cerebro, la voz procedía del centro de su cuerpo. No utilizaba palabras sino sensaciones inequívocamente físicas.

—¿Hemos de considerar que estamos ante un callejón sin salida? —preguntó resignadamente Logan.

—Eso parece.

Kincaid estaba realmente molesto. La gente podía disfrutar de una relación, sin necesidad de casarse o comprometerse para el resto de sus días. Existía la posibilidad de tener un amor de verano. A ambos les sentaría muy bien, para desconectar de la vida cotidiana, durante el resto del año.

Poco a poco, empezaron a llegar los jinetes con sus monturas y a medida que entraban en el establo, saludaban a Merrie sonriendo.

—¡A trabajar, Merrie! —le dijo Logan, antes de alejarse de ella.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo en que es mejor dejarlo? —quiso aclarar por última vez Merrie.

—Sí, señora —le respondió Kincaid.

La vaquera se quedó con una ligera sospecha, aunque el hombre

mantuviese firmemente su cara de póker. Al final, se le escapó una leve sonrisa.

—Logan, ¿vas a respetar nuestro pacto?

—No te preocupes. Me voy a portar bien. Pero es que… me gusta besarte.

—Te lo estoy advirtiendo, compórtate correctamente —dijo la vaquera, seriamente, mientras se alisaba la camisa y sonreía a los turistas que volvían de su paseo.

De pronto, uno de los jinetes comenzó a galopar, hasta que se acercó a Merrie.

—¡Bienvenida! —dijo el jinete experimentado, dándole un beso suave en la boca—. El señor Harding dijo que no vendrías tan pronto como otras veces.

Logan se estremeció cuando el joven besó a Merrie. Estaba claro que estaba loco por ella.

—Hola Toby, recuerda que no hay que dejar las riendas sueltas hasta que te bajes del caballo.

Toby le hizo caso de mala gana.

—Le he dicho a papá y mamá que vengan al final del verano, porque cuando tú no estás, el rancho es más aburrido.

Logan se sintió un poco culpable. Los cambios de planes para sus vacaciones habían afectado a un montón de personas, como a ese adolescente con cuerpo de adulto.

—Estoy convencido de que lo has pasado en grande, aunque yo no haya estado aquí —le dijo Merrie, mientras le sacudía el pelo con la mano.

—Pero, no es lo mismo…

Los otros integrantes del grupo estaban de acuerdo con Toby. Casi todo el mundo en el rancho parecía compartir esa opinión.

La mayoría de los invitados venían un verano tras otro, y por eso la conocían muy bien. ¡Era tan fácil querer a Merrie!

«Ha sido un auténtico lujo compartir con ella cinco minutos», pensó Kincaid, con asombro.

Al cabo de unos breves instantes, apareció otro joven que la saludó efusivamente. Logan comprendía que no era bueno ser posesivo con Merrie, pero es que la hospitalidad del viejo Oeste le estaba empezando a poner nervioso: primero Chip, luego Toby y ahora ese otro tipo…

—Hola Spike. ¿Cómo estás?

—Bien Red, ¿y tú? —contestó el vaquero—. Sabes que eres la mujer de mi vida.

¡En cuanto me des el sí, nos casamos!

—Diré sí, para que te ahorquen…

El vaquero hizo un gesto de despecho y, a continuación, se acercó a otra joven, que le sonreía con complicidad.

Logan comprendía por qué Merrie quería vivir en el rancho y no en la ciudad, con un tipo serio y aburrido como él.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo Kincaid, ridiculizando al vaquero—. Te acaban de proponer matrimonio y has denegado la proposición. Seguro que Spike, iba a ser un buen marido y un magnífico padre para tus docenas de mocosos…

—Silencio, Logan —dijo Merrie seriamente, dejando atrás al agente de bolsa.

«Todos los hombres son iguales», pensó la joven. «No te quieren realmente a ti, pero tampoco les gusta que te quieran otros hombres». Ni siquiera en broma, como solían hacerlo en el rancho. Había sido una locura llevar a Logan Kincaid a Montana.

—Vamos, chicos. Hay que ocuparse de los caballos —dijo Merrie con claridad, para que la oyeran bien los turistas—. Un auténtico vaquero cuida antes a su caballo que a sí mismo.

Los invitados empezaron a quejarse, pero al cabo de un momento estaban encantados, contando chistes y siguiendo a los guías. En los primeros días de su estancia en el rancho, los visitantes eran seguidos constantemente por los monitores, teniendo en cuenta que la limpieza y la alimentación de los animales era una responsabilidad de los jinetes.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Logan.

Merrie estaba asombrada de que el turista que le había asignado su abuelo, quisiera ocuparse de su montura, habiendo tenido la posibilidad de estar tirado en una lujosa playa del Caribe.

—Logan, no te pases de listo.

—Pero, si tú eres mi monitora, no me puedes dejar así como así.

—Escúchame…

—¡Merrie, ya estás de vuelta! —la interrumpió otro vaquero.

Kincaid le pidió ayuda a su guía.

—Merrie necesito tu colaboración —le rogó Logan, mientras que se situaba al lado de la monitora para fastidiar al otro admirador.

El joven vaquero se quedó parado súbitamente y besó castamente la frente de la chica pelirroja.

—Estoy encantado de volver a verte, Red —comentó el nuevo admirador, molesto.

Cuando el joven vaquero se marchó, Merrie se dirigió al turista.

—Está bien, Logan… ¿Qué te ocurre?

Kincaid enarcó las cejas.

—No te entiendo.

—Has provocado a ese chico, con tu presencia excesivamente posesiva. Puede que esto sea un rancho, pero yo no soy una vaca. Y nadie va a ponerme una marca con un hierro candente. ¿De acuerdo?

—Estás equivocada. Recuerda que soy un solterón en fase terminal. No tengo ningún interés en marcar a ninguna mujer, ni a ninguna vaca…

Merrie le puso la gruesa cuerda de su montura en el pecho, y Kincaid notó el fuerte aroma a estiércol que emanaba de la vieja soga de cáñamo. Inmediatamente, recordó los dos veranos que pasó trabajando en un rancho, en plena naturaleza.

—¿Qué hago con esto, cariño?

—No me llames así —protestó la vaquera.

—Está bien, Red.

—¡Red quiere decir rojo y mi pelo no es de color rojo!

Logan dejó la cuerda atada a una valla y tomó el brazo de Merrie, antes de que pudiera escapar.

—Tu cabello es de color canela y tienes un temperamento ardiente… Eso le hace preguntarse a un hombre si las partes más recónditas de tu cuerpo son igual de calientes.

Merrie se puso a temblar recordando el calor tan maravilloso que había sentido cuando Logan le había besado con pasión.

Kincaid acababa de comprender que si Merrie tenía tan claro lo que quería hacer en la vida, es decir comprar el rancho, era porque nunca se había encontrado con nada o nadie que supusiesen una auténtica tentación para ella. Y Logan Kincaid supo en seguida, que él era el tipo de tentación que le podría hacer perder el control.

—Eso es una impertinencia —murmuró Merrie.

—Yo no diría eso —dijo Logan, mientras le acariciaba la muñeca, disparando la frecuencia de sus pulsaciones.

—Logan, por favor, para… Si nos ven, van a pensar que tenemos una aventura.

—¿Y acaso no la tenemos?

—Por favor… no me acaricies así. Me tengo que ir a trabajar.

—Esto es un insulto. ¿Acaso no te gusto, cariño? —quiso saber Kincaid.

—Pues, sí… —contestó Merrie, preguntándose hasta qué punto iba a admitir la intensidad de sus sensaciones; precisamente, no era su punto fuerte ocultar y controlar sus sentimientos—. Me gustaría irme a la cama contigo, pero eso causaría toda una serie de problemas.

—¿Cómo cuáles?

Los pensamientos de Merrie oscilaban entre el fracaso sentimental

y la felicidad más completa, por lo cual intentó recuperar de nuevo el control.

—Logan, tú eres bueno para los negocios y yo no. Por otra parte, a mí no se me ocurre quedarme a medias en ninguna faceta de mi vida. Si no hubiera sido por el acoso de Gloria, no estarías aquí, ¿verdad?

Kincaid no sabía lo que habría pasado de no ser por la inoportuna visita de la hija de su jefe. Le daba la impresión de que se trataba simplemente de una excusa, porque de alguna manera se las habría ingeniado para ir a Montana. Cuando fue consciente de aquello, sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Yo… —intentó continuar el joven.

—Exacto.

Aunque decían y pensaban cosas distintas, coincidían en lo profundo de sus circunstancias. Cuando Logan intentó hablar, su mente, acostumbrada a la lógica más pura, estaba hecha un lío.

—Entonces, ¿qué hacemos? —la interrogó el joven.

—Yo me ocupo de los primerizos…

Kincaid estaba acariciando aún la muñeca de Merrie y dejaba pasear la punta de sus dedos por la delicada piel femenina…

—¡Oh, lo siento! —dijo el hombre, distraídamente.

A continuación, Merrie se metió las manos en los bolsillos, diciendo: —Podemos hacer como si fuéramos viejos amigos mientras estés por aquí, y cuando te marches, no volveremos a vernos nunca más.

Logan le tenía que decir algo a Merrie… Nunca había besado tan apasionadamente a ninguna amiga. Y además, ya que estaba en el rancho, conocer a la vaquera en profundidad podía ser algo muy interesante.

—Entonces, vamos a ser amigos —dijo Logan cruzando los dedos en su mente—. Lo que pasa es que tú vas a ser mi guía para recorrer el rancho. Tú me trajiste a Montana y ahora soy tu responsabilidad.

—De acuerdo. Pero ahora me voy, tengo que preparar la velada de esta noche.

Te veré luego —dijo Merrie, despidiéndose a toda prisa.

«Seguro que organizarán el consabido baile dentro de un establo. Pero con Merrie, todo será diferente», pensó Logan.

—Hasta luego —saludó Kincaid, viendo como la figura de la joven, subía hacia la casa principal.

«¿Por qué me estoy metiendo en este berenjenal?»

Para ser un tipo inteligente, estaba actuando como un tonto… Probablemente, en esos instantes, se trataba del mayor candidato a la frustración de todo el planeta.

Merrie podía creer que él era tan fuerte como sus amigos, los vaqueros. Sin embargo, ante su pequeño cuerpo, tan femenino y temperamental, se sentía como una hoja mecida por el viento.

Era difícil pensar que Lianne y ella fueran hermanas. La primera era una mujer agradable y tranquila, que nunca le había inspirado ningún tipo de atracción sexual.

Pero Merrie… suspiró Logan. Con aquella melena color canela y aquellos ojos verdes, le gustaba enormemente. Además, su pequeño cuerpo lo excitaba, sin poderlo remediar. Esa mujer no tenía nada que ver con las altas rubias y lánguidas de la estúpida lista de su hermano, sino más bien todo lo contrario.

Merrie era testaruda y pelirroja. Cuando estaba de buen humor no le importaba que la llamaran Red, pero cuando no lo estaba le ponía furiosa el apodo. En esos casos Logan tendría que amenazarla con una ducha fría, para que se autocontrolara.

Hablando de duchas… la vaquera le había mostrado las instalaciones para los turistas. El rancho no se parecía en absoluto a un hotel de cinco estrellas. Pero podría sobrevivir hasta que terminara el mes…

Merrie no había dormido bien esa noche La culpa era suya por no haber podido eliminar a Logan de su mente.

En el rancho había varias mujeres que pegaban muy bien con su estilo de vida.

Eran solteras y querían disfrutar de un amor de verano.

La gente se iba de vacaciones por una serie de motivos: para pasarlo bien, para descansar, para vivir nuevas experiencias y para practicar el sexo sin ningún compromiso.

A lo largo de los veranos, había visto como esas mujeres encontraban un estímulo en las relaciones pasajeras. Merrie no lo criticaba, pero sabía que a ella no le satisfacían ese tipo de aventuras.

Hasta el momento en que apareció Logan Kincaid.

La vaquera se destapó violentamente, separando las mantas de su cuerpo. El perro que dormitaba a su lado en el suelo, soltó un bufido.

—Tranquilo, Bandido. No me pasa nada, pero es que estoy confusa y no tengo costumbre de ponerme a pensar en problemas sentimentales.

El perro lamió los dedos de su ama. ¡Los perros eran tan fieles a sus seres queridos! Había sido su camarada infatigable desde que apareció por el rancho, siendo un cachorro de pastor alemán recién separado de su madre. Merrie le había dado, en aquellos tiempos, el biberón en sus brazos.

Cada otoño, cuando regresaba a Washington, pasaba un mal trago

al tenerse que separar de él. Pero Merrie prefería que el animal viviese en Montana, sintiéndose libre y corriendo a sus anchas por la finca del abuelo.

Él aire fresco del amanecer entraba por la ventana abierta. Aún tenía molestias por la caída del árbol, pero no eran graves.

Para Logan tenía que ser mucho peor. No sólo ella había aterrizado sobre su cuerpo sino que, además, le había hecho dormir en el suelo de una tienda de campaña…

Merrie lo sentía por él, pero la vida en el rancho era así. ¡Pero el pobre Kincaid no había podido enterarse ni siquiera de cómo eran sus compañeras de tienda!

—Buenos días —susurró Logan al oído de Merrie, poniéndole una mano en la cintura y ofreciéndole una taza de café.

—Mmh… buenos días —contestó la joven sobresaltada.

—¿Qué tal has dormido?

—Perfectamente, gracias —mintió Merrie.

—Yo también.

Logan estaba completamente despierto, limpio y afeitado, de modo que parecía el vaquero bueno de una película del Oeste.

Por mucho que lo hubiese intentado, Merrie nunca había conseguido tener un aspecto tan distinguido por la mañana, y menos aun en el rancho. Como mucho, podía haberse encontrado sexy… O más bien, simplemente natural.

Merrie y Logan se acercaron a la cocina, donde el responsable de los desayunos, les obligó a tomar el plato que les ofrecía, sin más cordialidad. Logan enarcó las cejas.

Aquel hombre parecía recién sacado de las películas de vaqueros.

Como era tan pronto, en la carpa restaurante, sólo había empleados del rancho.

Los turistas empezarían a llegar una hora más tarde, puesto que la mayoría no tenía costumbre de levantarse al alba.

En ese momento, apareció el pastor alemán, que comenzó a saludar a Logan.

—Hola Bandido, ¿cómo estás?

Ambos habían sido presentados la noche anterior y estaban encantados de volver a verse…

Kincaid y Merrie encontraron una mesa disponible al fondo de la carpa.

Aunque los empleados les invitaron a compartir el desayuno con ellos, los dos jóvenes prefirieron comer solos.

—Gracias… pero vamos a sentarnos al fondo… —contestó Logan educadamente, mientras los vaqueros sonreían con sorpresa y

complicidad.

A Merrie no le gustó nada su actitud y les lanzó una mirada cargada de advertencia.

Cuando los dos estuvieron instalados lejos del grupo de vaqueros, apareció el perro de Merrie, siguiéndoles los talones.

—¿Qué tal es tu tienda de campaña?

—Estupenda. Veo que como monitora, te estás interesando por mí.

—Lo hago por educación…

A continuación, Logan puso su pierna junto a la de la vaquera y comenzó a frotarla diestramente.

—Eso no es verdad. Te estás ocupando de mí porque soy tu invitado.

—Sí, claro —dijo ella, alejando sus piernas de las de Logan.

El joven elogió el plato de carne, sin mostrar enojo por el alejamiento de Merrie.

Merrie pudo comprobar que Logan estaba disfrutando sinceramente de la comida. ¡Hasta le gustó el sabor del café!

—¿Son así todas las comidas? —preguntó el joven acompañante de Merrie.

—Sí. Esto es un rancho y se supone que las raciones tienen que ser generosas.

Pero estamos introduciendo otro tipo de comidas bajas en calorías, e incluso vegetarianas.

—¿Qué dice el cocinero de esa nueva tendencia?

—Le parece una ridiculez —contestó Merrie riendo—, pero hace su trabajo lo mejor posible.

Logan comprendió que ella había impuesto esas nuevas propuestas, a pesar de que el cocinero le sacaba decenas de años y de centímetros de estatura. Merrie podía parecer físicamente insignificante, pero llevaba bien las riendas de sus responsabilidades. Era curioso pensar que su abuelo no confiara en ella para quedarse con la propiedad.

Los jóvenes volvieron a hablar del viejo cocinero.

—Sin duda tiene un corazón de oro en el interior de su caparazón… —dijo Logan, irónicamente.

—Puede ser… pero las cosas no han sido fáciles para Harvey. Antes de estar en la cocina, trabajaba cuidando al ganado, pero tuvo un problema en la rodilla y se vio obligado a dejar su oficio. Fue entonces cuando empezó a trabajar como cocinero. Es un poco hosco, pero creo que su actitud es en cierto modo comprensible.

—Parece que no es muy apreciado por los otros vaqueros…

—Sin embargo, se porta muy bien con los turistas. Cuando perdió su propia explotación a causa del mal tiempo y la caída de los precios

en el mercado de las reses, el abuelo le ofreció un empleo. Desde entonces vive aquí y daría lo que fuera por Paul Harding y su rancho.

—Tu abuelo parece ser un gran tipo —comentó Logan, mientras Merrie sonreía soñadoramente y sin guardarle rencor por no confiar en ella.

—El abuelo tiene tres reglas de oro: decir la verdad, ayudar a los vecinos y ser coherente con sus promesas. Respetando esas normas es como se consigue sobrevivir en Montana.

La vaquera se quedó sumida en un profundo silencio, con la mano apoyada en la barbilla, mientras que Logan dejaba de comer unos segundos.

Era extraño, porque Merrie no sólo era temperamental y alegre como un campo repleto de amapolas; también tenía momentos de magia y misterio, que realzaban más aún su carácter tan personal.

—La vida en el rancho ha cambiado mucho en un siglo. Ahora contamos con máquinas y nuevas tecnologías para hacer más fácil la vida de los trabajadores. Pero esto no impide que cada invierno las condiciones de vida sean muy duras. Es como si la madre naturaleza entablara un pulso con los habitantes del rancho.

—Pensé que sólo vivías aquí en verano —dijo Logan, con curiosidad.

—No siempre. El año siguiente a mi licenciatura, estuve aquí durante un año.

Fue el invierno más frío del siglo. Mi abuelo estaba encantado, porque pensó que la

dureza del clima me disuadiría y me haría abandonar la intención de comprar el rancho.

—Pero, las bajas temperaturas del invierno no consiguieron que abandonaras tus propósitos —dijo Logan, automáticamente.

Era evidente que Merrie Foster estaba hecha de una pasta muy especial.

Aunque la madre naturaleza la retara, ella sabía salir del paso airosamente.

—¡Claro que no! —dijo Merrie, alegremente—. Me gusta cuidar a los animales y estar en contacto con la tierra. Ése es uno de los principales encantos de los ranchos para turistas. Es algo tan primario…

Logan casi se atraganta. No había nada primario en Merrie, aunque ella insistiera en ello. Al revés, le hacía ser más fascinante todavía.

—Más vale que termines pronto tu desayuno —le recomendó la vaquera, que había comido bien pero sin excesos—. Hoy va a ser un

día muy largo. Tenemos que llevar al ganado hacia el noroeste de la propiedad, para que las reses pasten en aquellos prados frescos y abundantes. La abuela está preparándonos la comida.

Seremos los únicos vaqueros, o sea que tenemos por delante una dura jornada.

Mañana me contarás qué te han parecido las ocho horas que vamos a pasar sobre nuestras monturas…

—No te preocupes. Sobreviviré —respondió Logan, lacónicamente.

—Nos vemos en el establo dentro de veinte minutos. Ensillaremos los caballos rápidamente y luego nos marcharemos.

Logan se la quedó mirando, mientras se alejaba con Bandido tras sus talones, saludando a los turistas que iban a comenzar su desayuno. Ya se había aprendido los nombres de los nuevos turistas, y se paraba a charlar animadamente con los que repetían su estancia, un año más.

El olfato para los negocios de Logan se puso en estado de alerta. En efecto, si las cosas iban bien en el rancho era, no sólo por las actividades que se llevaban a cabo para distraer a los turistas. Lo más importante era la cordialidad con que eran tratados y el interés del personal para que disfrutaran plenamente y se divirtieran de verdad. Eso hacía que muchos de ellos quisieran repetir su estancia un año más.

Si funcionaban así, no era porque Merrie fuera una consumada mujer de negocios, sino porque era muy simpática y sabía cómo tratar a la gente para que se encontrase a gusto.

De pronto, Logan derramó un poco de café sobre la mesa donde estaba comiendo. Inmediatamente después, Harvey se acercó para limpiarlo, y le dijo: —No se te ocurra hacerle daño a Merrie. Ten en cuenta que te estaré vigilando… —dijo el viejo, frunciendo el ceño.

—No se preocupe —contestó Kincaid, sonriendo abiertamente.

—Yo también fui joven una vez y reconozco tu forma de mirarla. Y no voy a dejar que un lechuguino finolis como tú, vaya a propasarse con nuestra Merrie.

«Cielos, tendría que haberme dado cuenta de que en un lugar como éste, mi actitud hacia Merrie iba a ser advertida con mucha más facilidad», pensó Logan.

—No se preocupe, no voy a lastimarla —dijo Kincaid al cocinero.

A continuación, Logan se dedicó a terminar el desayuno a toda prisa: si no estaba listo en veinte minutos, su monitora se marcharía sin él. Y la excursión podía dar pie a cierta intimidad, de la que no podría disfrutar en el rancho…

Su propósito no era muy original, pero es que desde que Logan vio a Merrie por primera vez, no había podido deshacerse de su afán por



poseerla.

Capítulo 5

Logan respiró el aire puro y sonrió apaciblemente. El paseo era una auténtica maravilla: el cielo estaba azul y su caballo cabalgaba obedientemente. Después de subir por una cuesta bastante empinada, Kincaid acarició el oscuro cuello de su montura y le propinó varias palmaditas de agradecimiento. En efecto, el equino se había adaptado muy bien a su nuevo jinete, que no montaba desde hacía tiempo.

A lo lejos, apareció Bandido jugando por aquí y corriendo por allá. Parecía como si estuviese sonriendo a su vez, de pura alegría.

—¡Esto es precioso! —le comentó el jinete a Merrie, que iba cabalgando a su lado.

El sol iluminaba la cara de Merrie, y daba la impresión de que refulgía con rayos de oro. Sus cabellos flotaban en libertad y parecían reflejar los colores del fuego. A todo esto, llevaba el sombrero colgando por la espalda.

Logan no podía evitar observar tanta belleza y asociarla con la presencia de la guía. En efecto, Merrie estaba guapísima montando su propio caballo, como si ambos fueran un todo.

Tenía tanta experiencia, que daba gusto verla manejar al equino con las riendas, apreciando a cada instante cualquier fallo o cambio de humor por parte del animal.

De repente, Logan confesó:

—No entiendo como me he resistido con tanta insistencia, a venir por aquí.

Verdaderamente, es un lugar magnífico para pasar las vacaciones.

—¿El gran Logan Kincaid está reconociendo un error? —preguntó burlonamente, Merrie.

—Yo no he dicho nunca que fuese el gran Logan.

—Ah, ¿no?

—Claro que no. Pero sin embargo, podríamos llegar a ser una gran pareja en la cama…

—Creí que habíamos zanjado ese asunto para siempre —dijo Merrie, impacientemente.

—Sin embargo, todavía colea un poco —comprobó Logan, ligeramente fastidiado.

Las mejillas de la monitora se habían sonrojado… Una persona que trabajase en un rancho conocía las leyes de la naturaleza a fondo. A pesar de ello, Merrie conservaba aún cierta inocencia, que resultaba realmente encantadora.

—¿Recuerdas nuestro pacto, Logan? íbamos a ser amigos, nada más.

—Sí, claro.

La verdad era que apenas había podido dormir, pensando en lo difícil que sería tener una relación sentimental al margen del sexo, entre un hombre y una mujer. En efecto, sus planes para seducirla ya no tenían sentido. Ella se habría puesto a enumerar las mil y una diferencias que existían entre los dos. De hecho, para él, elegir a Merrie como pareja era como tirarse por un abismo. Pero no podía evitar reconocer la naturaleza de sus sentimientos hacia la joven.

—¿Qué tipo de actividades hacen los turistas además de dirigir al ganado? — quiso saber Logan, interesándose por la marcha del rancho.

—Existen todo tipo de tareas que se pueden realizar, pero hay unas que son más apetecibles que otras. Por ejemplo, en primavera se procede a castrar y a marcar a los terneros. ¿Te apetecería venir a verlo?

—No, gracias. Tienes un sentido del humor un poco escabroso. La castración me parece algo demasiado fuerte para ser contemplado como un espectáculo.

—¿Te sientes amenazado? —preguntó Merrie, sonriendo.

—En absoluto.

—Entonces es que eres un tipo duro…

Después de haber subido durante mucho tiempo por la montaña, los jinetes llegaron al punto más elevado de la propiedad. Desde allí, era posible apreciar el rancho en toda su extensión. A partir de ese momento, su tarea iba a consistir en mover el ganado hacia otros prados más jugosos, con el fin de dejar que la tierra se recuperase y conseguir un equilibrio sostenible entre las distintas zonas de la hacienda.

Logan pareció darse cuenta de que la mejor forma de seducir a Merrie consistía en seguir hablando de la hacienda.

—Merrie ¿tu familia se ha visto involucrada en las viejas pugnas entre pastores y vaqueros?

En aquel momento, el caballo de Merrie se puso nervioso. Tenía más brío que las monturas de los turistas.

—Sí, chico, ya sé que te apetece galopar libremente, pero debes portarte bien.

Eso mismo se lo podría haber dicho la vaquera a sí misma. Tenía la necesidad de huir de Kincaid y, sin embargo, no podía separarse de él puesto que era su protegido. La verdad, era que Logan se manejaba muy bien solo. Montaba a caballo como si lo hiciera a diario, sin la tensión propia de otros turistas.

Era lógico: Logan Kincaid siempre hacía las cosas de modo adecuado.

—¿Qué me decías de las ovejas y las vacas? —preguntó Merrie, intentando recuperar el hilo de la conversación.

—Te preguntaba si los Hardings han luchado alguna vez contra los pastores de ovejas. Creo que la guerra que se traían entre manos en el salvaje Oeste, era muy conflictiva.

—A ver, déjame pensar… Por lo que me han contado, un tío lejano murió de un tiro que le propinó un jugador de póker tramposo, justo detrás de uno de los establos.

—Pero eso no tiene nada que ver con las pugnas entre pastores.

—Pues no. Como te decía, mi tío detestaba a los estafadores. Sin embargo, le gustaba demasiado beber whisky y no tenía muy buena puntería con su revólver.

—Realmente, no se trataba de una buena combinación.

—Tú mismo lo has dicho. En cuanto a la guerra entre pastores y vaqueros, los rancheros se vieron involucrados en muchas ocasiones.

—¿Fue tan importante?

—Sí. Las ovejas pueden pacer en cualquier lugar y su paso devasta enormes praderas dañándolas seriamente, contrariamente a lo que hace el ganado vacuno.

—¿En vuestro rancho tenéis ovejas?

—No. Un antepasado que luchó contra el pastoreo, maldijo a todo descendiente que criara ovejas, amenazándole con la muerte inminente por un rayo.

—¡Se trataba de un hombre con fuertes convicciones! —exclamó Logan, alcanzándola y dándole un tirón a la trenza que recogía su bella melena.

—Somos una familia de luchadores —respondió Merrie, criticando los avances de Kincaid, pero con un ápice de permisividad.

En efecto, esa conquista incipiente por parte de Logan le hacía pensar que era la primera vez que lo pasaba bien en compañía de un hombre. Otras veces, en cuanto había hablado del rancho, sus acompañantes habían dejado de verla por considerarla poco femenina.

A Logan eso no parecía importarle. Lo que quería era mantener relaciones sexuales con ella, por el simple hecho de que la deseaba enormemente.

Como le había dicho su abuela en alguna ocasión, ése era el mejor piropo que le podían decir a una mujer. Pero lo que dijo a continuación, era que si se trataba de una mujer respetable, no debía ni por un momento dejarse llevar por las circunstancias.

La abuela podía ser muy práctica, pero no tenía a Logan Kincaid a escasos centímetros…

—¿Merrie, estás bien? Parecías estar a millones de kilómetros —

dijo Logan, preocupado.

—Estoy bien, gracias. Si te parece, podemos comer aquí.

Unos minutos después, ataron a los caballos a un árbol y se pusieron a contemplar el paisaje. Era maravilloso: se veían colinas, bosques y rocas. El azul del cielo hacía vibrar a los jóvenes, de pura intensidad.

—Adoro este sitio —murmuró Merrie—. Se trata del punto más alto de toda la propiedad y del más bello.

Logan descubrió a un águila volando por las alturas, disfrutando plenamente de la libertad. De pronto, el ave soltó un grito que impactó a Kincaid. En efecto, el joven se sentía más distendido y apenas recordaba el estrés que había padecido en los últimos meses de su vida.

—¿Qué te parece el sitio, Logan?

—Tienes razón, es magnífico.

—No suelo traer aquí a los turistas. Es mi lugar preferido.

Esa confesión hizo que Logan creciera por lo menos diez centímetros más.

¡Merrie había querido compartir con él aquel lugar tan especial!

A continuación, inspeccionaron bien la zona para comprobar que no había serpientes de cascabel. Extendieron la manta sobre la hierba y notaron con alegría, que corría un poco de brisa.

Al cabo de unos instantes apareció Bandido, reclamando su comida. Cuando todo estuvo listo, se dedicaron a comer con apetito, mientras Merrie le contaba a su acompañante historias del rancho. Tenía un gran sentido del humor describiendo a todo tipo de turistas que habían pasado por la hacienda. Además, tenía una visión muy clara de como tenía que funcionar el negocio para que fuera un éxito.

Logan estaba muy impresionado. Por muy excéntrica que pudiese ser, su acompañante sería sin duda una buena empresaria.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Logan, cuando ya habían terminado de comer, sintiendo un ligero sopor de sobremesa. No era de extrañar, teniendo en cuenta lo poco que había dormido la noche anterior.

—Continuaremos la marcha por allí —dijo Merrie, indicando con el dedo el punto hacia el cual se iban a dirigir.

Estaba tumbada boca arriba sobre la manta del picnic, con los ojos cerrados.

Logan descansaba con la cabeza apoyada en el codo, observando cómo sus pechos se asomaban por la camisa desabrochada. Kincaid se preguntaba si su monitora era consciente de que se le veía el sujetador de encaje, a través del cual se adivinaba un oscuro pezón.

—¿Merrie, hay que desplazar al ganado rápidamente, o no tenemos prisa?

—Si te refieres a que si podemos dormir una siesta, estás equivocado.

—No soy el único que está adormilado —se quejó Logan.

—Pero si sólo estoy dejando reposar la comida…

—No me estás respondiendo: ¿vamos a guiar al ganado, o no?

—Mmm… —se desperezó lánguidamente, la vaquera—. El abuelo está haciendo de Celestina con nosotros. Las vacas pueden estar en estos pastos, por lo menos una semana más.

—¿Y por qué tiene que meterse tu abuelo en nuestra relación?

—¿Recuerdas aquellos «cariño», y «mi monitora particular», que me atribuiste el día de nuestra llegada? Pues, ¿qué esperabas que hiciera Paul Harding?

—Si yo fuera tu abuelo, no me fiaría ni un pelo de mí —dijo Kincaid, con sinceridad.

—Pero si para tener nietos primero hay que tener hijos… Además, el abuelo confía exclusivamente en mí y no en ti —dijo Merrie, secamente.

—Pues, la verdad es que me había parecido un hombre inteligente.

—Y lo es. Está encantado con tu llegada porque te considera un hombre capaz de hacerme olvidar el rancho o de compartirlo conmigo. En cualquier caso, no quiere dejármelo a mí. El pobre, no entiende a las mujeres. El rancho entero se habría ido a pique si no hubiera sido por mi abuela.

Aunque las palabras de Merrie eran duras, el tono que empleaba para pronunciarlas era suave y en cierto modo divertido.

Por su parte, Logan pensaba que Paul Harding no era ningún tonto, debía reconocer que si el rancho tenía tanto éxito se lo debía a su nieta, por ser una excelente relaciones públicas.

—Puede que tu abuelo no quiera venderte la hacienda, por algún motivo que no se atreva a decirte.

—¿Cómo cuál?

—No sé. Quizá no pueda soportar que el negocio se vaya al garete y que eso te rompa el corazón.

—Lo que me rompería el corazón sería, ver el rancho en manos de otra gente — dijo Merrie, furiosamente.

Logan la observó durante un buen rato, antes de volver la mirada hacia el maravilloso paisaje.

A todo esto, Bandido se puso a dormitar con el morro puesto sobre las piernas de Kincaid. En el caso de que se quedaran dormidos, no había que temer a las serpientes. Tanto el perro como los caballos

estarían alerta, por si surgía algún imprevisto.

Sin embargo, Logan no quería dormir. El suave olor que emanaba de la presencia de Merrie, le hacía recordar su propia masculinidad… ese cálido deseo que convivía con él, desde el día que la conoció.

Le volvió a acariciar el cabello.

—Debe ser caro asignarle a un único turista los cuidados de un monitor — murmuró Kincaid.

Como Merrie no contestaba, pensó que se había quedado dormida.

—No es corriente que un guía se ocupe únicamente de una persona —acabó diciendo la monitora.

—¡Oh! Qué honor.

La joven se echó a reír.

—Lo normal es que cada monitor controle a dos o tres jinetes. Depende del grado de destreza de los turistas.

—Depende de la destreza, ¿eh? —comentó orgullosamente, el joven, mientras se fijaba en el pecho de Merrie que ascendía y bajaba rítmicamente, con su respiración.

Deseaba verla desnuda, poder acariciar su piel y tocarle esos pechos que tanto le estaban tentando. Tenía la necesidad de manifestarle su amor, cubriéndola únicamente con su propio aliento.

La voz de Merrie le hizo volver a la realidad.

—Tú mismo podrías ser un guía, porque montas muy bien a caballo.

—La verdad es que no entra dentro de mis planes —contestó Logan, sucintamente.

—Claro. Déjame adivinarlo: los vaqueros no ganan mucho dinero, más bien todo lo contrario.

—Aun cobrando poco, debe ser muy caro contratar a tantos vaqueros.

—Así es el negocio del rancho. Lo que vendemos es recuperar la identidad romántica de la vieja América. Ofrecemos la posibilidad de pasar unos días como lo hacían los pioneros del Oeste, es decir conduciendo el ganado por las montañas, montados a caballo… Es caro, pero se trata de un lujo.

—Y además hacéis trabajar a los turistas como a cualquier vaquero… —dijo sorprendido, Logan—. Incluso tienen que montar ellos mismos su propia tienda de campaña…

—Por supuesto. Sin embargo, los niños tienen derecho a un descuento. Los menores de catorce años sólo pagan parte de la cuota y los crios de menos de cinco no tienen que abonar ninguna cantidad. No son nuestros clientes potenciales, dado que no realizan ninguna tarea.

—Nunca he pedido que me hicierais un descuento por ser un amigo de la familia —bromeó por lo bajo, Kincaid.

—Tu tienes dinero de sobra, Logan y no necesitas ninguna rebaja.

Al joven no le preocupaba el dinero, pero se preguntaba si podía permitirse el lujo de exponer su mente al barlovento de Merrie, durante los próximos días. Ella podía ser verdaderamente peligrosa para su equilibrio mental.

—Querida, hablando de nuestra amistad… —quiso comentar. Logan.

—¿Qué ocurre? —preguntó al instante Merrie.

—Creo que no va a funcionar —dijo Kincaid, apesadumbrado.

—No veo por qué: estamos en un lugar lleno de aire puro, comiendo excelentemente y viviendo constantemente en plena naturaleza. ¿Qué necesidad tienes de practicar el sexo?

Logan no podía creer lo que percibían sus oídos. A veces, Merrie le dejaba con la boca abierta.

—No puedo seguir pensando que somos sólo amigos —dijo Logan, sinceramente.

—Pero si estábamos de acuerdo…

—No me importa que estuviésemos de acuerdo —comentó el joven, frustradamente—. He intentado tener una relación sólo de amistad contigo, pero la verdad es que no puedo parar de pensar en ti, a lo largo del día y de la noche.

También tomé la decisión de ser rastrero e intentar seducirte vilmente, pero tampoco he podido hacerlo. No eres el tipo de mujer que sugiera un comportamiento tan solapado.

—No estoy de acuerdo, Logan. Puedes intentar seducirme perfectamente.

—No me lo digas dos veces…

Merrie alzó la barbilla orgullosamente. La verdad es que más que seducirla, habría que gobernarla, teniendo en cuenta lo fuerte que era su carácter.

—De acuerdo. No puedo seducirte… Pero, una relación ardiente y sin complicaciones te sentaría muy bien —le ofreció Kincaid—. Te puedo garantizar que iba a ser realmente apasionada.

—Lo siento, pero no me interesan los ligues pasajeros.

—No me estoy refiriendo a eso —dijo Logan, respirando con dificultad.

Los ojos de Merrie mostraban la batalla que estaba teniendo lugar en su alma: por una parte el cuerpo le indicaba un camino, pero su cerebro le conducía por la senda opuesta.

—Por mucho que durara varios meses, mi relación contigo seguiría

siendo pasajera —murmuró Merrie, testarudamente.

—No lo creo —respondió Logan, pensando que hacer el amor con ella podía ser una de las sensaciones más intensas y especiales de su vida—. Por favor, querida, dame una oportunidad. Yo sé que te sientes atraída por mí; además has trabajado tan duro para alcanzar tus metas personales, que no has tenido tiempo de disfrutar de los placeres de la vida. Te lo digo, por experiencia. Deberíamos aprender a relajarnos mutuamente.

La joven respondió airadamente:

—No sabes lo que me estás pidiendo.

—Pero… —Kincaid prefirió callarse.

Los hombres y las mujeres tenían una visión del sexo bien distinta. Tenía que admitir que los varones eran mucho menos exigentes a la hora de elegir a una compañera.

Logan se quedó pensando que no tenía la más mínima idea de lo que buscaban las mujeres en una relación sentimental. Le sorprendió la idea de que, quizá, no tenía mucho que ofrecerle a Merrie, más allá del sexo.

—¿Por qué para ti, tiene que ser todo para siempre? —preguntó Kincaid desesperado. Nunca había deseado tanto a alguien, como deseaba a Merrie. ¡Ella era tan distinta a las mujeres que solía frecuentar! Merrie no era calculadora; era honesta y voluntariosa.

—Es que soy así —dijo la vaquera, mordiéndose el labio y devolviéndole la mirada a su acompañante.

Debía de estar loca, rechazando a un tipo como Logan Kincaid. Siendo quién era, podía resultar mucho más engreído e inaccesible. ¡Y pensar que la deseaba apasionadamente!

Merrie le apartó un mechón de pelo que le tapaba la frente.

—Supongo que no somos tan distintos, al fin y al cabo —dijo la joven, luchando lo indecible para no estrecharlo entre sus brazos.

—¿Hablas en serio?

—Claro. Creo que tienes razón: hemos trabajado tan duro que necesitamos vivir la vida más intensamente. No es que me esté refiriendo a tener una aventura…

—Lo comprendo —contestó Logan, suavemente.

Merrie le acarició esa vez los labios y la barbilla… No podía negar que le apetecía mucho tocar ese cuerpo tan masculino.

La monitora suspiró profundamente. Se moría por que Logan la besara de nuevo, como lo había hecho el otro día en el establo. Sus cuerpos se habían unido íntimamente, formando un todo… Tenía que existir una solución conjunta para los dos.

—Podríamos ayudarnos entre nosotros, como amigos, claro está.

—Sí, claro. La amistad es muy importante.

Ambos coincidieron en la mirada y Merrie se sintió de algún modo, triunfante.

—Los amigos se besan de vez en cuando, y no tiene por qué haber algo más entre ellos.

—Cielos… —se quejó Logan, mientras tomaba la nuca de Merrie para darle un beso en la boca.

Los dos se sumieron en un apabullante cuerpo a cuerpo, aunque la joven esperaba que esta vez, el beso fuese más dulce y sensual que el anterior. Así, ambos podrían aliviar la tensión que existía entre los dos…

Pero Merrie se equivocó, la fuerza que les unía se enfervorizó aun más todavía.

Merrie se quedó espantada al comprobar el poder que tenía Logan sobre sus sentidos. No quería que dejara de besarla nunca más, y echó su cabellera hacia atrás.

Aquello excitó a Kincaid, que comenzó a penetrar su boca con la lengua, deleitándose con la suavidad de su interior.

La monitora le acarició los brazos y el torso, recordando lo musculosos que eran.

Jamás podría olvidar aquellos instantes tan ajenos al tiempo y al espacio, que provocaban un auténtico torbellino de pasión.

—Esto es pura ambrosía de placer —murmuró Kincaid, al oído de su guía.

—No —contestó Merrie—, se trata del afrodisíaco bizcocho de chocolate que nos hemos tomado de postre.

—No necesito el chocolate por muy afrodisíaco que sea, para que me arrebates el sentido —insistió Logan incorporándose, y tomándola en sus brazos.

La vaquera no podía ser más feliz, estaba en Montana, en pleno contacto con la naturaleza y con aquel hombre, que le hacía disfrutar tanto de las sensaciones como ningún otro hombre había sabido hacer.

—Logan, ¿me puedes decir a qué viene todo esto? —preguntó Merrie, desorientada.

—Pídeme lo que quieras que te lo voy a dar…

Los dientes de Kincaid brillaban, más blancos que nunca, lo que hacía contraste con el bronceado de su cuerpo. La joven sabía que Logan era perfecto, pero no hasta el punto de imaginárselo en una cabina de rayos UVA.

—¿Cómo un broker que está trabajando durante todo el día, puede estar tan moreno? —le susurró Merrie, al oído.

—Es que mi despacho da a una terraza… No, en serio, suelo

ocuparme del jardín de casa, en cuanto tengo tiempo.

Su casa contaba con mucho terreno. Tenía muchos árboles y arbustos que componían un paisaje bello y sereno, un auténtico compendio equilibrado de naturaleza y sofisticación.

—No necesitas a un jardinero.

—No.

—Pensé que era un símbolo de status y que no podías pasar sin él.

La expresión de su rostro mostró cierta amargura.

—Sé que no vas a creerme, pero el dinero no lo es todo para mí, Merrie. Y

además, si me gusta el trabajo duro, ¿para qué voy a contratar a un jardinero?

—Tienes razón —añadió la guía, pensando lo mucho que le había sorprendido Logan.

En efecto, Kincaid le había parecido en un principio, un ser volcado en su trabajo y que valoraba excesivamente el dinero. Pero desde que lo convenció para que fuera a Montana, estaba mucho más natural y relajado. Era una pena que su profesión se desarrollara en un escueto despacho.

Merrie se puso a juguetear dibujando los rasgos de su rostro con el dedo índice.

De pronto, Logan lo atrapó con la boca y comenzó a succionarlo sensualmente.

Su acompañante sentía que iba a derretirse de un momento a otro, sobre la manta de cuadros.

—Puede que no sea una buena idea continuar así…

—Sería un auténtico error parar de besarnos y acariciarnos —respondió Kincaid, con voz ahogada.

Sin embargo, aunque no había pensado besarla, había sido ella la que le había inducido a ello. No cabía duda de que Merrie procedía de una familia de pioneros, cuya obstinación y perseverancia, habían levantado un rancho contra viento y marea.

¡La determinación era lo último que había que perder!

Logan le deshizo la trenza y esparció sus cabellos sobre los hombros. No pudo evitar imaginar lo bella que estaría, haciendo el amor en una cama…

Kincaid se quedó pensando que Merrie significaba mucho para él. La encontraba realmente bella: su piel era sonrosada, sus ojos estaban realzados por abundantes pestañas y poseían el fulgor de la malaquita. Su melena era simplemente soberbia…

Sin darse cuenta, Merrie se desabrochó los primeros botones de la camisa dejando entrever los senos. Logan acarició lo más sensual de su

feminidad, pero rápidamente, notó el desacuerdo de su anfitriona.

—No, por favor. Dijimos que nos daríamos un beso solamente.

—De acuerdo —dijo Kincaid, respetando su deseo.

Pero el beso que le estaba dando se había fijado en el pecho izquierdo, por lo que tenía que apartar el sujetador de encaje.

De pronto, un lamento lleno de deseo salió de la garganta de Merrie…

La monitora, a pesar de su falta de experiencia, respondía con mucha vivacidad a los estímulos sensoriales que le suscitaba su compañero. Los dos se movían al unísono, sabiendo lo mucho que se deseaban. Hacían una pareja perfecta para descubrir nuevas sensaciones.

Pero, tras unos segundos de puro placer, Merrie se incorporó.

—Logan…

—Dime, querida —murmuró Kincaid, mordisqueando uno de sus pezones y acariciando suavemente el otro.

Se estaba concentrando en el pecho de Merrie porque quería continuar, bajándole la cremallera de los téjanos y descubrir la cálida hendidura que se encontraba entre sus piernas.

—Logan, no… —protestó la vaquera, impulsándole fuertemente hacia atrás.

—Pero, cariño…

—Para, por favor.

La voz de Merrie, lo dejó paralizado de frustración. No obstante, se trataba de la voluntad de su compañera y quiso respetarla.

Molesto, se puso a mirar el paisaje, preguntándose como se había podido meter en aquel lío. La mujer con la que estaba era la que le había gustado más que cualquier

otra en el mundo. Pero daba la casualidad de que lo único que le interesaba de él era su amistad…

Capítulo 6

Logan dio media vuelta en su saco de dormir y miró hacia el techo de la tienda de campaña. Llevaba seis días en el rancho. Seis días de frustración y de felicidad completa…

Merrie era como un tornado que absorbía a todos los que pasaban a su lado. La falta de agua caliente en las duchas y la dureza del suelo para dormir dejaban de tener importancia, ante la simpatía y el entusiasmo de la vaquera.

Sus abuelos la querían con locura.

Los turistas la adoraban.

Los vaqueros eran capaces de hacer cualquier cosa por ella.

Sin embargo, a Logan le hacía sentirse frustrado, a pesar de su sentido del humor. No habían vuelto a besarse como amigos. Kincaid se había concentrado en el trabajo duro del rancho. Con la intención de convertirse en un amigo de la familia, se dedicó a hacer méritos, ocupándose de todo tipo de tareas, consideradas poco apropiadas para los turistas, como alimentar a los animales, o limpiar las cuadras de los caballos.

Logan se había dado cuenta de que, cualquier trabajo se convertía en un divertimento en cuanto Merrie estaba a su lado, riendo alegremente y con los ojos más expresivos que nunca.

Lo que más le tranquilizaba era saber que ambos se deseaban mutuamente, con la misma intensidad.

Bostezando, Logan salió de la tienda y se dirigió hacia las duchas, tapado con una toalla anudada a la cintura. El sol no había salido todavía detrás de las montañas, mientras que las últimas estrellas desaparecían con la claridad del nuevo día. Era miércoles y al cabo de unas horas, llegaría un nuevo grupo de turistas.

—Buenos días —saludó Merrie, notando como Logan se erguía ligeramente.

—Buenos días —contestó Kincaid, a su vez.

La guía le traía ropa limpia de parte de su abuela.

—Te la iba a dejar en tu tienda, pero ya que estás aquí, tómala.

Logan reconoció varios téjanos y camisas, que estaban impecables.

—Vaya, vaya. Creo que le he caído bien a tu abuela —dijo Logan, sonriendo.

—Eso es porque no paras de hacer méritos —contestó la vaquera, en broma.

En realidad, Kincaid se sentía molesto en presencia de la familia Harding. Pero ellos no tenían la culpa. Las familias felices eran un enigma para él. Sabía que Merrie había fruncido el ceño cuando ambos se habían reunido con sus allegados del rancho. El problema

era que él era incapaz de relajarse en ese ambiente.

¿Qué pasaría cuando se separaran después de las vacaciones?

Logan no quería plantearse la pregunta. Quería aprovechar hasta el último minuto de su estancia en el rancho para estar con Merrie.

—¿Qué tal una ducha entre amigos? —preguntó Kincaid, con picardía.

—Ni pensarlo —dijo la vaquera.

Ella se daba cuenta de que los objetivos de Logan eran siempre los mismos. Lo único que variaba eran las tácticas que empleaba para conquistarlos…

—¿Estás bien, querida? —le preguntó a Merrie, su abuela.

—Claro que sí. ¿Qué podría pasarme?

—Pues no sé… algo relacionado con tu amigo.

—Apenas es mi amigo —dijo la joven—. Lo único que quiere es practicar el sexo conmigo.

—Eso estaría muy bien —sugirió Eva Harding.

—Pero abuela, no está bien que hables así. Se supone que tienes que salvaguardar mi honor y no respaldar a un hombre que sólo quiere tener relaciones pasajeras.

—Esas ideas están pasadas de moda. Yo pensaría más bien, en aprovechar todas las posibilidades de disfrutar que se nos presenten día a día.

—Pero en este caso, las posibilidades son escasamente interesantes. Lo que busca Logan es sexo. Y no está enamorado de mí.

Eva sonreía serenamente.

—No te preocupes por eso. Los hombres suelen razonar partiendo del abdomen, pero posteriormente, los pensamientos terminan pasando por el corazón.

El propio corazón de Merrie se aceleró ligeramente.

—Me da la impresión de que éste no es el caso. Yo no quiero que Logan se enamore de mí, porque sería incapaz de quedarse a vivir en Montana.

—Pero, querida, el rancho no es lo más importante del mundo —exclamó Eva.

—No digas eso, abuela —respondió Merrie cruzándose de brazos —. Espero que no pienses como el abuelo, que para llevar el rancho hace falta ser un hombre.

—Claro que no, cariño. Sé muy bien que lo harías de maravilla. Pero sería más fácil compartir la gestión del rancho con un hombre como Logan. Dale una oportunidad, porque creo que se trata de una buena persona. Es posible que acabe sorprendiéndote.

Merrie seguía pensando que la amistad de Kincaid no tenía futuro.

Él sabía muy bien lo que quería: una aventura de verano. Y ante todo, la vaquera sabía que, aunque Logan tuviese la intención de casarse, ella no reunía los requisitos para ser su esposa.

Y lo más importante era que a ella todo aquello le daba igual. Es más, la idea de que ambos se enamoraran le parecía absurda…

La vaquera se quedó mirando por la ventana, fascinada por el soberbio paisaje que se divisaba desde la casa familiar.

Con una sonrisa en los labios, Merrie pensó que, pasara lo que pasara, ella siempre podría contar con su propio sentido del humor.

Merrie se encontraba más calmada, cuando se acercó a la tienda que hacía las veces de comedor. Logan estaba sentado con otros vaqueros bromeando… Siempre y cuando aquellos hombres no la besaran, Kincaid se sentiría a gusto con ellos.

De pronto, Logan la divisó y le hizo señales para que se uniera al grupo.

Un vaquero susurró algo al oído de la joven, interceptándole el paso: —Red, parece que ese tipo se te ha pegado como una lapa.

Merrie se dio media vuelta y descubrió a Chip, cuyo sombrero había sido recientemente abastecido de todo tipo de preservativos.

En efecto, su hermano mayor podía ser un mujeriego, pero por lo menos era coherente y se relacionaba honestamente con sus acompañantes.

—No te preocupes, Chip —respondió la vaquera.

—¿Sabes una cosa? No me cae del todo mal —dijo el vaquero, refiriéndose a Kincaid.

—Los hombres siempre suelen hace buenas migas entre ellos… Luego te veo, Chip.

Merrie tomó un plato y lo llevó donde estaba el cocinero, para que le sirviera el desayuno. A continuación se fue a sentar con Logan y los demás, que desaparecieron poco a poco para no molestar…

—¿Qué les has dicho para que se esfumaran nada más verme? ¿Los has amenazado para que nos dejaran solos?

—Por supuesto que no. Soy un tipo muy civilizado —dijo Logan bebiendo un buen trago de café—. ¿Acaso no te apetecía desayunar conmigo?

Merrie rió por lo bajo, mientras le lanzaba un poco de beicon a Bandido.

—Has conquistado a todo el mundo en el rancho, ¿acaso no soy una más?

—Pero querida, tú eres mi…

—… monitora —le interrumpió, la vaquera—. No necesitas para nada un monitor, porque puedes arreglártelas solo perfectamente.

—Pero prometiste que serías mi guía —dijo Logan con su irresistible sonrisa. Al cabo de un par de segundos, Merrie había olvidado lo que le preocupaba.

En efecto, hombres como aquél podían ser muy perjudiciales para la salud, sobre todo para mujeres como ella, que podían llegar a perder hasta la identidad.

El resto de los turistas comenzaban a acercarse en grupos más numerosos para tomar el desayuno.

Merrie se levantó y se dirigió hacia sus abuelos, que estaban conversando con varias familias.

Los turistas que venían por primera vez tenían muchas preguntas que hacer y no dudaban en planteárselas a sus anfitriones. Pero los que lo pasaban mejor eran los niños, para ellos era como un sueño poder ser auténticos vaqueros, como los de las películas.

De pronto, Merrie volvió a acordarse de Kincaid, por lo tierno que se ponía a veces. Pero estaba claro que ambos no serían más que amigos.

Logan se estaba tomando otra taza de café, mientras esperaba que Merrie estuviese lista. Le encantaba verla en acción, charlando con todo el mundo. ¡Era una excelente relaciones públicas y lo hacía tan bien, porque le encantaba la gente!

Los vaqueros estaban en los establos con los turistas, según su grado de dominio les otorgaban tal o tal montura y les designaban a un guía.

Merrie le estaba diciendo a un tímido adolescente, lo bien que lo iban a pasar montando a caballo y conduciendo el ganado por las montañas. Automáticamente, el chico la adoró por completo.

Logan suspiró. Merrie le acababa de robar el corazón a un nuevo turista…

Sin embargo, dentro de un rato la vaquera y él saldrían con los caballos y estarían completamente solos. Kincaid pensó que quizá podrían hacer un pequeño progreso en su relación de amistad.

Pero, de pronto, una voz aguda cortó el alegre bullicio matinal.

—¡Cielo santo, Logan! ¿Éste es el lugar que has escogido para esconderte?

Kincaid levantó la vista y divisó a Gloria Scott, a unos tres metros de su mesa.

Llevaba un modelo de seda clara y unos zapatos italianos que desentonaban completamente con el entorno del rancho.

—Hola, Gloria, ¿qué tal estás?

—¡Qué pinta tienes, Logan!

Kincaid se miró, y vio que sus téjanos estaban manchados de

polvo.

—¿Qué te trae por Montana?

Los ojos de Gloria estaban más azules que nunca y mostraban claramente lo fría que era su mirada.

—No sabíamos dónde te habías metido. Papá te había dejado un montón de mensajes en el contestador automático.

—Es verdad, se me olvidó oír los mensajes —respondió Kincaid, tratando de no reír.

Merrie apareció a su lado, sin poder creer lo que estaba viendo.

—¿Logan?

Kincaid abrazó a la vaquera, diciendo:

—Hola, cariño, ¿a qué no sabes quién ha venido?

—¡Oh! Por lo que veo, te has ido de vacaciones con tu criada… Resulta muy democrático, pero me temo que no es una buena idea.

Merrie soltó las riendas de sus monturas, para tener las manos libres…

—¿Se puede saber…? —empezó a preguntar la vaquera.

—Cariño, se trata de una invitada… —le cortó Logan, comprobando que Merrie no iba a tener ningún problema en llegar a las manos con Gloria.

—No soy la criada de nadie —dejó bien claro la vaquera.

—Claro que no, querida —dijo Kincaid—. La familia de Merrie es propietaria de todo el rancho. Se trata de una hacienda próspera, que atrae todos los veranos a cientos de turistas.

Sin embargo, aquellas palabras no impresionaron a Gloria, en absoluto.

De repente, Logan tuvo una idea.

—Estoy encantado de verte, porque tengo que anunciar que Merrie y yo nos vamos a casar —dijo Kincaid en alto dándole un beso en la boca a su futura esposa, que no podía creer lo que estaba oyendo.

Un alegre murmullo se extendió por el patio, mientras que Gloria dio un chillido:

—¿Que os vais a casar?

Acto seguido, Merrie se volvió hacia Logan, e intentó golpearlo en el pecho, sin conseguirlo. El muy cretino, se lo estaba pasando en grande con aquel montaje. Sin embargo, el beso que le había dado aún resonaba dentro de su corazón.

Pero tenía claro que se iba a vengar de Logan en cuanto pudiera.

A su alrededor, la gente que había oído la noticia les felicitaba sonriendo.

Merrie siguió interpretando su papel de prometida, como si fuera muy feliz. En cuanto pudo, le susurró a Logan:

—Te vas a acordar de esto…

Tras el anuncio del compromiso, Gloria se puso como una furia.

A Merrie no le importó seguir con el juego, puesto que en cuanto se marchara la despechada acosadora, las aguas volverían a su cauce y desmentirían el compromiso.

—Querido, ¿no habíamos quedado en que se lo diríamos primero a mi familia?

—dijo Merrie, dulcemente—. Iba a ser un secreto hasta entonces.

—No he podido evitarlo —sostuvo Logan, besando de nuevo a la vaquera—.

He querido compartir nuestra alegría con mi vieja amiga. Y ya sabes lo importantes que son los amigos para mí, ¿no es cierto, amor mío?

Merrie estuvo a punto de pegarlo, pero prefirió no soltar prenda.

—Claro, cielo.

Tantas palabras de amor estaban a punto de empalagarla. Además, no estaban teniendo el efecto esperado en Gloria, que no había abandonado su habitual frialdad calculadora.

—La noticia me ha pillado realmente por sorpresa, Logan.

—La verdad es que a mí también —dijo Kincaid, animadamente—. Ya sabes como soy yo con el matrimonio.

—Sí, pero tu pequeña Merrie… ¿cómo se llamaba?

—Foster —la apostilló la propia vaquera, sonriendo tan fríamente como lo hacía habitualmente Gloria.

—La señorita Foster parece haberte hecho cambiar de opinión, respecto al matrimonio.

—Pues, sí. No hay nada como tomarse unas buenas vacaciones para relajarse en pareja… Te hace congeniar con el otro, mucho más fácilmente. Te lo recomiendo de verdad, si quieres contraer matrimonio.

Merrie se mordió los labios. Kincaid era terrible. Le estaba restregando a Gloria el hecho de haber arruinado sus vacaciones en México, y además que otra mujer hubiese alcanzado sus propios objetivos, desbancándola.

Pero parecía que a pesar de aquellas palabras tan duras, Gloria no se iba a dar por vencida.

—Me gustaría pasar unos días en el rancho, para ver qué es lo que ocurre entre los dos. ¿Cabrá esa posibilidad, señorita Foster?

—Pues… —balbuceó Merrie, consciente de que todas las miradas estaban fijas en ella.

La gente que estaba alrededor del triángulo amoroso, había olvidado todo tipo de romanticismo y estaban deseosos de saber cómo

iba a terminar aquello.

—Siempre tenemos lugar para un nuevo invitado —murmuró Merrie, secamente.

—Eso es —dijo Logan, abrazando a la vaquera, tomándola por la espalda.

Cruzó sus fuertes brazos sobre el pecho de su prometida, y aunque fuese ridículo, Merrie se sintió más protegida.

—Merrie, ¿qué te parece si a Gloria le asignamos como guía a Chip?

La vaquera se atragantó y Logan la besó en el pelo.

—¿Tú que opinas, Chip?

—Yo me encargaré de que vuestra amiga lo pase estupendamente —aseguró el vaquero, antes de escupir una bola de tabaco, en el suelo del patio.

Los ojos de Gloria no podían creer lo que veían. Aquel vaquero, le parecía la antítesis de lo que ella esperaba de un hombre.

—Bueno, creo que… —farfulló la vieja amiga de Logan.

—¿Ves como está a tu disposición? —dijo Kincaid, sugerentemente —. Se trata de uno de los mejores vaqueros del rancho. Bueno, no es tan bueno como Merrie pero te cuidará muy bien.

—Sí, sí —respondió a toda prisa Merrie—. Bueno, es mejor que vayamos en busca de los caballos, para ocuparnos del ganado.

La vaquera no quería mirar a Kincaid, porque estaba a punto de soltar una carcajada. ¡Logan era verdaderamente increíble! Después de todo, a lo mejor, Chip y Gloria iban a hacer buenas migas…

De todos modos, ya habían hecho sonreír al resto del grupo.

Los turistas y sus monitores fueron saliendo hacia la montaña y no podían evitar darse la vuelta para ver lo que ocurría entre el cuarteto en cuestión.

Chip acompañó a Gloria hacia su lujoso coche, completamente empolvado, para que sacara ropa cómoda para cabalgar. En el caso de que no tuviera nada apropiado, los otros vaqueros podrían prestarle algo.

Gloria miró con auténtico odio a Chip, Merrie y Logan, antes de ocuparse de su equipaje.

—¿Vas a poder arreglártelas con ella, Chip? —preguntó solícita, su hermana pequeña.

—No te preocupes, Red. He tratado con muchos animales salvajes. Mira mis cicatrices…

—Seguro que dominas la situación perfectamente —le susurró Logan a Merrie.

Molesta, la vaquera dijo:

—Todavía no puedo creer que hayas dicho una mentira así, delante de todo el mundo. ¿Qué van a pensar mis abuelos?

—Que tienes muy buen gusto, por haberme elegido como marido.

Mientras se introducía en el establo, Merrie dijo: —Verdaderamente, seguirte la corriente ha sido la tontería más grande de mi vida. Tenía que haberle dicho la verdad a Gloria.

—Pero querida, no querrás estropear el resto de mis vacaciones.

—No me llames querida. Si yo fuese como Gloria, estarías encantado, dejándote acosar día y noche.

—No podrías ser como ella. Pero por otra parte, no estaría mal casarse contigo.

Existen cosas mucho peores en el mundo…

Por supuesto que había cosas malas en la vida, pero Kincaid se estaba aprovechando de ella con su mentira, para zafarse de la turista improvisada.

—No podría ser la esposa perfecta. Recuerda que no sé cocinar —dijo Merrie, con falsa dulzura.

—Es cierto, no podrás tocar un fogón ni encender el aspirador. Por cierto, ¿cómo conseguiste hacerlo explotar?

—No hice nada. Simplemente esa pieza de diseño se las ingenió para reventar sólita.

—Ahora no es más que un montón de basura —comentó Logan, recordando que Lianne la había utilizado durante los últimos cuatro años, sin ningún problema.

—Bueno, no quiero discutir más sobre ese tema. Hoy tenemos trabajo de verdad. El ganado tiene que dirigirse hacia la esquina noroeste de la hacienda. No habrá tiempo para picnics relajantes —ordenó Merrie, mientras acariciaba el morro de su montura.

A lo lejos apareció Paul Harding.

—Merrie, querida, ¿qué es eso de que os habéis comprometido, Logan y tú? Me lo podrías haber dicho tú, en vez de tener que enterarme de la noticia por uno de los vaqueros.

—Abuelo, comprendo que esto te haya molestado, pero puedo explicártelo…

—No hay nada que explicar. No podrías haberme hecho más feliz, querida — dijo Paul encantado, mientras le daba una palmada en la espalda a Logan, cuando pasó por su lado—. O sea, que estás haciendo planes para el futuro lejos del rancho.

¡Me parece estupendo!

Merrie se quedó blanca, ante tal respuesta. Kincaid estaba tan dolido, como si el golpe se lo hubieran dado a él. Para la vaquera el rancho no era una cuestión de divertimento, sino la ilusión de su vida.

—Señor, creo que no lo ha entendido bien. Merrie sigue queriendo ocuparse del rancho en un futuro próximo —intentó explicar Logan, desesperadamente.

—Ya lo sé, hijo.

Los dos jóvenes se miraron desconcertados.

—He sido muy testarudo en los últimos tiempos, pero en cuanto tengamos tiempo ya hablaremos del rancho. Ahora, ¡a trabajar, que tenéis que cuidar del ganado!

Merrie se puso el pelo detrás de una oreja y dijo: —Necesito ver a la abuela antes de que nos marchemos, para contarle la verdad.

—No te preocupes, yo se lo explicaré. Hemos querido tener nietos desde hace tanto tiempo que estará encantada con la noticia —dijo Paul Harding, sonriendo amablemente.

Logan silbó y a continuación dirigió una mirada indagadora hacia Merrie. De ella se esperaba cualquier reacción.

—¿Querida? —intentó hacerla hablar, Kincaid.

—No me llames así —se quejó la vaquera, mientras ponía las dos monturas a punto e iniciar la jornada de trabajo.

—Pero Merrie, la situación que se ha creado puede ser algo bueno para ti, ¿no te parece?

—Se trata de una mentira.

—Pero, ya has oído a tu abuelo. Va a escuchar tus propuestas. Eso es lo que anhelabas desde hace tanto tiempo…

—Sí, por supuesto, pero nunca he mentido a mi familia. Acabo de intentar contarle la verdad, pero me ha resultado imposible. Al fin y al cabo, era la primera vez que se proponía entablar un diálogo conmigo respecto a la propiedad familiar.

—¿Y si le dices la verdad, es decir, que no estamos comprometidos realmente, tú crees que se echará atrás? —preguntó Logan, rascándose la nuca con brío.

—No lo sé. ¿Tú qué opinas?

Kincaid, apoyaba plenamente la posición de Merrie. Sin embargo, coincidía con el abuelo, en el hecho de que la joven llevaría mejor la dirección del rancho con un marido que la apoyara y aconsejara en todo momento. Además, físicamente, Merrie tendría que sobrepasar de vez en cuando sus límites, como en la doma de caballos.

En esos momentos, sería bueno que tuviera a su lado a alguien como él…

—Merrie, creo que deberías esperar unos días para ver qué pasa. Te admiro porque quieres contar la verdad, pero puede que esto sea una buena oportunidad para que Paul y tú podáis entenderos.

—Puede que todo se vaya al garete.

—No tienes nada que perder y todo que ganar —le animó Logan, con entusiasmo—. Además, puede que resulte divertido.

—Logan que te conozco… Con un compromiso falso o no, lo tengo claro: no me voy a acostar contigo.

—Ya veremos —dijo Kincaid, sin dar su brazo a torcer.

—Te advierto que, después de una jornada cabalgando, el romanticismo se habrá evaporado…

—Pues eso no parece afectarle a Chip —dijo Logan, irónicamente, dejando a Merrie desconcertada.

Siete horas más tarde, los jóvenes estaban dirigiendo el ganado, mientras Merrie disfrutaba de su caballo, excelentemente domado para ejercer las labores propias de su condición. Sin embargo, la montura de Logan, estaba tan bien entrenada, que apenas necesitaba un jinete para hacer su cometido. Por si quedaba algún cabo que atar, para eso estaba Bandido, el mejor perro pastor del rancho.

Kincaid respiró profundamente, disfrutando mientras cabalgaba. Ya era capaz de reconocer cuál era el hierro del rancho, teniendo en cuenta que todas las reses lo llevaban marcado en una de las ancas. Además, la marca podía verse en las vallas bien cuidadas que rodeaban al ganado.

Merrie llevaba una grapadora que marcaba, con un marchamo en las orejas, a las reses que así lo precisaban. Cuando realizaba esa tarea lo hacía con mucho cuidado para no hacer sufrir demasiado a los animales. Se notaba que estaba muy ligada a la naturaleza, y eso la enriquecía enormemente.

—¿Cuántos hectáreas tiene el rancho en total? —le preguntó Logan a la vaquera, que acababa de juntar a un par de vacas rezagadas, al resto de la manada.

—Unas dos mil quinientas, aproximadamente —contestó Merrie.

Kincaid tiró de las riendas en seco y paró a su caballo. La respuesta le había sorprendido, aunque pensándolo bien, se trataba de algo coherente.

—¿Qué es lo que ocurre? —dijo Merrie, sin parar a su montura y mirándolo por encima del hombro.

—Pero Merrie, es una extensión demasiado grande para que la puedas comprar con tu sueldo de profesora.

No le extrañaba que Paul Harding, no tomara en serio a su nieta… Logan sentía tener que hablar con Merrie de sus proyectos más personales, porque no quería poner más trabas entre Merrie y él.

—Como ya te he dicho en alguna ocasión, trabajo como profesora en el turno de noche, apenas tengo gastos y lo que he ahorrado está francamente bien invertido.

—Siento meterme en tus asuntos, pero creo que por mucho dinero que hayas reunido…

—No sabes de lo que te estoy hablando, Logan.

Cuando Merrie le dijo a cuanto ascendía la suma de sus ahorros, Kincaid dio un brinco en su caballo. Una vez más, había subestimado a la joven vaquera. Desde luego, alguien capaz de plantearse de ese modo la conquista de su sueño dorado, merecía ser tomado muy en serio.

—De acuerdo, me has dejado impresionado. Pero creo que tu abuelo podía arreglar las cosas de manera que en cuanto las cifras no cuadrasen, él pudiese recuperar el control de la propiedad. Incluso después, podría venderle la finca a algún extraño.

—Sí, claro —contestó Merrie, calándose un poco más el sombrero que llevaba.

Aquello irritó a Logan, que deseaba saberlo todo de aquella deliciosa vaquera emprendedora. Kincaid le retiró ligeramente el sombrero, tal y como lo tenía antes.

No podía soportar la idea de que ella le ocultase algo de su vida… por muy pequeño que fuese el detalle.

—Dime, Merrie. ¿Tu abuelo no quiere venderte la finca por una cuestión exclusivamente de dinero?

—Por supuesto que no —respondió la vaquera, mordiéndose un labio e incluso haciéndose sangre—. Lo que pasa es que el rancho es muy importe no sólo para nosotros. Llevar una finca hoy en día no es un negocio de mucho rendimiento. Por eso algunos rancheros que necesitan cubrir gastos extras colaboran con nosotros en verano, atendiendo a los turistas. De esa manera todos salimos ganando. Ésa es la razón por la que Paul Harding considera que no puede tener pérdidas: para no dejar en la calle a los otros vecinos que trabajan con él.

—O sea, que no se trata únicamente de una cuestión de orgullo —dijo Logan, con interés.

Merrie dio un suspiro y contestó:

—Sí y no. Creo que el abuelo confiaría la propiedad a alguno de mis hermanos, pero nunca a una mujer, teniendo en cuenta los riesgos que implica este negocio.

—¡Oh, Merrie, lo siento!

Merrie sintió un escalofrío, a pesar del calor que hacía.

—En estas circunstancias, Paul Harding, confiaría en algún inversor ajeno, pero bien respaldado económicamente, por si vinieran malos tiempos.

Kincaid se secó el sudor de su frente con un pañuelo. El rancho

podía hacer pensar en que todo era fácil y divertido. Y sin embargo, constituía una parte importante de la economía local.

—Querida, creo que tu abuelo tiene razón.

—¿Tú crees? —preguntó Merrie atentamente, en vez de enfadarse —. Adoro este rancho… Amo cada árbol, cada animal e incluso cada roca. Haría cualquier cosa por la gente que depende de nosotros, porque son parte mía. ¿Crees que estaría mejor en otras manos, teniendo todo el dinero del mundo?

Logan pensó que tenía razón, pero que no dejaba de ser una tremenda cabezota como Paul Harding.

—¿Entonces?

—No sé qué decirte… —balbuceó Kincaid.

De pronto, Bandido se puso frente a ellos con un ladrido. ¡Ya era hora de que volvieran al trabajo!

Ambos jóvenes se pusieron en marcha y Logan fue consciente de lo importante que empezaban a ser los sueños de Merrie para él. Más importantes aun que sus propias aspiraciones.

Capítulo 7

—¡Sorpresa!

—¡Feliz cumpleaños! Merrie se puso colorada mientras una lluvia de confeti les llovía a Logan y a ella.

El establo que usaban para llevar a cabo celebraciones y fiestas, estaba decorado con guirnaldas y flores salvajes. Los asistentes iban vestidos con sus mejores galas de vaqueros.

—¡Feliz cumpleaños, querida! —dijo en alto su abuela—. ¡Y felicidades, Logan, esto es una doble celebración, teniendo en cuenta que acabáis de comprometeros!

—Muchas gracias, señora Harding —contestó Kincaid, afectuosamente.

—Por favor, Logan, llámame Eva o abuela. Sobre todo ahora que vamos a ser miembros de la misma familia.

—Estupendo —dijo Kincaid, cortésmente.

Merrie comprobaba lo formal que podía ser Logan, después de haber anunciado sin ningún reparo y a los cuatro vientos, la noticia del compromiso.

¡Parecía un auténtico novio, actuando de modo nervioso con su futura familia política!

Era posible que estuviese comenzando a encontrarse mal en el papel que él mismo había elegido.

Respecto a su abuela, Merrie no pudo evitar pensar que Eva Harding había hecho caso omiso de las confidencias que le había hecho el día anterior. La nieta le había asegurado que no quería que Logan se enamorara de ella. Y allí estaba, celebrando tranquilamente, un compromiso que, en teoría, tenía que haberla sorprendido.

De repente, una voz la hizo girar.

—¡Felicidades, querida!

—¡Hola Grant! Te echamos de menos en la fiesta del sábado pasado.

—Lo siento por no haber acudido, pero un caballo se puso malo y tuve que ocuparme de él. ¿Es verdad que vas a casarte?

—Sí —contestó Merrie, perforando con la mirada a Logan—. Grant Steele, te presento a Logan Kincaid.

—Encantado de conocerte —dijo Grant, educadamente.

—Lo mismo te digo —respondió Kincaid, con la pinta de un toro salvaje, a punto de salir de estampida.

Merrie se excusó y llevó a su prometido al otro lado del edificio.

A la vaquera se le había olvidado que era su cumpleaños, y claro está, a su familia no se le había pasado el detalle. Para ella era difícil cumplir treinta años. Más Escaneado por Corandra y corregido por

aún, que hacer creer a todos los del rancho, que Logan y ella estaban prometidos. A ella le divertía en cierto modo seguir con la mentira de Kincaid.

Había empezado a negociar con su abuelo el futuro del rancho. Pero ahora, Paul Harding estaba completamente convencido de que el futuro matrimonio sería mucho más eficaz con la gestión de la finca, que la propia Merrie estando soltera.

Logan se dio cuenta y trató de excusarse con ella.

—De verdad que lo siento, querida. No era mi intención interponerme en tu futura vida de ranchera —dijo Logan honestamente.

Alrededor de la pareja todo eran felicitaciones, y, hasta los que menos los conocían les ofrecían pequeños regalos, mientras el resto de la gente se disponía a probar la tarta de cumpleaños.

Merrie comprendió las disculpas de Logan y cambió de tema.

—Mira hacia allí —comentó la vaquera, riendo—. Creo que Gloria no te va a perseguir nunca más ni en Seattle, ni en ningún otro lugar del mundo.

—Ya te advertí que Chip iba a hacer un buen trabajo con su invitada —dijo Kincaid, muerto de risa.

En los últimos dos días, Gloria y Chip habían discutido, se habían insultado y se habían hecho la vida imposible. Pero Chip tenía la ventaja de dominar el entorno…

En ese momento, alguien reclamaba la atención de la homenajeada a la altura de las rodillas.

—Hola, Merrie. ¡Feliz cumpleaños!

La joven tomó en sus brazos a la niña que la estaba felicitando.

—Muchas gracias, Kimmie. ¡Me alegro mucho de verte! ¿Os habéis portado bien tu hermano y tú, este año?

—Sí. Papá me ha regalado un pony.

—¡Qué estupendo! —dijo Merrie, aspirando el suave olor a colonia de la niña.

En aquel momento, sintió un gran pesar, porque aunque le encantaría tener hijos, no podía planteárselo en un futuro próximo.

—Ya soy toda una vaquera —se enorgulleció la cría.

Merrie se volvió hacia Kincaid y dijo:

—Logan te presento a Kimberly, la hija de Grant.

—¿Es su hija? Luego, está casado…

Merrie le dio un beso a la niña y la acercó hacia donde se encontraban las bebidas. A continuación, siguió conversando con Kincaid.

—Grant es viudo. Su mujer falleció al nacer Kimmie.

—Vaya por Dios, lo siento… —comentó Logan, arrepentido de su tono impertinente.

—Nos hemos criado prácticamente juntos. En la actualidad, Grant posee un rancho al sur de nuestra propiedad —dijo la vaquera, comiéndose un trozo de tarta.

Las fiestas informales eran muy frecuentes en el rancho… A los turistas les encantaban y los Harding disfrutaban reuniendo a sus colaboradores y amigos, de vez en cuando.

—No he visto a Grant por aquí. ¿Trabaja como vaquero?

—No, pero suele venir a las celebraciones que hacemos los sábados con los crios. Ellos se divierten jugando con otros chicos y Grant se relaja un poco. Ha sido muy duro para él, tener que enfrentarse solo a la educación de los niños.

—Me alegro de que viniera a tu fiesta de cumpleaños.

—Y de nuestro compromiso, no lo olvides —sonrió Merrie, pícaramente.

Logan se quedó pensando en la expresión que había notado en el rostro de la vaquera, mientras abrazaba y besaba a Kimmie. Sin duda, Merrie quería tener varios hijos, y por eso le asustaba el hecho de cumplir los treinta. Ya no era tan joven y para hacer realidad ese otro sueño, tendría que darse un poco de prisa en casarse.

Eva Hading apareció con una botella de champán y un par de copas, sonriendo con complicidad.

—Deberíais hacer una celebración en privado. ¿Os apetece tomar esta botella, a la luz de la luna y contando las estrellas?

—¡Qué buena idea! —exclamó Logan, mirando el interior de la cesta, con curiosidad—. Eres maravillosa, Eva.

—Reserva tus encantos para mi nieta. Ahora, marchaos antes de que alguien os retenga de nuevo —aconsejó la abuela a los jóvenes, mirando insistentemente hacia donde estaba Gloria.

Aquello hizo reír a Kincaid.

Lo cierto era que, los familiares y los amigos de los Harding estaban poniendo todos los medios para que la pareja se alejara de la fiesta. De hecho, en más de una ocasión, cuando Gloria había intentado acercarse a los jóvenes prometidos, alguien había interceptado su camino, de modo oportuno.

Por si fuera poco, aquella especie de conspiración incluía a Bandido, que se lanzó amenazadoramente sobre el vestido blanco de Gloria, manchándoselo de barro.

¡Pobre Bandido! La histérica mujer lanzó un chillido tan agudo, que el perro se asustó tanto o más como si de una estampida se

tratara. Cuando ya se calmó, Bandido se volvió a lanzar contra ella para lamerle la cara. Para variar, Gloria gritó de nuevo, irritadamente.

Mientras tanto, Chip había estado contemplando la escena desde una valla, mordisqueando una brizna de hierba.

—¿Por qué no me has ayudado? ¡Mira como me ha dejado ese maldito perro! — dijo la mujer, despechadamente.

Chip siguió mascando, esta vez, un poco de tabaco.

—Por eso el rancho es tan apreciado. Cada día es distinto en este lado de Montana.

—Te pago para que te ocupes de mí.

—No señora, los Hardings son los que me pagan, en esta propiedad. Usted no es más que una turista que ha aparecido intempestivamente…

¡Gloria y Merrie eran tan distintas!, pensaba Logan, mientras Merrie trataba de aplacar la cólera de la mujer histérica.

Kincaid rió abiertamente. Cuando la vaquera volvió a su lado, le preguntó cuál era el motivo de su risa.

—Me estaba acordando de esta mañana, cuando Gloria quiso empujarte dentro del abrevadero del establo.

—¡Oh, sí! Pero lo que ella no había advertido era que estaba pisando excrementos de vaca. Por eso no me tomé la molestia de decirle nada. Bastante tenía ya para entretenerse con sus zapatos de última moda… ¿No repercutirá en tu trabajo el hecho de que Gloria las esté pasado canutas en el rancho? Como es la hija de tu jefe…

Logan abrazó a Merrie por los hombros y ambos salieron por la puerta.

—En la empresa, me necesitan más a mí, que yo a ellos —dijo Logan, dándose cuenta por primera vez de lo que acababa de decir.

—Pero… —balbuceó Merrie, sin terminar de hablar.

—Prefiero que no hablemos de trabajo. ¿Dónde encontraremos un lugar apartado para disfrutar de un poco de intimidad? Debemos hacer caso a tu abuela.

—Logan Kincaid, eres un oportunista. No pierdes la ocasión de utilizar todos los medios que sean para conquistar tus objetivos.

—No me negarás que te apetece salir del establo, o quieres que volvamos a la fiesta, con todo ese barullo…

Merrie lo miró a los ojos y pudo comprobar que, bajo la luna, Logan era tan sexy como a plena luz del día.

—Te mereces que te encierre con el semental —dijo la vaquera, divertida.

—Pero yo sé que ese toro tan apacible no es más que para las visitas —comentó Logan, entre risas—. El rancho emplea el semen de

un semental premiado varias veces, al que únicamente han visto en un vídeo…

—Ya veo que recuerdas con todo detalle, aquello que vas aprendiendo.

—Vamos, querida. Hace una noche preciosa. Y tenemos que hacer un brindis especial con la botella de tu abuela.

Merrie estaba deseando disfrutar de la noche bajo las estrellas con aquel hombre. Sin embargo, su mente no estaba tan de acuerdo con su corazón.

—Voy a casa un momento a recoger una manta —dijo Merrie, dejando a Logan inseguro.

—¿Vas a volver, no? Espero que no me dejes plantado esta noche.

—Esta noche no va a pasar nada y además, no te tengo miedo.

Cuando Merrie se reunió de nuevo con Kincaid, le sugirió que se sentasen por la zona de las tiendas de campaña. Pero Logan prefirió instalarse detrás de la colina que coronaba la casa principal del rancho.

—Me parece que allí arriba, estaremos solos —dijo Kincaid, alegremente.

—Créeme Logan, no vamos a necesitar intimidad en absoluto.

—Claro que sí.

—Por favor, no me presiones más —se quejó Merrie, agobiada.

—Querida —dijo Kincaid, tomando su barbilla y elevándole el rostro, seriamente—. No te preocupes, es tu cumpleaños y no voy a hacer nada que te contraríe.

—Seguro que no me mientes —dijo la vaquera, observando fijamente la expresión de su acompañante.

—Seguro.

Merrie le creyó, pero por otra parte le parecía una tortura tener que estar a su lado, sin más. Por lo menos, cuando Logan la besaba, dejaba de pensar automáticamente. Apenas podía respirar y no quería pensar en problemas trascendentales…

Kincaid le dio la mano y ambos empezaron a caminar. Probablemente el champán le adormecería las ideas.

—Me gusta este lugar —dijo Logan.

Habían estado en ese sitio durante cuatro horas, mirando las estrellas, mientras que en el rancho, todo el mundo dormía.

—¿De verdad? —preguntó Merrie, medio dormida.

—Sí, no tanto como cuando nos besamos, pero al fin y al cabo es algo relajante —dijo Kincaid, dando un sorbito de champán y volviendo a mirar al cielo.

—Mmh —susurró Merrie, tumbada al revés que Logan—. A mí

también me gusta.

Bandido estaba encantado de tener a aquellos humanos tan cerca, pero por si acaso no se despegaba del lado de Merrie, cosa que Kincaid tuvo en cuenta por si decidía iniciar una incursión en dirección a la vaquera.

—Cuéntame Logan —dijo Merrie, poniéndose otra copa de champán sin apenas burbujas—, ¿por qué le tienes tanto miedo al matrimonio? Puede que tus padres Escaneado por Corandra y corregido por Pilar Nº Paginas 71—107

tuviesen una experiencia nefasta en ese sentido, pero eso no tiene por qué repetirse contigo.

—¿Estás muy interesada en el tema? Merrie se atragantó y derramó parte del vino espumoso, sobre las piernas de Logan.

—Noooo. Era una pregunta de interés general, del tipo de ¿…crees tú que hay vida inteligente en otros planetas…?.

—No te preocupes, tampoco creo que sea el peor marido del mundo —dijo Kincaid, realmente ofendido.

—Bueno, como ni fumas, ni eres amante del juego, ni asaltas comercios para vivir, se puede decir que tienes muchas bazas a tu favor.

—Claro —dijo Kincaid incorporándose—. Si alguna vez decido casarme, no sería con alguien como… —Logan paró en seco, a pesar de ser de noche, la luz de la luna había iluminado la expresión de odio de la vaquera. Estaba claro que iba a meter la pata.

—¿Cómo yo, no es cierto? —continuó Merrie, amargamente.

—Bueno, querría tener a mi lado a alguien tranquilo. No es que tú no lo seas.

Pero, la experiencia me ha enseñado, que la unión entre personas de mucho carácter suele terminar mal.

—En otras palabras, quieres una esposa aburrida. Tendrás que actualizar tu lista cuando llegues a casa.

Logan estaba harto de la famosa lista, que traía de cabeza a Merrie.

«Maldita sea. Si no hubiera metido la pata con Merrie, ahora estaríamos disfrutando del final del champán, contando estrellas», pensó Kincaid, molesto.

—Querida, creo que eres alguien muy especial. Quizá, si las circunstancias cambiasen… —balbuceó Kincaid, torpemente.

—No van a cambiar en absoluto. Además, recuerda: no cumplo los requisitos de la lista de tu hermano.

—¿Por qué te empeñas en seguir teniendo en cuenta esa estupidez? Cuando la escribió, Sully acababa de divorciarse y no quería que yo cometiera los mismos errores que él.

—Muy bien, pues comete tus errores solo. Yo me voy a la cama. ¡Bandido, vamos a casa! —dijo Merrie, intentando que el perro la obedeciera—. Bueno, quédate… Al fin y al cabo, los hombres sois todos iguales.

—Merrie, por favor, no te vayas —le suplicó Logan.

Aquel ruego, le llegó directamente al corazón. Estaba demasiado afectada por los treinta años que acababa de cumplir, había muchas decisiones importantes que tomar. De hecho, probablemente, sería la última vez que celebrara su cumpleaños bajo las estrellas, haciendo planes para el futuro.

—Lo siento, querida —susurró Kincaid, mientras le tomaba los brazos y la acariciaba lentamente; la copa de Merrie se cayó sobre la hierba y ambos se juntaron Escaneado por Corandra y corregido por Pilar Nº Paginas 72—107

en un abrazo—. Heriste mi orgullo y quise devolverte el golpe. La verdad es que eres maravillosa.

—Logan —susurro Merrie, notando como el joven deslizaba sus brazos por su cintura y se pegaba a ella por completo. Kincaid se estaba poniendo cada vez más excitado…

—Nunca he deseado tanto a una mujer como a ti —dijo Logan a su prometida— . Y sé que tú también me deseas a mí. En esto es en lo único que no hemos engañado a nadie, con nuestro compromiso.

Merrie sintió como algo se le helaba en el interior de su cuerpo. Por una parte, quería que el compromiso fuese auténtico en su totalidad. Pero eso le daba mucho miedo, enamorarse de Logan sería lo más temerario que hubiese hecho en su vida.

Era demasiado guapo e inteligente, su porvenir se encontraba en Nueva York.

La Gran Manzana significaba kilómetros y kilómetros de cemento, sin prados ni cielos abiertos. Hasta la nieve que caía no era blanca, sino gris. Sin duda, se trataba de una ciudad apasionante, pero ella se ahogaría allí, teniendo tan lejos la naturaleza.

En el caso remoto de que ambos se enamoraran, Merrie tendría que elegir entre vivir con Logan, u ocuparse del rancho. Eso la hizo tiritar.

—No te preocupes, querida —dijo Kincaid—. Te prometí que no te daría ni un beso esta noche.

Merrie, que estaba distraída, cayó en la cuenta de lo que le decía el joven.

—Échate de nuevo en la manta —le rogó el joven, tomándola esta vez en sus fuertes brazos. Merrie se sentía muy bien con él, era tierno y sexual al mismo tiempo.

La joven lo abrazó a su vez, y cerró los ojos mientras respiraba el aire fresco de la noche y el distinguido aroma de Logan. La otra copa que quedaba, cayó rodando por el suelo.

—No eran parte de tu herencia, ¿verdad? —preguntó Kincaid, irónicamente.

—No.

—Estupendo —contestó el joven, alisando con sus dedos los largos cabellos de la vaquera—. No querría haber destrozado algo verdaderamente importante para Eva Harding.

La familia… se quedó pensando Merrie, sintiendo las pulsaciones aceleradas de su corazón.

—Logan, ¿cómo es que no viniste cuando Lianne te invitó a la cena de Navidad?

La vaquera pensó que de nuevo había tocado un tema difícil para él.

Kincaid se las arregló para contestar:

—Detesto tener que decirte que… aquello fue muy violento para mí.

—¿Porque te había invitado tu ama de llaves? —preguntó Merrie, contando hasta diez, para no estallar de cólera, hasta que le diera una respuesta coherente.

Kincaid no era un snob.

—No se trataba de eso, es que me costaba mucho relacionarme en un ambiente familiar relajado y normal. Habría chafado la cena de Navidad a todo el mundo.

Merrie no se esperaba esa respuesta.

—Pero tú también tienes familia, por lo menos a tu hermano Sully, ¿no es así?

—Sí, tengo un hermano, dos hermanas y a mis padres. Desafortunadamente, siguen casados, destrozándose uno al otro —le contó Logan, con un hilo de voz, lo que hizo automáticamente que Merrie tuviese ganas de llorar—. No creo que puedas entenderme, porque tu familia es maravillosa. ¡Os queréis tanto!

Con la palma de la mano, Logan acarició la mejilla y los armoniosos labios de Merrie.

—Logan… —susurró la vaquera.

—¿Quieres saber por qué necesito tanto triunfar en la vida? Es muy sencillo. Era el niño más pobre del colegio y que vivía en un barrio no muy recomendable. Mi padre, no es que estuviera en paro, es que no quería trabajar… Y teníamos a la policía en casa cada viernes y sábado por la noche, para intervenir en las peleas de mis padres, que bebían con bastante frecuencia.

El dolor de Logan rompió el corazón de Merrie. Ella lo besó suavemente, en la garganta. Tanto sufrimiento no produjo rechazo en la vaquera, sino todo lo contrario.

—No pasa nada, no te preocupes —dijo Merrie, dulcemente.

—Sí que importa. No quería que supieses esas cosas tan desagradables de mi vida.

—Logan, deberías sentirte muy orgulloso de ti mismo —repuso Merrie—.

Lograste ir a la Universidad y tienes un trabajo con prestigio. No es mi tipo desde luego, pero te ha permitido cambiar tu forma de vida… Desde luego, no todo el mundo es capaz de cumplir sus sueños.

El joven se quedó más tranquilo, después de contar sus confidencias a la vaquera.

—¿Sabes una cosa, Merrie Foster? Eres sorprendente.

—Soy simplemente yo.

—A eso es a lo que me refiero.

Capítulo 8

—Querida, levántate. Merrie murmuró algo incomprensible y se acurrucó un poco más al lado de su acompañante.

—Nos hemos quedado dormidos. Deben pensar que nos hemos fugado —dijo Logan, consultando su reloj—. Son cerca de las ocho y media.

—No puede ser. Nunca me duermo por las mañanas —comentó Merrie, sorprendida.

—Siempre hay una primera vez.

Merrie se incorporó y se sentó sobre la manta, diciendo suavemente: —¡Es de día!

—Es lo que te acabo de decir. Estoy seguro de que ya habrán organizado un pelotón de linchamiento o lo que sea necesario, por nuestra fechoría.

—No te has portado mal… Al revés, has sido un perfecto caballero.

Logan creyó notar cierta decepción en su modo de pronunciar la palabra caballero.

—La verdad es que lo que más me apetecía era transgredir las normas del honor…

—Mmh —murmuró Merrie bostezando y estirándose con gracia—. Si tener fantasías sexuales fuese un delito, la población masculina al completo debería estar encarcelada. Pero tú, sin embargo, estarías a salvo.

Logan no quedó muy satisfecho con ese comentario de Merrie.

«¿Hasta cuándo tendré que reprimir mis ardientes deseos?», pensó Kincaid, desesperadamente.

En efecto, el hecho de ver como se estiraba su acompañante, lo excitó y le hizo sentirse incómodo. La verdad era que durante toda la noche había sentido una necesidad de hacer el amor, prácticamente incontenible.

Merrie tenía el cabello despeinado y no llevaba ni pizca de maquillaje, teniendo en cuenta que su cutis era perfecto. La camisa que llevaba era verde y realzaba más aún el color de sus ojos. Y los téjanos que llevaba eran anchos y cómodos.

—Más vale que volvamos pronto al rancho. No quiero que tus abuelos se preocupen por nosotros. Me caen bien y no quiero molestarlos.

—De acuerdo —dijo Merrie, recogiendo los cristales rotos, la manta y lo que quedaba de la botella de champán.

Pero antes de buscar a su montura, Logan la tomó por los hombros.

—Querida, respecto a lo que te dije anoche… no tuve la intención de herirte.

Eres una persona realmente especial para mí.

Mientras cabalgaban, Merrie lo escuchaba en silencio, mordiéndose la punta de la lengua para no deshacer el encanto del momento. Según Kincaid ella era especial, pero sin duda, no lo suficiente para su status. Por otra parte, el rancho era algo sólido y real, nada comparable a un amor pasional que le fuese a romper el corazón.

—No te preocupes. Yo tampoco quise herir tu orgullo, Logan.

—Lo que pasa es que te deseo tanto, que mi cabeza no funciona bien — murmuró Kincaid acariciando sensualmente con sus pulgares, las mejillas y los labios de Merrie.

—Por favor, no hablemos de eso, dijo la vaquera trotando con su montura al mismo ritmo que Logan y la suya.

—¿Por qué? No somos un par de adolescentes condicionados por el comportamiento de nuestras hormonas desbocadas. Somos adultos y como tales, podemos hablar de nuestras necesidades sexuales con toda libertad.

—Sí, somos dos adultos, pero con unas hormonas incontrolables. Es como si pusiéramos una cerilla encendida en un charco de gasolina… Démonos prisa, aunque falta poco, no quiero que piensen que nos hemos fugado. En fin, lo más probable es que nos hayan visto desde la casa principal.

—Si yo fuera tu abuelo, no te habría dejado dormir conmigo antes de la boda.

—¿Sabes lo que te digo Logan Kincaid? Eres un impostor y además, un mojigato —dijo Merrie, sonriendo.

—Te equivocas.

—Por supuesto que estoy en lo cierto.

Merrie le observó de arriba abajo: tenía el pelo revuelto, la barba le oscurecía la cara y los ojos todavía adormilados. Era todo un hombre. El sexo opuesto, por excelencia. La vaquera tuvo que admitir que realmente era perfecto, a pesar de su pizca de gazmoñería.

—No me gusta que me veas como un mojigato. Los hombres jamás son cursis en ese sentido.

—Eres muy moderno queriendo tener una aventura conmigo, pero si se tratase de tu hija, al mínimo problema llamarías a la policía.

—No pienso tener una hija —dijo Logan, testarudamente.

Merrie reaccionó con un gesto de desaprobación.

—Pues peor para ti.

—¡Hey! Tampoco es un crimen no querer tener hijos. Los chicos de la zona donde vivo me llaman el Ogro.

¿Acaso le gustaría a un crío que a su padre lo llamaran el Ogro?

Ya habían regresado al rancho.

Merrie estaba a punto de decirle a Logan que se merecía el apodo, cuando de repente, abrió la puerta de la casa su abuela.

Eva Harding era pura complicidad: no paraba de sonreírles y de guiñarles el ojo.

—Pasad y tomad el desayuno. Me preguntaba si todavía estaríais dormidos.

—Sentimos haberla preocupado, señora Harding —dijo Logan, notando la mirada airada de su acompañante—. Quiero decir, abuela. La culpa de que nos hayamos quedado dormidos la ha tenido el champán.

Eva rió e investigó el interior de la cesta que les había dado la noche anterior: todavía quedaba vino espumoso.

—Os habéis embriagado mutuamente, sin apenas alcohol. ¡Cielos! Todavía me acuerdo de cuando Paul y yo estábamos recién casados —dijo la abuela, sonriendo tiernamente—. Subimos a esa misma roca y estuvimos hablando durante horas y horas.

—Nosotros también estuvimos hablando… —comentó Merrie, con la intención de aclarar cómo habían pasado la noche.

—¡Es la hora del desayuno! —les instó Eva, sin hacer caso de la puntualización de su nieta.

En la mesa había crujientes panecillos con jamón y patatas fritas del lugar.

Además, de postre podrían tomar fresas y melocotones en conserva, así como mantequilla recién hecha de la casa. ¡Menudo festín! Logan estaba realmente hambriento: el aire puro de Montana y el trabajo duro le habían abierto el apetito notablemente, en los últimos días.

Una sonrisa de satisfacción apareció en los labios de Kincaid, a pesar de estar molesto por tener que seguir con la comedia del compromiso. ¡Nunca había disfrutado tanto de un desayuno!

El rancho recibía en verano a los turistas, como un ingreso complementario, porque lo que realmente generaba ganancias era el ganado. El negocio de la hacienda no era ningún juego. Los rancheros cuidaban a las reses con esmero y desarrollaban toda una serie de actividades suplementarias, propias de la vida del campo. Aquello era mucho más natural que crear ganancias a los que, de por sí ya tenían dinero y, sobre todo, mucho más satisfactorio.

Cada vez comprendía mejor a Merrie y su pasión por poseer el rancho.

—¿Dónde se conocieron Paul y usted? —le preguntó Logan a Eva, mientras empujaba la silla de Merrie, con corrección.

La abuela de la vaquera se preparó una taza de café y se sentó con

ellos a la mesa.

—Paul acababa de graduarse en una universidad de California, obteniendo el título de ingeniero agrónomo. Y yo iba en tren a ver a una prima que vivía en Sacramento. Me confundí de parada y cuando me quise dar cuenta ya me había bajado del tren. Le pedí ayuda a un joven que parecía un gigante y que me dijo: —Es usted la joven con la que me voy a casar.

—No dije eso —aseguró Paul, entrando en la cocina.

—No le hagas caso, Logan. No quiere que sepáis lo romántico que era.

—Nunca fui romántico y además, recuerdo perfectamente lo que te dije — apuntó el abuelo, sonriendo—. Te dije que tendrías que tener mejor sentido de la orientación si querías casarte conmigo y venir a vivir a Montana.

—Siempre fuiste un poco gallito —le dijo Eva, cariñosamente.

Logan sonrió y miró a Merrie. Seguro que había oído la historia cientos de veces, pero le encantaba oírla una vez más.

—¿Al cabo de cuántos días se casaron? —siguió preguntando Kincaid.

—Cinco días —respondió Paul.

«Cinco días, Dios mío», pensó Logan, quedándose perplejo.

Era obvio que los Harding habían sido muy felices, durante mucho tiempo, pero ¿cómo pudieron conocerse en cinco días y arriesgarse, casándose para el resto de sus días? En cinco días la gente apenas si podía elegir un coche, pero casi nada más.

En el caso de que él quisiera casarse, lo haría pensándolo mucho.

Logan, se encontró de repente confundido.

Si le hubieran hablado de contraer matrimonio, una semana antes, Kincaid habría mandado a paseo al inoportuno de turno. Pero, después de haber conocido a Merrie, ya no pensaba igual. No sólo porque era realmente guapa, sino porque se trataba de una joven muy especial… Le encantaba su risa, su carácter firme, su honradez y ese sentido del humor que llevaba siempre consigo.

Después de todo, casarse con ella no estaría nada mal.

Quizá se encontraba un poco eufórico por estar en plenas vacaciones. En esos momentos, no quería ni oír hablar de su trabajo.

Consciente de que la vaquera lo estaba mirando, Logan bebió cuidadosamente un sorbo de café negro. Le daba la impresión de que Merrie estaba más callada aquella mañana… No era de extrañar: aún tenían que decirle a todo el mundo que lo del compromiso había sido puro teatro.

—¿Qué planes tenemos para hoy, señor Harding? —preguntó

Kincaid, para borrar sus pensamientos sombríos—. Es más tarde que otros días.

—No pasa nada. Podéis ir a comprobar en qué estado están las vallas lindantes con el este del rancho.

Merrie casi se atraganta con lo que estaba tomando. No le importaba trabajar duro, pero no por puro capricho del abuelo.

—¡Pero si Spike y tú lo estuvisteis revisando antes de ayer! Están en perfecto estado.

—Verificadlo de nuevo —ordenó Paul Harding, sin más palabras.

—Pero…

—Venga, en marcha. Ya va siendo hora de que os pongáis en camino. Habéis trabajado duro durante toda la semana, no pasa nada por que os relajéis un poco hoy.

—De acuerdo —aceptó Merrie.

Paul Harding era el jefe del rancho; por mucho que no estuviera de acuerdo con él, Merrie acataría sus órdenes.

—Me parece estupendo que disfrutéis de estos días. Al fin y al cabo es el momento adecuado para que celebréis vuestro compromiso —aconsejó la abuela de Merrie.

La vaquera fue consciente de nuevo del lío en el que le había metido Logan. Y

estaba dispuesta a solucionarlo lo antes posible. Pero ¿cómo? Si hacían como que habían reñido para romper el compromiso, estarían mintiendo de nuevo. Por otra parte, decir la verdad iba a ser tan bochornoso…

—Lo pasaremos bien recorriendo las vallas —dijo Logan con entusiasmo—.

Podríamos hacer otro picnic.

—Lo dudo… —susurró secamente, la vaquera.

—Estupendo —se entusiasmó Eva, haciendo caso omiso de las palabras de su nieta—. Ahora mismo os preparo la comida para que os la llevéis.

Merrie asesinó con la mirada a Logan y dijo: —Termina tu desayuno tranquilamente. Nos reuniremos dentro de una hora en el patio central.

Como respuesta, Kincaid le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—¿Merrie?

Merrie estaba en la parte de arriba del establo. Si conseguía que Logan no la descubriera, podría pasar el día sin tener que ocuparse de él.

Lo que le pasaba en el fondo, era que la presencia de Logan le gustaba demasiado. Además, tenía fantasías a plena luz del día, en las

que se veía rodeada de niños morenos como Kincaid, con sus mismos dientes blancos.

—¿Querida? —continuó llamándola el joven.

Merrie suspiró, diciendo:

—Estoy aquí arriba, Logan, dentro del establo.

—¿Dónde? —preguntó Kincaid, con la mirada desenfocada por el contraste de luz.

—Aquí. Tenía unos minutos libres y me he puesto a buscar a Pidge y su familia.

El joven tomó una escalera para subir y encontrarse con Merrie.

—¿Quién es Pidge?

—Se trata de una gata. Es buenísima cazando ratones. Tuvo gatitos hace unos días y todavía no sé donde los tiene escondidos. Ya sabes que las gatas recién paridas son extremadamente protectoras con sus crías y el trajín de los turistas les molesta especialmente. No se lo podemos reprochar, porque es algo instintivo.

—Esto parece un buen escondite para tener intimidad…

Merrie protestó. Estaba reconociendo la mirada que se le ponía a Logan cuando hablaba de intimidad. La vaquera tuvo la necesidad de bajar y salir fuera del establo: no quería que ambos se reunieran en la oscuridad, porque no podía hacerse responsable de sus actos.

—Vayamos a buscar a los caballos —dijo Merrie sin darle tiempo a reaccionar.

—No tenemos ninguna prisa. Lo que quieren tus abuelos es que pasemos el día juntos. Nuestro compromiso ha sido muy agradable, porque todo el mundo desea que estemos solos. ¡Qué considerada es la gente!

—Querrás decir nuestro falso compromiso —puntualizó Merrie, teniendo en cuenta que él no tenía la intención de casarse con nadie, y menos con ella.

Logan se apoyó en una paca de heno.

—Se está muy bien aquí. Como en el resto del rancho, no falta detalle para que todo sea práctico y cómodo.

—Gracias —dijo la vaquera.

Estaba un poco triste porque a pesar de que no debía tener relaciones sexuales con él, era lo que más le apetecía en el mundo.

Logan, a su vez, se había sorprendido a sí mismo pensando cómo serían sus hijos si alguna vez se casara… desde luego no con alguien como ella.

—No has encontrado a los gatos, ¿no es cierto?

—Pues no.

—¿Crees que la gata se encontrará bien?

Merrie se puso a juguetear con el pañuelo que tenía anudado al cuello.

—Ha aparecido por casa para comer. Hasta que las crías no sean más grandes, Pidge no va a compartirlas con nadie. Ya sabes lo independientes que son los gatos, excepto cuando las hembras están en celo, claro.

Merrie era consciente de que no paraba de hablar, porque Kincaid se acercaba más y más a su pecho, y teniendo en cuenta lo sensible que tenía el corazón…

—Es curioso las repercusiones que llegan a tener ciertas cosas con el sexo — comentó Kincaid.

Las mejillas de la vaquera se sonrojaron.

—El sexo es más fácil para los machos que para las hembras. Al fin y al cabo, son ellas las que se quedan preñadas… No se puede decir que haya muchos gatos machos que desempeñen el papel de padre — dijo Merrie.

—Puede que no se sientan muy válidos en ese papel —añadió Logan, y ambos supieron que no se refería a los gatos.

—Estoy segura de que si lo intentaran, se darían cuenta de que no es tan difícil…

—Puede que los padres carezcan de lo que más les puede gustar a sus bebés — dijo Kincaid, mirando hacia el pecho de Merrie.

—Eso son excusas —repuso la vaquera, intentando ponerse en pie —. Salgamos de aquí. No me apetece seguir hablando de la vida sexual de los gatos.

—Pues, a mí no me apetece hablar en absoluto —añadió Kincaid, mientras introducía un dedo en la trabilla del cinturón de Merrie y la tendía en el suelo del altillo.

—¡Logan!

—¡Merrie! —saltó Kincaid, imitando el mismo tono de voz de la vaquera—. Lo único que quiero es disfrutar un poco de intimidad con mi prometida.

Logan se dedicó a dibujarle el rostro con la punta del dedo índice.

—Hemos dormido juntos esta noche. ¿Qué más puedes esperar de mí? —se quejó Merrie.

—Lo más divertido del asunto. Podemos probarlo entre el heno de aquella esquina.

Merrie quería enfadarse: los hombres nunca paraban de pensar en el sexo. Pero, la verdad era que a ella le había pasado lo mismo en los últimos días. Pero lo que ella necesitaba no era únicamente sexo. Era tan fácil estar con Logan… riendo y hablando del futuro. Hasta las discusiones eran divertidas a su lado, aunque, claro está, Merrie

prefería el diálogo.

¿Cómo era posible que Logan no comprendiera, que dos personas diferentes pudiesen congeniar y llevar una vida sana y feliz?

Merrie se dio cuenta de que, una vez más, estaba pensando en aquel hombre, haciendo caso omiso a su sentido común. Si ambos seguían así acabarían enamorándose y ella tendría que decidirse entre él o el rancho.

—¿Estás bien? —preguntó Logan, preocupándose de que su acompañante estuviera cómoda.

Merrie se sintió incapaz de empujarlo con sus fuertes brazos, después de que el joven le desabrochara los primeros botones de la camisa.

—No esperarás que te diga que sí —dijo Merrie.

—Al menos lo he intentado —replicó Kincaid, a su vez.

Pero una inevitable sonrisa iluminó el rostro de la vaquera y el joven la besó dulcemente los labios.

—¿No crees que todo el mundo debería retozar con su pareja alguna vez en la vida en un pajar, para contárselo a sus nietos? Lo malo es que al estar desnudos, la paja te puede pinchar…

—¿De verdad? —dijo Logan—. ¿Me lo dices por experiencia, o porque alguien te lo ha contado?

—Eso es información secreta.

—Incluso para tu prometido —insistió Logan.

—Tú no eres… —balbuceó la vaquera.

De pronto, se oyó un ruido en la entrada del establo que interrumpió a Merrie.

Ambos se quedaron callados para averiguar de quien se trataba.

Un caballo relinchó. Se oyó el crujido de una tabla y apareció Bandido, contento de reunirse con los jóvenes.

El perro ladró y ellos rieron distendidamente.

—Creo que está deseando que nos pongamos en camino —dijo Merrie, a media voz e intentando soltarse de los brazos de Logan.

—Merrie, ¿qué te ocurre hoy? —quiso saber Kincaid, estrechándola aún más fuerte.

La vaquera enarcó una ceja y respondió:

—Pues aparte de haber mentido a mi familia y a mis amigos, de haber cumplido los treinta y de no tener muchas posibilidades de realizar mis propósitos en la vida…

—Menos mal. Creí que estabas enfadada por lo de ayer noche.

Kincaid se quedó perplejo cuando la vaquera se puso a reír alegremente. Uno de sus problemas más acuciantes era la masculinidad de Logan, entre los muslos de Merrie.

La vaquera lo abrazó, sonriendo. Se trataba de un hombre bueno, a pesar de que la traía loca.

—No, no estoy enfadada por nada —repuso Merrie.

—Estupendo.

La cálida temperatura del altillo, hizo transpirar el labio superior de Kincaid. A la vaquera se le ocurrió que lamer esos labios podía ser una experiencia deliciosa.

Pero conllevaría la necesidad de consumar el deseo sexual de la pareja.

—Más vale que bajemos y nos pongamos en camino. Los caballos están ensillados y nos están esperando.

—Tienes razón, Merrie.

Pero ninguno de los dos llegó a levantarse.

—No creas que vamos a practicar el sexo —dijo la vaquera, con resolución.

—Yo no estaría tan segura —contestó Kincaid, excitando a Merrie de nuevo con su rotunda masculinidad.

—Logan —murmuró la joven, que se sentía más vulnerable que nunca a las caricias y al aroma suave y cálido de Kincaid.

—No te he dicho que te estoy muy agradecido —dijo de repente el joven.

—¿Por qué? —preguntó la vaquera, imaginando que Logan le estaría preparando alguna nueva treta, para hacer el amor.

—Porque desde que te vi en lo alto de aquel árbol, me has sacado del profundo aburrimiento en el que vivía, permitiéndome disfrutar tanto de la vida, como lo estoy haciendo.

—¿Sí? —dijo Merrie encantada—. ¿A pesar de que un poco más y te quemo la casa?

—Eso es —dijo Logan, besándola tiernamente en los labios y excitándola con verdadero apetito.

—Bueno, no es que tuviera la intención de quemar nada…

—Me lo imagino —susurró el joven, disfrutando del beso con verdadero deleite.

Logan también estaba muy excitado y necesitaba aliviar la presión de su virilidad.

—Me habría gustado que Lianne se hubiese podido sentir orgullosa de mi trabajo como ama de llaves. Es un encanto y no es nada tonta. Lo que pasa es que tiene en muy poca estima a los hombres. De hecho, a mí me pasa lo mismo que a ella.

Logan no estaba muy atento a sus palabras. En el fondo, estaba intentando averiguar qué le pasaba a Merrie, aquella mañana. Apenas lo miraba a los ojos y parecía nerviosa. Era algo sutil pero definitivo.

—Gracias por tu voto de confianza. Creo que tu opinión es aterradora. Pero no me importa, porque eres sencillamente maravillosa y me gustas tal y como eres.

—Gracias —murmuró ella, entre besos sensuales y profundos.

Logan le acarició los pechos con las palmas de las manos, rozando delicadamente los pezones erectos. El cuerpo de Merrie se arqueó, pletórico de sensaciones. Cada vez le excitaban más esas caricias. Merrie deseaba que la tocara, que su boca besara sus pezones, gozando de ellos como de un exquisito manjar.

Sobre todo, tenía prisa por colmar el vacío que sentía en el interior de su cuerpo.

Sin embargo, algo le advertía que tenía que parar aquella locura.

El sonido de los caballos la devolvió a la realidad y la liberó de su tortura interna.

—Maldita sea. Tenemos compañía —susurró Logan.

—¿Quién será? —dijo Merrie, guiñando los ojos por la claridad.

Los dos jóvenes se arrastraron por el altillo para ver lo que ocurría.

Se trataba de Gloria, que perseguida por Chip, había entrado en el establo. El hermano de Merrie, que estaba mucho más tranquilo, ató a los caballos en una valla del corral. Ambos se enzarzaron en una larga discusión, que les condujo al centro del barracón.

La vaquera y el joven no podían acallar sus risas. Logan, que estaba riendo a mandíbula batiente, se quiso incorporar apoyándose en una cuerda. Antes de que pudiera advertirle de que aquella soga abría una trampilla, Merrie y él aterrizaron en pleno suelo del cobertizo.

Gloria pegó un chillido. Y Chip, sin sorprenderse demasiado le dijo a su hermana:

—¡Hola Red! ¿Dónde estuviste anoche? La fiesta estuvo muy bien.

Merrie no dijo nada y cayó, con la cara aplastada sobre el pecho de Logan.

Para Gloria se trataba de un momento crítico: no sólo había perdido a su futuro marido, sino que otra mujer se lo había arrebatado. Merrie lo sentía por ella.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Logan.

—Sí, ¿y tú?

—Muy bien. Parece que va siendo una costumbre que aterrices encima de mí.

¿Esta vez has perdido también la camisa, o no?

—Tonto —dijo Merrie, pellizcándolo.

—¡Hey! Sólo era una pregunta. Ya sabes que siempre estoy dispuesto a cubrir tu desnudez con mi propia ropa…

—Claro —repuso la vaquera, sacudiendo su melena sobre los hombros.

Miró hacia Gloria un segundo y le sorprendió que, en vez de estar enfadada, estuviese melancólica. Ella los miró a su vez.

—¡Hola a todos! —dijo Logan, animadamente, intentando quitar la paja que se les había pegado encima a él y a Merrie—. Lo siento, pero tenemos prisa. Justo ahora salíamos a comprobar el estado de las vallas del rancho. Lo comprendéis, ¿verdad?

—Por supuesto, se ve que teníais mucha prisa —exclamó Chip, viendo la camisa de Merrie entreabierta.

Logan dio la vuelta a la vaquera y se dispuso a abrocharle los botones de la camisa, que difícilmente había conseguido desabrochar. Chip le caía bien, pero algunas cosas pertenecían a su más estricta intimidad… como el sujetador de encaje de Merrie.

—Me ha parecido oírte decir que un animal estaba herido —quiso saber la vaquera.

—No ha sido muy grave, pero la turista no se ha molestado en absoluto por el percance y no hemos podido volver antes.

—Eso no es cierto… —protestó Gloria, gritando.

Merrie frunció el ceño.

—Señorita Scott, siento que no pueda comprenderlo, pero nosotros tenemos que proteger…

—Querida —le interrumpió Kincaid—, eso es un problema que tienen que resolver Chip y Gloria.

—Pero…

—Nada. Tenemos mucha prisa esta mañana —replicó Logan, llevándose a Merrie de la mano, a través del establo—. Hemos de pasarlo bien, disfrutando de un picnic en el campo.

Esto último lo dijo Kincaid al oído de Merrie, que estaba completamente desconcertada.

—Pero tengo que saber lo que ha ocurrido, porque esto es el negocio de mi familia. Necesito saber si Gloria ha hecho algo peligroso, para que no lo repita…

—No tiene nada que ver con el rancho, créeme —dijo Logan con seguridad, mientras ambos se subían a caballo.

Los dos jóvenes cabalgaron rápidamente y solo cuando estuvieron lejos, aflojaron la marcha de sus monturas.

Al cabo de un rato, Merrie dijo:

—Logan, debería averiguar qué ha pasado exactamente. No tenía que haber ocurrido ningún incidente. Para estos casos, hacemos firmar a los turistas un escrito en el que no nos hacemos responsables de lo que les pueda pasar, pero eso no quiere decir que no nos preocupemos

de ellos. Al contrario, hacemos todo lo posible para proteger a nuestros invitados.

—Merrie, ya que puedes comprender a los animales, trata de decirme lo que se estaban diciendo Chip y Gloria sin palabras.

—Eso es ridículo —protestó la vaquera.

—Verdaderamente, han ocurrido cosas muy serias entre esos dos y si te fijas en la banda del sombrero de tu hermano, se puede decir que él también protege bien a las turistas… A este paso, va a tener que reponer su almacén de preservativos, antes de que termine la semana…

Merrie hizo una mueca de desesperación.

El propio Logan estaba sorprendido: Chip no era muy exigente a la hora de tirarle los tejos a una mujer.

Y Kincaid siguió diciendo:

—Hacen una buena pareja. Son como Conan el Bárbaro y la madrastra de Blancanieves.

—Para, Logan —dijo Merrie, riendo abiertamente—. Estoy segura de que Gloria tiene también sus cosas buenas.

—Dime alguna.

La vaquera se mordió el labio, intentando reconocer algo positivo en ella.

—Bueno… Ella es… Su coche es muy bonito.

—¡Aja! — masculló Logan, triunfante—. O sea, que te gustan los coches caros, ¿eh? Pues te regalaré un deportivo rojo como regalo de compromiso.

—No he dicho que quiera uno, sino que me gustan. Y en cuanto al lado positivo de Gloria, tú lo tienes que conocer mucho mejor que yo.

—¿Quieres saber algo bueno de ella? —sonrió Kincaid—. Me ha dado la oportunidad de conocer Montana y le estoy muy agradecido.

—¡Oh! —repuso Merrie, mientras que se le encendían los colores.

—¿Qué te parece, querida?

—Me alegro de que estés disfrutando tanto en el rancho.

—Gracias —replicó Logan, educadamente.

El joven se acercó más a la montura de Merrie y, le acarició la trenza que le colgaba sobre el pecho. A continuación, notó bajo sus dedos el encaje del sujetador que llevaba puesto. Dio un suspiro, recordando sus insinuaciones sobre Gloria y Chip.

—Lo pasaría mucho mejor, si… —siguió hablando Kincaid.

—¡Calla, Logan! —dijo dulcemente, Merrie, ordenándole a su caballo que se alejara—. Deberías aprender a abandonar la partida, cuando vas ganando.

Capítulo 9

Aquella noche, Logan estaba apoyado en la pared del establo, mordisqueando una paja. Se trataba de la última fiesta que se celebraba por la noche, para los turistas que iban a abandonar el rancho el domingo. Todo el mundo estaba pasándolo bien, excepto Kincaid.

Merrie estaba bailando una polca con Grant Steele y ambos reían como nunca.

La conciencia de Logan se puso furiosa: parecía como si Merrie fuese la prometida de Steele. Aunque, realmente tampoco era la suya.

Había estado poco pendiente de Kincaid durante la velada. Sin embargo había hablado y bailado con casi todo el mundo. Se había ocupado de que todos los invitados bailasen por lo menos una vez, y de que hasta los más tímidos no se quedasen sin pareja.

Todos los hombres solteros estaban embobados observándola y parte de los casados, también.

De repente, aparecía al lado de Kincaid, pero en seguida salía corriendo a bailar.

Logan estaba celoso, porque Merrie estaba compartiendo muchas canciones con Grant y sus hijos. Estaba claro que Steele era la pareja perfecta para Merrie.

Era un hombre amante de la familia. Le encantaban los niños, y con Merrie habría tenido una docena más. Había crecido en un rancho y conocía el negocio por dentro y por fuera. En la actualidad, se dedicaba a la cría de caballos. Los abuelos de Merrie le tenían mucho cariño. Y para colmo, vivía en la finca de al lado…

Logan detestaba sentirse celoso: era la táctica de su madre, que se había pasado la vida flirteando con otros hombres para fastidiar a su padre. De ese modo, le había hecho sentirse un fracasado como marido y como persona.

Para calmarse, bebió un poco de limonada. Merrie no sería capaz de portarse así con él, ¿o, estaba equivocado? Mientras Kincaid seguía el torbellino de la vaquera, la pregunta se mantenía en su cerebro, sin descanso.

—¡Oh, cielos! Me encanta bailar la polca —dijo Merrie entusiasmada, abanicándose con las dos manos.

—Ya lo veo —arguyo Grant, frotándose la rodilla derecha—. Casi no puedo seguirte, eso quiere decir que me estoy haciendo viejo.

—Pobrecito… —dijo Merrie sonriendo y dándole una palmada en le mejilla, que le sentó a Logan como una patada en la espinilla—. No puedes parar ahora, teniendo en cuenta que llevamos veinte años perfeccionando el estilo.

—Logan, por favor, sálvame —exclamó Grant cuando descubrió a Kincaid, medio escondido en una esquina—. El próximo baile es para vosotros dos.

—Gracias —murmuró Logan.

Merrie rió de buena gana. Su amigo siempre se quejaba cuando bailaban juntos, pero ella nunca le hacía caso.

—No te pierdas la próxima polca: verás en acción a un auténtico agente de bolsa, llamado Logan Kincaid…

Logan paró a Merrie por el codo y le susurró: —Me tendrías que pedir este baile, Merrie. Estaría encantado de concedértelo.

La vaquera no entendió lo que quería decirle Kincaid.

—Hemos bailado varias canciones. ¿Qué es lo que ocurre?

—Nada —respondió Logan, molesto.

Ante ese panorama, Grant se despidió y fue a buscar a los niños, para volver a casa.

—Nos veremos el próximo fin de semana —dijo la vaquera.

—Mañana por la mañana, estaré por aquí, tengo que tratar un asunto con Paul.

Cuando Steele se alejó, Merrie dio media vuelta hacia Logan.

—¿Se puede saber qué es lo que te pasa? Has estado toda la noche en un rincón y con aire ausente —quiso saber Merrie.

—¿Yo? —dijo Logan, sorprendido.

—Te has portado altivamente, sin querer hablar con nadie. Pensé que habías cambiado desde que llegaste a Montana, pero ya veo que no ha sido así.

—Y yo creía que un novio tenía derecho a pasar más de cinco minutos por hora, con su prometida. Sin duda, estaba en un error.

—Eres… —murmuró Merrie, dejándole con la palabra en la boca y volviendo a la pista de baile.

¡Menuda cara tenía ese hombre! Un compromiso falso no le daba ningún derecho sobre ella. Ni siquiera un auténtico compromiso, la haría cambiar de actitud con los invitados.

—Espera un momento, Merrie.

La vaquera lo miró y giró hacia él.

—¿Qué quieres?

—Perdona, no tendría que haber hablado de nuestro compromiso.

—Por supuesto que no. No soy de tu propiedad y te recuerdo que no estamos prometidos. Todo esto no es más que una broma que te has inventado para divertirte y está claro que no debía haberte seguido el juego.

—De acuerdo —respondió Logan, tratando de calmarse antes de hablar—. Pero no se puede decir que disfrute sintiendo celos, no

esperaba que recurrieses a ese tipo de devaneos conmigo.

—¿Qué devaneos? —preguntó Merrie, anonadada.

—Has estado flirteando con todos los hombres de la fiesta. ¿Cómo querías que me sintiese?

—No estaba flirteando, estaba haciendo mi trabajo. Por si te interesa, aún trabajo para el rancho —dijo Merrie, agresivamente—. Lo que hacía era intentar que todos los invitados estuviesen cómodos y relajados, como en su casa.

—Sí, pero Grant y tú…

—Para mí, Grant es como mi hermano mayor: somos amigos y nada más.

Además, desde que perdió a su esposa, no se le ha visto con otra mujer.

—Quizá he metido la pata —dijo Logan, confuso.

—¿No me digas? —dijo Merrie, con los brazos cruzados y derramando un par de lágrimas cálidas—. No paras día a día para conseguir tu objetivo conmigo. Pero al mismo tiempo, tampoco paras de decirme que no tienes la intención de casarte, y menos conmigo.

—Intenta comprenderme —le insistió Logan—. Tus abuelos son el único matrimonio bien avenido que conozco en el mundo. Siempre había pensado que ese tipo de unión no podía existir.

—Lo comprendo, pero, ¿sigues pensando que tienes derecho a sentirte celoso?

Yo siempre he sido muy clara contigo: mi intención era poseer el rancho, casarme y tener hijos. ¿Por qué iba a querer ponerte celoso?

—Querida…

—No me llames así y déjame en paz.

La vaquera pensaba que todos los hombres eran iguales. Su hermana Lianne había tenido suerte: su prometido era un auténtico calavera, fácil de identificar y de mandarlo a paseo. Los hombres como Logan primero eran agradables, pero luego te partían el corazón.

Merrie subió el camino que llevaba a la casa principal, pero se quedó sentada en el balancín del porche. Allí podía tener un momento de intimidad, observando el panorama del rancho apaciblemente.

Logan podía volver a Seattle con toda tranquilidad.

No pensaba volver a verlo nunca más.

Logan permaneció en la fiesta. Su ego se había visto amenazado y lo había pagado con Merrie, de nuevo. ¡Pero es que había sido tan cariñosa con Grant! La vaquera debería haber sido consciente de que él la estaba mirando…

—¿Logan?

¡Qué espanto! Se trataba de Gloria Scott. Con la paciencia al límite, la saludó brevemente.

—Hola.

—¿Dónde está Merrie? Necesito hablar con ella.

—No se encontraba muy bien y se ha marchado a su casa.

—¡Oh! Voy a verla, a ver cómo está —se empeñó Gloria.

Realmente, era lo último que necesitaba Merrie en ese momento, enfrentarse a esa harpía, pero él no pensaba mover ni un dedo por ninguna de las dos mujeres…

—¿Merrie?

Merrie se quedó de piedra cuando identificó la voz de Gloria Scott. Ahora se iba a librar del juego de Logan. Le iba a contar que no estaban realmente comprometidos para que ella aprovechara aún más sus armas de mujer…

—¿Sí, señorita Scott?

—Logan me dijo que no te encontrabas muy bien. La verdad es que necesitaba hablar contigo y pensé que si no te importaba…

Su voz sonaba como si estuviera triste. Pero triste de verdad.

Merrie miró a la otra joven y vio que tenía marcas de haber estado llorando.

—¿Qué te pasa? —le preguntó a su dienta.

—Siento haber subido hasta aquí para molestarte. Has sido tan amable conmigo y yo, me he portado tan mal contigo… Se trata de Chip.

Merrie pestañeó, sorprendida.

—¿Qué pasa con Chip? —preguntó la vaquera.

—Estoy enamorada de él, pero él no quiere casarse conmigo.

—Oh, ¿sí? —dijo la vaquera, sin poder imaginar a su hermano con Gloria al lado—. ¿Has intentado hablar con él del asunto?

—Muchas veces. No puedo creer que me haya enamorado de él. Papá no aprobaría nunca nuestra relación.

Merrie tenía ganas de mandar a la porra al papá de Glorία…

—¡Me temo que Chip no es la persona que esté más a favor del matrimonio!

—Logan era igual, hasta que te lo propuso a ti.

—Pero no es lo mismo.

—La idea de que nos casáramos fue de papá, porque así, él no podría abandonar nunca la compañía —explicó Gloria—. Ya sé que no estuvo bien por mi parte perseguirlo y fastidiarle las vacaciones, pero ahora que se va a casar contigo, espero que no me guarde rencor.

—Por supuesto que no —dijo Merrie, intentando ser comprensiva.

—Te seré sincera —continuó Gloria—. Logan siempre me ha

asustado un poco.

Es tan inteligente y controvertido con todo lo que hace… Estará mucho mejor contigo puesto que tú también eres inteligente; así podréis tener conversaciones interesantes.

Merrie se mordió el labio, preguntándose qué podrían tener en común una joven de la alta sociedad con Chip y, de qué podrían hablar Logan y ella, a parte de lanzarse insultos…

—Necesito a mi lado a alguien más básico que Logan y Chip es el hombre más adecuado.

En eso Gloria tenía razón: realmente Chip era un tipo muy sencillo… ¡Desde luego, el amor era algo impredecible! Te llevaba a hacer tonterías y rarezas, perdiendo la razón.

Merrie lo sabía, por experiencia: se había enamorado de Logan, a pesar de haberlo evitado por todos los medios. Por lo menos era consciente de ello.

En esos momentos, su caso era como el de Gloria. Ambas se habían enamorado de dos hombres que no creían en el matrimonio y que vivían en mundos ajenos a los suyos.

Sacudiendo la cabeza amargamente, Merrie le daba palmadas en la espalda a Gloria, para consolarla. No sabía muy bien qué decirle. Estaba claro que Chip no iba a abandonar su vida de soltero por ninguna mujer, y menos aún, por una joven cosmopolita con más dinero que inteligencia. Aunque fuera su tipo y estuviesen enamorados, su hermano mayor no podría mantener a su familia, con el sueldo de vaquero.

—No sé qué hacer —dijo Gloria, llorando sinceramente—. Sería capaz de quedarme a vivir en Montana, si fuese necesario.

Merrie seguía pensando que aquella joven no tenía dos dedos de frente… pero al fin y al cabo se trataba de una mujer agradable.

—Hola Pidge —saludó Merrie al gato. Escondido entre un montón de paja, al fondo de la cuadra, descansaba el felino con sus crías.

—No pasa nada, Pidge. Sólo quiero ver a tus hijitos, no te los voy a quitar.

—Por fin has encontrado el escondite —dijo Logan detrás de ella, haciéndola sobresaltarse.

Había sido fácil esquivar a Kincaid mientras que los invitados estuvieron despidiéndose. Gloria se había marchado también, suspirando por Chip. A Merrie le dio pena, aunque sabía que para su hermano se trataba de una liberación.

—¿Por qué se llama Pidge la gata? —quiso saber Logan.

—Porque tiene seis dedos en las patas, como los pichones —respondió Merrie, notando el cálido hálito de la presencia masculina.

—Ah —murmuró Logan, tomando el brazo de la vaquera.

Se había reprochado toda la noche el hecho de haber sido tan idiota con ella.

Merrie era mucho más sensible y honesta que sus propios padres. Era especialmente cariñosa con todas las personas que necesitaban consuelo… como con

la insensata de Gloria. Había estado escuchando su conversación, espiándolas detrás del porche.

—Querida, me he portado contigo como un imbécil.

—Tienes razón —respondió la vaquera.

—Pero es que cada vez me siento más y más acorralado —se lamentó Kincaid.

—¿Acorralado? No tienes más que pedírmelo y, en cuanto quieras te llevo en la avioneta a Rapid City.

Logan le acarició los brazos, deseando abrazarla con ternura.

—No lo entiendes, cuanto más cerca estamos, más me preocupo por ti. Y eso me da mucho miedo, Merrie.

La vaquera se quedó tanto tiempo en silencio, que Logan no sabía si estaba enfadada o muerta de vergüenza ajena.

—¿Cómo crees que me siento yo? —dijo finalmente Merrie.

—Por lo menos eres más honesta que yo.

La vaquera rió, con amargura.

—No es que quisiera flirtear. Simplemente quería actuar como lo he hecho siempre, haciendo que la gente lo pasara bien, sin preocuparme de nadie más.

—¿Por qué? —quiso saber Logan.

Merrie lo miró incrédulamente.

—Porque eres un hombre especial y no podría elegir entre el rancho y tú. No quiero pasarme el resto de mis días amando a un hombre que no me puede corresponder.

—Lo siento —dijo Kincaid.

Mientras Merrie salía del establo, siguió hablando.

—Guárdate tus excusas. Se acabó. Vuelve a Seattle y yo me ocuparé de deshacer el entuerto de nuestro compromiso.

—No —respondió Logan, indignado.

La vaquera lo miró con sorpresa.

—Puede que sea un poco torpe y lento, pero no soy un cobarde. Tendríamos que sincerarnos para saber qué es lo que sentimos el uno por el otro.

—Yo ya sé lo que piensas de mí: soy demasiado dramática y excesivamente emocional para ser tu esposa. Pero, cielo santo, soy una

mujer de carne y hueso, ése es el problema.

—Pero Merrie, estábamos discutiendo y dije unas cuantas tonterías.

—Pero en el fondo eso es lo que piensas de mí —concluyó la vaquera, mostrando signos de cansancio, más que de cólera—. A veces, el matrimonio es algo complejo. No se trata de algo delimitablemente perfecto. ¿Tú crees que mis abuelos

nunca han discutido? Pues se pelean y se reconcilian, sabiendo que, probablemente, se volverán a pelear en otra ocasión.

—Pero si has planeado…

Merrie le cortó la palabra.

—No, mira. Muchas veces, las discusiones se plantean intempestivamente. Pero lo que sí es algo planeado es la intención de reconciliarse, porque no puede haber en el mundo nada más importante que vivir con tu pareja.

De pronto, apareció en el patio Grant Steele con un camión para transportar caballos.

—Hola, Merrie. Traigo un regalo para ti.

Antes de reunirse con Grant, la vaquera le dirigió una larga mirada a Logan, con verdadero dolor.

—Por favor, Merrie… —trató de retenerla Kincaid.

—No —dijo tristemente la vaquera—. El juego ya se ha terminado; tengo que volver a las tareas cotidianas.

Logan estaba acostumbrado a conquistar casi todo lo que se proponía. Pero Merrie era diferente: no se trataba de un trofeo o de una buena remuneración ingresada en el banco.

Mi mundo…tu mundo… Parecían vivir en planetas distintos.

Caminando tristemente, Logan se acercó al camión de Grant.

—Lo eligió tu abuelo —dijo Steele, abriendo la parte de atrás del vehículo—. Es tu regalo de cumpleaños. No te lo dimos ayer porque con tanta gente, el potro se iba a asustar.

El joven ranchero sacó al caballo para que lo vieran: era un semental con largas patas, de un brillante color cobrizo.

—Oh, Grant. Es precioso —exclamó Merrie, impresionada.

—No está domado del todo, pero me imaginé que tú te encargarías de ello.

El dolor que sentía la vaquera, se suavizó mientras le hablaba al potro.

—Ven aquí, precioso —murmuró Merrie en un tono cariñoso pero firme.

El semental se dejaba acariciar notando el particular olor de la que

iba a ser su ama. Parecía mentira que un animal de su envergadura, dependiese de una caricia en el morro…

—Buenos días, Kincaid. Si Merrie no estuviese tan ansiosa de ocuparse del rancho de Paul, la contrataría para que domara los caballos de mi propiedad.

Merrie iba a dejar al semental en su cuadra, cuando de repente un barullo de ladridos y maullidos se produjo a su paso. Al cabo de unos segundos apareció Bandido, contrariado.

El potro se asustó y se levantó de patas por encima de la vaquera.

Kincaid, horrorizado se lanzó para ayudarla, pero Grant se interpuso en su camino.

—Estás loco —gritó Logan—. ¡La va a matar!

—Maldita sea… espera y verás.

En efecto, Merrie ya se las había arreglado para tranquilizar y dominar al joven semental, que aún se movía dubitativamente, de un lado para otro.

—No te portas bien, ¿eh? —siguió diciéndole cosas cariñosas, pero regañándolo al mismo tiempo; la vaquera le acarició el morro y el cuello, como si no hubiera ocurrido nada—. Pero si son Bandido y Pidge: lo más seguro es que Bandido habrá querido conocer a los gatitos de Pidge, y ella no estaba por la labor.

El semental levantó la cabeza, asintiendo a lo que le decía su nueva ama.

—Tienes que llevarte bien con Bandido, porque vamos a trabajar juntos y él te puede enseñar muchas cosas —siguió diciendo Merrie al potro, mientras ambos se encaminaban a la cuadra.

—Tendrás que acostumbrarte a situaciones como éstas —le comentó Grant a Logan—. Merrie está acostumbrada a hacerles frente con toda tranquilidad.

—Pero podría haberla herido —dijo Kincaid, asustado.

—Esto es un rancho, no una boutique… O sea que es mejor que te vayas acostumbrando —comentó Grant, secamente.

—¿Que me acostumbre? —se indignó Logan—. Cómo se ve que tú no estás enamorado de ella: no pienso dejar que mi mujer sea víctima de un maldito caballo a medio domar.

—Lo que quiero decir es que Merrie jamás se casará contigo si no puedes vivir en el rancho. Y ahora si me disculpas, tengo que marcharme a casa.

Logan golpeó una valla con el puño y no pudo evitar que la adrenalina se le disparase por las venas. El corazón le había dado un vuelco cuando vio al caballo sobre Merrie.

Logan se dio cuenta de que ella significaba mucho para él. Era lo

más importante de su vida…

Había sido un imbécil no siendo consciente de ello, con anterioridad. Si algo le ocurriese a Merrie, Kincaid se moriría de pena. No quería verla en peligro de nuevo.

Entró en la cuadra y vio a la joven vaquera pasando un paño húmedo por todo el cuerpo del potro, diciéndole constantemente cosas en un tono suave y reconfortante. Al parecer, lo que había ocurrido en el patio no había sido nada excepcional. Formaba parte de la rutina del rancho.

De pronto, le volvió a la memoria la frase que más agobiaba a Merrie. «No quiero tener que elegir entre el rancho y tú». Él tampoco quería que la vaquera hiciese una elección que le pudiese partir el corazón. El rancho formaba parte de la identidad de Merrie, como su nombre y su sonrisa. Viviendo fuera del rancho, Merrie no sería la misma mujer de la que se había enamorado.

Pero, ¿cómo iba a poder vivir tranquilo sabiendo que el peligro era parte de su trabajo? ¿Y qué iba a ser de sus planes para el futuro, como trasladarse a Nueva York? Si esa meta le parecía poco atractiva, tampoco se sentía lo suficientemente seguro de querer vivir en Montana.

Después de un buen momento, Merrie se dio la vuelta y se dirigió a Logan.

—¿De qué hablabais Grant y tú? ¿De fútbol o de algo más interesante todavía?

—Le pregunté que si necesitabas ayuda y me contestó que en absoluto.

—Tenía razón.

—Sí, claro —comentó Logan, un poco asustado todavía.

La vaquera seguía acariciando el mono del potro.

—Tú eres como mi abuelo: piensas que una mujer no puede hacer frente al trabajo de un rancho.

—Yo no pienso eso. Tampoco creo que lo piense Paul. ¿Te has planteado alguna vez, que lo que quiere es protegerte, o protegerse él mismo por si alguna vez te haces daño de verdad?

—No necesito protección.

—Puede que tú no, pero un padre de familia serio sí protege a su familia. ¿Qué pasaría si estuvieses embarazada? Si piensas que tu marido de dejaría zambullirte en una estampida de vacas o atravesar una ventisca espantosa para ir a alimentar al ganado, estás muy equivocada.

Merrie lo miró atónita.

—¿Que qué? —farfulló la vaquera.

—Tú me entiendes perfectamente.

—Bueno, me encantaría tener un socio, no un castillo con mazmorras.

La vaquera siguió al lado del potro para que aprendiera a reconocerla por el tacto y el olor. A él también le había conquistado Merrie por su tacto y por su olor, por su risa y su calor. Sobre todo, por el deseo que sentía hacia ella desde el primer día que la conoció.

Logan sintió dolor y suspiró. Aunque ya se habían dicho todo y ya no quedaban palabras para evitar la ruptura, Kincaid quería que Merrie alcanzase sus sueños, aún sin compartirlos con ella.

—Querida, ¿dónde está tu abuelo?

—Creo que salió a dar una vuelta. ¿Por qué?

—Por una cuestión de negocios que tengo que consultarle.

—¿Negocios? —preguntó la vaquera, extrañada.

—Sí —murmuró Logan, que se dio prisa en sacar a su montura para ensillarla.

El caballo y él habían hecho buenas migas, de modo que después de ponerle la silla, el animal solicitó un premio como era costumbre.

—Ahora mismo te doy una zanahoria —le dijo Kincaid al equino.

En una esquina del establo había un barril lleno de manzanas y zanahorias para premiar a los caballos. Se trataba del último detalle que había incorporado Merrie.

Como esta idea, cada temporada la vaquera venía llena de nuevas propuestas para hacer más agradable y divertida la vida de los turistas. Con toda certeza, Paul Harding sabría lo importante que era la aportación de su nieta en la buena marcha del negocio turístico. En el caso de que lo ignorara, Logan se lo iba a recordar.

—Mi oferta sigue en pie —dijo secamente, Merrie, mientras que Logan estaba listo para salir cabalgando.

—¿Qué oferta?

—Llevarte en avioneta a Rapid City.

Kincaid se sintió mejor, comprobando que no era el único de los dos que estaba confuso y preocupado por el futuro.

—Gracias, pero todavía me quedan dos semanas de vacaciones y pienso aprovecharlas al máximo en Montana.

—En tu caso, lo más inteligente sería marcharse lo antes posible —dijo Merrie cáusticamente.

—Pues lo siento, me pienso quedar aquí —replicó Logan a su vez.

—Merrie dice que soy un viejo estancado en el pasado y que por eso no quiero venderle el rancho —dijo Paul Harding, caminando al mismo paso que el caballo de Logan.

—¿Es ésa la verdad? —preguntó Kincaid.

—No. Quiero a todos mis nietos por igual, pero Merrie es distinta. Tiene verdadero apego a estas tierras.

—Entonces, ¿por qué no le ha vendido usted la propiedad? —quiso saber Logan—. Usted, que la comprende mejor que nadie, debería haberla hecho caso, vendiéndole la hacienda hace tiempo.

Paul sonrió débilmente.

—Quiero a este rancho. Pero la vida aquí es muy dura en muchas ocasiones.

Para un hombre ya es difícil encontrar a una media naranja con quien compartir su vida. Para una mujer, es prácticamente imposible. Puede que el mundo haya cambiado mucho, pero aquí lo que te digo sigue siendo complicado. Si Merrie y Grant se hubiesen casado, las cosas habrían sido distintas. Pero nunca han tenido una relación más allá de la amistad.

—Ah —murmuró Logan, comprendiendo de pronto los motivos por los cuales el abuelo no quería vender su finca a Merrie. Lo que quería era que compartiera su vida con un hombre que la apoyara en todo momento. Y, por supuesto, no es que dudara de la capacidad de la joven vaquera para los negocios.

Pero con esa conversación, Kincaid no quería ganar puntos con Paul, sino asegurar con su colaboración el traspaso de la propiedad a manos de Merrie.

Logan nunca haría daño a la vaquera, ni al rancho. Sin embargó, podía ayudarla a financiar los costes de la hacienda, si las cosas iban mal. En efecto, no todos sus clientes eran detestables: algunos apostaban por nuevos negocios, rebosantes de futuro.

Kincaid siguió hablando con Paul.

—La verdad es que no estamos prometidos. Todo comenzó con una broma, pero la noticia se extendió rápidamente —dijo Logan, tristemente—. Yo estoy enamorado de ella y ella de mí, pero no nos ponemos de acuerdo. Ella sólo piensa en el rancho. Usted dijo que quería retirarse pronto: yo tengo en el banco una suma suficiente para pagar la compra de la propiedad. Me gustaría que accediese a vender el rancho a su nieta, cuando acabe el verano.

—¿Y si no os ponéis de acuerdo?

Kincaid hizo un gesto amargo.

—Bueno creo que tendrá que concederme una oportunidad, igual que a Merrie con la finca. Ella se lo merece, al margen de que nos casamos o no.

Capítulo 10

—Logan Kincaid, ¿se puede saber por qué te metes en mis asuntos? —preguntó Merrie, tremendamente enfadada.

Logan estaba durmiendo la siesta, apaciblemente.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Kincaid.

—Has hecho un trato con el abuelo a mis espaldas.

Kincaid lo tenía decidido: entre su futuro como agente de bolsa y Merrie, se quedaba con la vaquera. De hecho, ambos se quedarían a vivir en Montana y él podría seguir trabajando con Wall Street gracias a la tecnología informática más moderna.

Contento con la decisión que había tomado, el joven se había dormido un rato en la tienda de campaña.

Pero al despertar, se dio cuenta de que con Merrie las cosas no iban a ser fáciles.

—¿No es lo que más deseabas en el mundo? Lo único que he hecho ha sido agilizar los trámites.

—No tienes derecho a meterte en mi vida. Llevo ahorrando años y años, y ahora, porque aparece un agente de bolsa forrado de dinero, el abuelo accede a que los dos llevemos el rancho.

Logan volvió a recordar que no debía dejarse vencer por la cólera.

—Querida, no es que Paul no confiase en ti. Lo que quiere es que compartas tu vida en el rancho con alguien que te comprenda. No quiere que estés sola, porque Montana en invierno es muy duro.

—Ah… —dijo Merrie, desconfiadamente.

—Eres tan testaruda que solo piensas en la propiedad y no eres capaz de escuchar.

—¿Qué es lo que tengo que oír? —dijo la vaquera sarcásticamente.

—Lo que te voy a decir…

—Claro. ¡Como podía olvidar que eres el agente de bolsa perfecto! No crees en el matrimonio y te quieres ir a vivir a Nueva York.

—Y el hombre que está locamente enamorado de ti, tanto que es capaz de hablar de estas tonterías y más…

—O sea, que soy tonta.

Era difícil no enfadarse con Merrie.

—Querida, eres guapa e inteligente pero no sabes escuchar.

—Ya sé lo que me vas a decir: que no puedo con el rancho yo sola.

—Pues no. Lo que tengo que comunicarte es que, además de ser tu socio quiero ser tu marido. Y lo voy a ser, no te quepa la menor duda.

La vaquera estaba confusa.

—No puedo creerlo —dijo ella.

—Pues ve haciéndote a la idea.

Y sin más palabras, Logan tomó a Merrie en sus brazos y la besó

profundamente, pidiéndole amor y tratando de deshacerse de tanta enconada palabrería.

Merrie lo besaba con pasión. Pero seguía confusa.

—Por favor, Logan, no sigas —dijo la vaquera, sintiendo la tersura y el calor de su lengua, dentro de su propia boca.

A pesar de desearlo ardientemente, ella necesitaba estar sola para pensar en la propuesta de Kincaid.

—No te vayas, Merrie —susurró el joven con los ojos más oscuros que nunca.

—Lo siento, pero me tengo que ir.

La vaquera entró en la cuadra y montó a su caballo, que llevaba ensillado desde antes de hablar con el abuelo.

Como al animal le gustaba galopar, Merrie le dio carta blanca para que se alejara lo antes posible.

La acusación de Logan la había herido. Era cierto que lo único que le interesaba en la vida era el rancho. Por otra parte, Kincaid le había dicho que estaba loco por ella. Eso le sonaba a sexo sin amor. Aunque la verdad era que ella también lo deseaba con toda su alma.

Instintivamente, había guiado al caballo a su lugar favorito: la roca donde había pasado la noche con su prometido. Recordaba las palabras de amor y las caricias que se habían prodigado mutuamente. Siempre había soñado encontrar al hombre de su vida, pero Kincaid no se parecía demasiado al prototipo. Era frío, calculador y además, posesivo y celoso.

Pero lo amaba.

—¿Qué voy a hacer? —suspiró Merrie, hecha un lío—. ¿Qué pasaría si lo aceptase como socio y como marido?

De repente, supo con claridad que aunque tuviese que elegir entre el rancho o él, se quedaría con él, porque la tierra de sus ancestros no significaba nada sin el amor.

—Dime algo —le dijo Merrie a Logan, que estaba esperándola en el porche.

Estaba serio, ¡tan sólido y real! Sin duda, esperaba la respuesta de la vaquera.

—¿Qué es lo que me tienes que decir?

—¿Habrías venido a Montana si hubieses sabido lo que nos iba a pasar?

Logan hizo un gesto de amargura.

—Depende de lo que me digas en los próximos cinco minutos. De todas formas, te aviso que yo también soy testarudo y no me quedo arrinconado por nada…

—Lo sé —contestó Merrie, metiéndose las manos en los bolsillos.

Era una experta domando caballos y llevando el negocio del rancho, pero era muy torpe en el amor. Y Logan era sensacional: gustaba a todo tipo de mujeres.

El rancho la había alejado de los peligros que acarreaba el hecho de estar enamorada. Pero, sobre todo, de la alegría. No podía olvidar la alegría que había sentido al estar en los brazos de Kincaid, aunque, por otra parte, el amor había resultado ser verdaderamente traumático. El romanticismo se había evaporado, hasta agotarse.

—Bueno, querida —dijo Logan—. Puede que no sea el marido perfecto pero estoy dispuesto a intentar cambiar mi forma de ver el matrimonio. ¿Qué te parece?

¿Estarías dispuesta a compartir el sueño de tu vida?

—Yo… —murmuró Merrie.

No podía articular palabra. Él no le había dicho todavía que la amaba, pero ella sabía que estaba loca por él. Ese estado de enamoramiento la asustaba terriblemente.

Después de todo, ella no era ni rubia ni sofisticada…

Logan le tomó la mano entre las suyas, tiernamente. Ella sabía que las estaba observando detenidamente: los dedos eran finos y delicados, pero no se había arreglado las uñas. En un rancho, la manicura no tenía razón de ser… Merrie no estaba segura de poder vivir en Nueva York, por mucho que lo intentara. Estaba claro que no era el tipo de persona que disfrutase prodigándose en todas las fiestas, con modelos de diseñadores famosos.

Kincaid apretó un poco mas las manos de la futura ranchera.

—¿Sabes una cosa? No podría casarme con una mujer del estilo de Sully —dijo Logan, tomando un mechón de pelo color canela—. Las rubias sin sustancia son perfectas para el instituto, pero yo preferiría el castaño rojizo de una mujer de verdad, que fuese el amor de mi vida.

—Pero… —quiso decir Merrie.

—Yo buscaba una pareja que fuese reservada y elegante. Sin duda estaba pensando en Grace Kelly. Como realmente no quería tener esposa, lo idóneo era pensar en una mujer distante y fría, como la actriz.

—Podrías haber elegido entre cientos de mujeres —comentó su acompañante.

—Eso es algo halagador, pero no del todo cierto —repuso Logan, mientras le acariciaba la palmas de las manos—. Sigamos… yo ansiaba la sofisticación. Pero hay muchas maneras de ser sofisticada. Por ejemplo, apreciando a la gente tal y como es, consolando a Gloria Scott a pesar de haberse portado mal previamente.

—Oh… ¿Estuviste escuchándonos cuando estuvimos hablando? —preguntó la vaquera poniéndose colorada, pero sintiendo una punzada de satisfacción en el pecho.

—Sí, os estuve espiando. Te portaste fenomenal, siendo tan comprensiva con una persona que no se lo merecía…

—Estaba realmente triste; creo que se ha enamorado sinceramente de Chip.

—¡Eso sería un milagro! —comentó Kincaid divertido, en vez de mostrarse sarcástico—. ¿Te das cuenta de que esa lista era para gente sin la más mínima intención de casarse? No estaba hecha para nosotros dos.

—Y entonces, ¿qué piensas de que sea tan emocional?

Logan la estrechó entre sus brazos fuertemente, sin apenas dejarla respirar. El contacto de sus cuerpos hizo que Merrie sintiera una sensación nueva aunque muy placentera, en su interior. Además, Kincaid estaba sonriendo porque en cuanto a sensaciones, los dos iban en el mismo barco.

—Logan —arguyó desesperadamente, la vaquera—. No quiero que sigas acariciándome.

—Oh, pensé que era parte de la imperancia de tus emociones. Además sé perfectamente que me deseas y que eres incapaz de ocultar tus sentimientos. ¡Eres tan honesta, Merrie! —Kincaid se puso serio y la besó sensualmente en el cuello—.

No eres como mis padres: ellos nunca fueron honestos entre sí.

—No estoy muy convencida de ser tan honesta.

—Claro que lo eres —repuso Logan.

La joven se acurrucó contra el pecho de Kincaid. Se suponía que era profesora de ciencias: debería saber todo lo que ocurre en el cuerpo humano, con eficiencia y seguridad. Pero no comprendía por qué las sensaciones que le producía Logan eran tan maravillosas.

—Te quiero —susurró Merrie.

—¿Qué dices? —preguntó atónito, Logan, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Te quiero —repitió ella, rápidamente—. Y me iré contigo a Seattle o Nueva York, si es necesario. No te prometo que encaje muy bien en tu estilo de vida, pero lo voy a intentar. Entonces, ¿te vas a casar conmigo, o no?

Kincaid miró a Merrie, que esperaba su contestación con la barbilla desafiante, preparada para oír tanto un sí, como para aceptar un posible rechazo.

Logan no sabía si reír, o si zarandearla.

—Por supuesto que vamos a casarnos. Por cierto: ¿te he dicho que

te quiero?

—¿Sí? —pronunció Merrie, llena de alegría y con los verdes ojos, más brillantes que nunca.

Kincaid jamás pudo imaginar que existiese una mujer tan llena de vida y tan valiente. ¡Para colmo, ambos estaban hechos el uno para el otro!

—Te amo, Merrie. He sido muy terco hasta que lo he aceptado. Si no te hubiera conocido subida en aquel árbol, me habría perdido lo mejor de la vida. Por mucho dinero que hubiera ganado, no habría sido igual. Quiero que veamos a nuestros hijos crecer en el rancho, es lo mejor que les podemos ofrecer —dijo Logan, acariciando sensualmente los ojos y los labios de su prometida.

—¿Nuestros hijos?

—Claro, un montón de ellos —contestó Kincaid, rápidamente—. ¿Acaso no te gusta la idea?

—Sí, por supuesto.

—Pero tendrás que permanecer tranquila cuando estés embarazada y te dejarás cuidar con esmero. En ese sentido, sé que soy muy tradicional.

—Sí, verdaderamente, eres un poco dinosaurio: el embarazo no incapacita a las mujeres para seguir con sus actividades profesionales —replicó Merrie, muerta de risa.

—¡Querida, no estoy bromeando!

—De acuerdo, tendré cuidado.

Aunque le hiciera caso, Logan estaría alerta por si acaso. ¡Era tan independiente!

—Además, no vamos a vivir en una ciudad —ordenó el joven—. Detesto las ciudades. Son el polo opuesto de lo que necesitan los niños para crecer saludablemente.

—No odias la ciudad —insistió su prometida—. Recuerdo perfectamente que dijiste que detestabas los pueblos pequeños; la verdad es que no te entiendo.

—No me gustan las ciudades grandes, pero lo bueno que tienen es que no hay tantos cotillas siguiéndote la pista en cada instante. Por otra parte, la ciudad es la mejor plataforma para adquirir reputación. De ese modo, lograría mi sueño dorado: dejar de ser un chico de segunda en un barrio equivocado.

Merrie le tomó la cara con las manos y le dio un beso largo y lleno de ternura.

—No tienes nada que demostrar, ni a mi ni a nadie. No vas a volver a ser una persona de segunda, en la vida. ¿Comprendido, Logan Kincaid?

Logan respiró con más libertad, tras las palabras de su prometida. Ella lo amaba y creía en él. Las demostraciones no eran necesarias entre los dos.

—De acuerdo —aceptó Kincaid, mirándola a los ojos—. Viviremos en Montana y no quiero oír ni una queja al respecto.

—Pero…

Kincaid llevó a Merrie al balancín del porche porque desde allí estaban libres de cualquier mirada por parte de los trabajadores del rancho.

—Supongo que tendremos grandes discusiones —sonrió Logan, abrazando más fuerte a su prometida.

Merrie le sonrió a su vez con deseo y eso hizo que Kincaid sintiese necesidad y ternura, al mismo tiempo.

—¿Estás preocupado por las peleas? —le preguntó Merrie a su prometido.

—En absoluto. Alguien me dijo que el truco consiste en desear la reconciliación, más que nada en el mundo —dijo Logan, desabrochando un botón de la camisa y besándole el hombro.

—Creo que esto se va a poner divertido —adujo Merrie, guiñándole un ojo al joven.

—Por supuesto que sí. Vete practicando la manera de resolver nuestros enfrentamientos… —propuso Logan, besándola de nuevo en el hombro.

De pronto, se oyó un ruido.

—Ejem…

Merrie descubrió a sus abuelos, por encima del hombro de Logan.

—Hola, abuelos. Estaba hablando con Logan y…

Kincaid se echó a reír y su prometida le dio un golpe en el pecho.

—Supongo que estaréis celebrando una nueva fiesta de compromiso —dijo Eva, con las manos en las caderas.

—Pero si ya hemos tenido una —respondió Merrie, sintiéndose culpable.

—Esta vez será distinto. Haremos una gran fiesta para un compromiso auténtico.

—¿Ya sabíais que todo había sido una comedia? —quiso saber Merrie.

—Pues claro que lo sabían, querida. ¡No ves que son personas inteligentes! — dijo Kincaid con énfasis.

—Pero como no dijiste nada cuando accediste a vendernos el rancho…

Paul se excusó.

—Tu prometido tenía razón. Debí venderte la hacienda hace

tiempo.

—O sea que ya sabías que nuestro compromiso era falso, cuando estuvimos hablando esta tarde y, por fin, me cediste el relevo del rancho —dijo Merrie.

—Sí, me lo dijo Logan cuando estuvimos charlando sobre el futuro de la finca —reconoció Paul.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes, Logan?

—De verdad que lo intenté, pero no me diste la oportunidad de contártelo.

La vaquera no tuvo más remedio que excusarse.

—Lo siento, es verdad que no quise oír tus argumentos.

—No importa. Finalmente parece que todo se ha resuelto felizmente —exclamó Kincaid, sonriendo abiertamente.

—¿Entonces estáis prometidos de verdad, esta vez? —quiso saber Eva, con ansiedad.

—Sí, abuela —contestó la nieta besando a su prometido, alegremente.

—Y fueron precisos doce días para tomar la decisión, siete más que para tus abuelos —bromeó Kincaid—. Nuestros hijos se divertirán cuando se lo cuente.

Ambos intercambiaron una mirada de complicidad.

Capítulo 11

—¿Ya esta todo, querida? Merrie sonrió a su marido, mientras instalaba la tienda de campaña. Se trataba del quinto aniversario de boda y lo iban a celebrar pasando la noche en la peña favorita de Merrie.

—No hace falta que te compliques mucho, Logan. Sólo vamos a pasar una noche, al fin y al cabo.

Kincaid extendió una manta en el suelo.

—Lo sé. Ven aquí mujer —dijo Logan imitando a los pioneros machistas del Oeste. A continuación, sonrió arrebatadoramente.

Sonriendo a su vez, Merrie se sentó, abrazada a su marido.

Era 1 de julio. No disponían de mucho tiempo para celebrar su aniversario, porque el día 4, la fiesta nacional, iba a ser un día de mucho ajetreo. Llegarían nuevos turistas y había que estar muy pendientes de ellos.

Merrie apenas podía creer que habían pasado cinco años desde que se conocieron. Su matrimonio había sido un éxito. Logan disfrutaba enormemente trabajando con ella en el rancho. Cuando se ponía demasiado protector, ella sabía como hacerle reaccionar. Logan era un esposo y un padre de familia ejemplar.

—¡Hace tanto calor! —dijo Merrie, un poco sofocada—. No sé por qué te has empeñado en plantar la tienda…

Logan sonreía sobre la cabeza de su mujer, que estaba acurrucada en el regazo masculino. Ambos disfrutaban del paisaje que se extendía a sus pies.

—Es que quiero revivir el pasado.

—¿Con una tienda? —preguntó Merrie sin entender nada.

—Recuerdo el primer día que llegué aquí. Me pareció horrible tener que dormir en una tienda, sin tener intimidad para ligar con alguna turista soltera.

—O sea, que quieres hacer el amor en la tienda esta noche…

—Si tu quieres ser cariñosa y amable conmigo.

—¿Acaso no lo soy el resto del año? —le interrogó la ranchera.

Desde que se casaron, Logan había sido tremendamente feliz, compartiendo la vorágine que organizaba su esposa cada día. Ella seguía siendo pura energía para el rancho aunque también era una excelente esposa y una buenísima madre.

Ambos tenían dos hijos: Jennie, de cuatro años, y Kent, de dieciocho meses. La niña era el vivo retrato de su madre y el niño adoraba los caballos. Ese amor por los animales lo había heredado de su madre, indudablemente.

—Ha llegado un fax con otra reserva para el día cuatro —dijo

Merrie, misteriosamente—. ¿A qué no sabes de quién?

—No será de Gloria…

—Pues, sí. Cuando se lo he dicho a Chip, se ha puesto muy contento.

—¡Pobrecillo! —exclamó Kincaid, con ironía.

—Silencio. Gloria lo quiere de verdad —le reprendió Merrie.

—La verdad es que no me los imagino casados.

—Tú tampoco querías casarte cuando llegaste por primera vez —replicó la ranchera.

Ella tenía razón.

—De acuerdo, lo admito. Pero Chip no me saca ventaja.

—¿A qué ventaja te refieres? —preguntó Merrie.

—El no te tiene a ti por esposa.

—Ah… —murmuró la granjera, poniéndose roja.

Logan soltó una risa ahogada: parecía mentira que llevasen cinco años casados y que Merrie, aún se sonrojara de vez en cuando, con sus piropos. Su matrimonio conservaba la pasión del primer encuentro amoroso, aunque de vez en cuando discutieran fuertemente. Pero después de la tormenta, volvía la calma. Pero Kincaid seguía opinando que casarse con Merrie había sido el mayor acierto de su vida.

—Por cierto, tu abuela nos ha regalado una botella de champán para que celebremos el aniversario. Realmente, ha sido un detalle por su parte, haberse quedado con los niños.

—Pero si les encanta tener en casa a Jennie y a Kent —dijo la ranchera, sonriendo—. Lo peor es que los miman demasiado.

Merrie sacó las copas y Logan descorchó la botella.

—Es extraño que no hayan querido venir a Montana para cuidarlos —siguió diciendo Merrie.

—Eva estaba sugiriendo últimamente que por qué no teníamos otro bebé —dijo Logan, mirando al vientre plano de la ranchera—. He pensado que sería una buena idea para un día como hoy.

—La respuesta es sí, teniendo en cuenta lo controlada que tienes a mi fertilidad.

—Muy bien, eso es lo que quería oír —intervino Kincaid, mientras Merrie lamía una gota de champán que se le había resbalado a Logan por la barbilla.

A continuación, ambos se besaron y Logan acarició los senos y el vientre de su querida esposa, hasta hacerla vibrar con auténtica pasión.

—No tan deprisa, Logan. Tenemos toda la noche…

—Haremos todo lo que tú quieras y como quieras —dijo Kincaid, mirándola dulcemente.

—Pues has de saber que me encuentro muy en forma, Logan.

Acto seguido, la pareja se metió dentro de la tienda, manchando el saco de dormir con el champán que habían derramado sin querer. Ambos rieron, porque el incidente no tenía ninguna importancia.

Entonces, Merrie dejó de reír: Logan la estaba mirando profundamente, ofreciéndole toda su alma. Había muchas mujeres en el mundo que desearían estar en lugar de la ranchera. Sin embargo, allí estaba él, rodeándola con su atlético cuerpo y haciendo que se sintiera más feliz que nunca.

—Feliz aniversario —dijo Merrie susurrando—. Te quiero.

—Eso digo yo… ¡Por lo pronto no te vas a deshacer de mí! Espero llegar a celebrar nuestro cincuenta aniversario persiguiendo al ganado y a los niños. Y por supuesto a ti también.

—Por supuesto —dijo lacónicamente su esposa.

Y Merrie supo entonces que el que la quería con toda su alma era un auténtico ranchero.

Fin